

Historia de Sadea y de Cadán (Mejor Novela Histórica.  
UMGE 2018)



# Capítulo 1

## NOTA

Todos los nombres, así como los lugares y demás denominaciones, se han transcrito fonéticamente, a falta de equivalentes directos con el idioma de esta historia, el cual consta de diecinueve fonemas.

Al día de hoy no se ha encontrado el lugar exacto donde transcurren los hechos a que se hace mención en este libro, aunque algunos historiadores se arriesgan a situarlo dentro del área que más tarde daría lugar a la cultura nórdica, de la cual se la considera predecesora, y anterior a las Eddas.

Ciertos documentos parecen indicar que los hechos transcurren en un lapso de tiempo que va desde el año 3500 a. C hasta el 3000 a.C., mucho antes de que estas culturas menores se desplazaran hacia el sur, y sean absorbidas por grupos mayores, dando así paso a las distintas tribus que conformarían los pueblos propiamente escandinavos.

## Primera Parte

### Dos Sombras

## I

Bajo un singular atardecer (parecido a aquél que, tiempo después, miraría Karuán), sobre un tenue manto blanco que contrastaba con la oscuridad que poco a poco empezaba a reinar, revelando la nevada modesta pero persistente de la jornada, viajaban dos hombres. Ambos eran altos, todavía conservaban algo de la vitalidad de su juventud, y un dejo de extrañeza en su expresión adusta dejaba entrever que no pertenecían a aquél lugar; aunque tal vez no vinieran de lejos. Con paso lento caminaban y se acompañaban (como lo hacen aquellos forzados a huir), con firmeza tal vez fingida y cierta melancólica angustia en los ojos.

Caminaban como si quisieran acercarse al ocaso; como si sus oscuras figuras, cansadas y hambrientas, lo siguieran a través de innumerables días de fatiga y angustia, como si éste fuera su destino definitivo. Largas

semanas persiguieron al sol que moría en la distancia abismal, separados de Él por lo eterno y lo infinito. Como cada día, la procesión se preparaba para el descanso, que comenzaría al entrar la noche, en espera del guía que retornaría con los primeros rayos de un alba que auguraba nuevamente el peregrinaje y la desolación,

Pero todavía marchaban, todavía con esperanzas; con el anhelo inconmensurable de sus pesados cuerpos, de encontrar un lugar que los albergara de sus propios pensamientos.

Porque estos hombres, que con triste desesperanza cruzaban paisajes extraños buscaban, más que cualquier otra cosa, refugio para los tormentos de su alma; de la cobardía de la que ahora, luego de las extensas horas de hambre, fatiga y miedo, se arrepentían. Tal vez si se hubieran quedado los Dioses hubieran mostrado mayor favor para con ellos. ¡Los Dioses! ¿No fue a causa de ellos que se habían marchado? ¿No fue acaso por el sueño revelado que escaparon, dejando Ak-Zar a su suerte? Semanas interminables habían viajado, al amparo de las estrellas; sin presentes y sin sacrificios. Con resignación pensaban que tal vez fueran objeto de su Poderosa Ira; pero ¿Cómo hacer inmolaciones en su honor, cuando corrían el riesgo de ser vistos desde Ak-Zar? El humo de las ofrendas se eleva hasta los cielos, y son vistas a más allá de tres días de viaje. Los Dioses, que conocen esto; aquellos mismos que iniciaron y alentaron esta huida ¿Podían culparlos? Aunque, de todas las noches que pasaron contemplando la ominosa oscuridad de Kad ¿Cuántas podrían realmente delatar su posición? ¿No fue el miedo el motivo por el cual, aún hoy, luego de muchas semanas de viaje, no se atrevían siquiera a encender una fogata? Seguramente estos Dioses que habían auxiliado su escape, mostraban ahora su peor augurio, a la espera vana de sacrificios que no habrían de llegar, aun cuando el riesgo hubiera pasado. Y no estaban dispuestos a correr riesgo alguno, aun cuando esto provocara la ira de los Dioses. Tal era el temor que de ellos se había apoderado; preferían su suerte de errantes a las espadas de los Meucos.

El sol había ocultado ya su fulgurante rostro, y de manera atroz los desamparaba. A la hora en que el frío se intensifica, como un despiadado enemigo más, que cada noche se sumaba a los fantasmas que tercamente los perseguían, se detuvieron con ceremoniosa lentitud. A las órdenes de ambos eran acomodados los animales, dispuestas las vigilancias en los alrededores de la zona y los turnos que tomarían los hombres para cuidar el sueño de los que dormían.

Nada sabían los esclavos del designio de sus amos; tampoco las mujeres ni los niños que con los dos hombres compartían la travesía, pero los seguían sin decir un apalabra. Innúmeras noches como ésta pasaron, pero sus bocas callaban sus pensamientos. Salidos al frío y a la desesperanza una joven noche muchas semanas atrás, a los criados se les fue ordenado juntar los rebaños, a las mujeres tomar a sus niños. Sin ninguna

explicación, sin justificación alguna para la huida tardía y alborotada; como ladrones en la noche ante el ruido comprometedor, que huyen ante el temor de ser descubiertos. Y todavía (luego de la marcha y de la desazón) no conocían los motivos de su salida, desconocían cuál hubiera sido el motivo de tanta urgencia; pero los dos hombres lo sabían, y eso debía ser suficiente.

Es curiosa la suerte de algunos hombres; capaces de soportar designios tremendos cuando depositan su fe en algo. En el caso de aquellos que ahora se sentaban en la nieve, la fe se centraba en dos sombras, igualmente oscuras y sucias como el resto de los que descansaban en el frío y el viento. Pero para ellos eran algo más. Un aura de majestad se desprendía caprichosamente de ellos. O quizás el capricho fuera que estos dos hombres tuvieran a su cuidado tal cantidad de almas, y dispusieran de ellas casi con despreocupación, casi sin darse cuenta de la importancia y la fatalidad de semejante yugo. Y quizás más caprichosa la idea de que fuera precisamente esta despreocupación, la que les permitía a todos poner sus vidas en las manos de estos hombres. Quizás si hubieran dudado no merecerían tal honor, quizás si hubieran mostrado piedad, la cantidad de espíritus que los acompañaban no hubieran encontrado consuelo para su fe.

De esta manera, ante omnipotentes monstruos, oscuros y amenazantes como son las montañas de noche, descansaron algunos, vigilaron otros. Todos contemplando infinidad de estrellas, cavilando tristemente acerca de su futuro, para ellos incierto. Rogando a los Dioses de lo Alto que supieran guiar a sus amos, que con el paso de cada día parecían abandonar su suerte a las Parcas, envejeciendo eras enteras con cada amanecer, y el único consuelo de conocer el motivo por el cual habían abandonado Ak-Zar.

Tal vez si hubieran preguntado a los dos hombres, no estarían tan seguros de que fuera un consuelo; sabían quizás el origen de su fuga, pero aun desconocían sus causas más profundas. No seguían a nadie, en nadie podían depositar sus esperanzas, ni sus miedos, ni su enojo. Eran responsables de una extensa caravana de hombres, mujeres y niños, y sin embargo desconocían el rumbo al cuál se dirigían sus pisadas. Por lo menos cada uno de aquellos infelices tenía la compañía del resto; se había formado entre ellos una comunión que con el paso del tiempo parecía fortalecerse, y entre ellos se daban alivio, consuelo y fuerzas. Pero los dos hombres sólo tenían la compañía del otro, y un destino común que los arrastraba, todo lo cual hacía su caminar más pesado e ignominioso, ante la certeza de estar dirigiendo al resto por un camino incierto, mucho más pesado y lastimoso.

Algunas semanas atrás no conocían su destino y es esta, tal vez, una precariedad insalvable de la existencia y del tiempo. Así, se asombraban de haber tenido el valor suficiente para tomar la decisión que ahora tanto

les pesaba; entonces Is-Un sintió una irrefrenable tristeza hacia aquella otra persona, ajena y distante, ese Is-Un del pasado que queda, sin embargo, irrevocablemente plasmado en algún lugar del porvenir, todavía ignorante, aún feliz y despreocupado; ese que desconocía lo que ahora Is-Un conocía. Sintió una poderosa fuerza invisible cerrándose sobre su espíritu, aplastándolo de a poco, aprovechándose de su descuido (al igual que Guntak), ese momento de mayor debilidad, para forzarlo a tomar, en una fracción de segundo, un rumbo completamente distinto, pero con consecuencias fatales. Todo con el único propósito de demostrar su supremacía, de verlo derrotado y miserable, acurrucado al borde del camino, llorando sus penas. Esto fue lo que sucedió cuando decidieron partir de su ciudad natal, sin tener el tiempo de pensar que jamás volverían; la urgencia no les permitió percatarse de la velocidad a la que sus vidas determinaban sus futuros, impulsándolos a errar quién sabe cuántos días o con qué suerte. Sintió los hilos invisibles del destino, y descubrió que todo este tiempo, cuando creía aceptar los hechos que concluían en su huida, en realidad se había mentido vilmente; en primer lugar porque la causa última no había sido todavía revelada, y se había dedicado a actuarla (con asombro y desconcierto) mientras la suerte se burlaba de su ignorancia; segundo, porque poco importa a estas parcas la aceptación o no de la suerte que siniestramente tejen, obedeciendo quizás a designios más elevados, a los cuales no tenemos acceso. Entonces Is-Un sonrió tristemente en su interior, tratando de ahogar una mueca de sufrimiento.

Tal era el destino común de ambos hombres, acatando sin saberlo (y, lo que es peor, sin que esto resultara relevante en ninguna medida) las órdenes de una decisión para ellos desconocida, con la tremenda angustia de sernos revelada sólo tiempo después -tanto tiempo después, pensó Is-Un- las razones o los caprichos por los que fueron conducidos, caminando eternamente hacia un futuro incierto, igual a aquel atardecer frío y brumoso que no prometía sino el mismo enajenamiento, la misma desprotección. Eran conscientes de cada paso que daban, alejándose de Ak-Zar, el hogar donde se sentían fuertes, hacia un destino sólo conocido por los Dioses. Se preguntaban ahora que hubiera sucedido si no se hubieran marchado, qué es lo que encontrarían en esa aldea, si comenzaran a desandar los pasos dados: muerte, sangre, desconocidos sanguinarios tomando a sus mujeres y matando a sus niños. Ak-Zar ya no existía, lo presentían como se presienten ciertas cosas, que no necesitan una comprobación directa, en una lucha constante con nuestros deseos, que se niegan a escuchar; Ak-Zar se había convertido en aullidos de dolor y de escarnio.

Es por todas estas cosas que su peso era el mayor de todos, porque con cada paso sobrevenía la duda de la completa ignorancia, ese deseo que les suplicaba regresar, aferrándose a la falta de una comprobación irrefutable, porque atrás quedaba el hogar, y adelante el abismo. Luego sobrevenían todas las razones por las cuales huyeron: Guntak y los

Meucos, soldados despiadados y seres agonizantes. De manera que la lucha terminaba al fin con el siguiente paso, en una rueda infinita de incesantes decisiones, fraccionadas fatalmente a casa pisada, como si avanzaran en su silenciosa marcha sobre brasas encendidas, que les quemaran los pies.



## Capítulo 2

### II

La brisa de la tarde, primaveral y casi perpetua, daba en el rostro de Karuán. Con los ojos cerrados respiraba el aroma de las flores, como si quisiera atesorar en su alma cada fragancia, cada instante del ocaso lejano. Como si de pronto su espíritu fuera dominado por un triste impulso de contemplar la Creación, Cosmos formado dentro de un sueño. Como si su único propósito fuera el mirar las nubes que se alejaban, ostentando una tonalidad rojiza. También las copas de los árboles, igualmente lejanas e igualmente rojizas, parecían luchar (como el propio Karuán) contra las sombras, con la inevitable oscuridad a la que se aproximaban. Conforme la palidez iba ganando la entrada de Sadea, el rojo pasaba por un rosa encendido, mutando casi inmediatamente a un violeta opaco.

“Para muchos puede ser una tarde como cualquiera; para otros, como ninguna” había dicho cierta vez su esposa, que se presentaba en su memoria con cierto aire despreocupado. De ella había aprendido que las diferencias marcan nuestras vidas de manera singular; haciendo que cada cosa deje de ser algo objetivo, fuera de nosotros, para convertirlo en un atributo más de nosotros mismos, y que desde el momento en que vemos algo –una piedra, un bosque o un ocaso-, parte de la esencia de las cosas se impregna en nosotros, modificando y siendo modificados por ese algo, haciendo que cada cosa no sea enteramente ajena, sino única para cada uno, de acuerdo a los atributos con los que las modificamos. Karuán, que era consciente de esta sutileza, asintió parcamente. Ahora, al hombre que miraba el bosque, poco le importaban las subjetividades, las veía como obstáculos que sólo servían para alimentar el odio y el sometimiento. Sonrió con desgano y entonces, casi como un ritual, Karuán sadeo comenzó su lenta retirada.

La aldea de Sadea estaba rodeada de montañas bajas, pero de nieve constante, que aún hoy se extienden de forma semicircular, las cuales ocultan –hacia su otra ladera- la vastedad del mar y el horizonte. Esta curiosa geografía hacía que dentro de este semicírculo de montañas que bajan suavemente, bordeando el mar, se generara un extenso valle de tierras fértiles, aunque poblada de colinas de un verde sugestivo, puesto que contenían las lluvias que bajaban tranquilamente, en forma de estrechas cascadas y acequias naturales. Estaba coronado por un amplio bosque en su parte más profunda, situado exactamente en el medio del

valle. Por el centro del bosque y, como separando arbitrariamente el valle en dos mitades iguales, un curso de agua más caudaloso corría, naciendo en las montañas y perdiéndose a lo lejos, allí donde nace el sol. A cada lado del agua, del bosque y casi al pie de cada una de las laderas enfrentadas del macizo montañoso, se había fundado una aldea: una llamada Sadea; la otra, Cadán.

Cada pueblo era enemigo del otro. La historia, plagada de mitos, nos cuenta que tal animosidad tenía orígenes acaso religiosos; fundados cada uno por hombres que, en lo personal, tal vez también se odiaran; tal ánimo terminó por contagiar a los pobladores de ambos bandos, quienes se permitían las crueldades más inhumanas, a un tiempo como promesa y castigo de tal animosidad. De hecho, solían organizarse verdaderas cacerías humanas, siempre por los alrededores del bosque (al cual temían y tenían por maldito), tomando por trofeo a los aborrecidos adversarios, quienes eran sometidos a la esclavitud u ofrendados como presente a los Dioses, cuando no asesinados vilmente por mero recreo. Tal fuerza tuvo por entonces esta gesta, que los pueblos habían adoptado para sí un solo mandamiento que, antepuesto a cada cualquier otro (fuera de los deberes religiosos), constituía la base de cada tribu: darás muerte a tu enemigo. A lo largo de las generaciones, estos enfrentamientos se hacían cada vez más distantes (sobre todo con el florecimiento de Sadea); pero, aun cuando fueran menores en número, todavía persistían, siendo que unos y otros buscaban insidiosamente a sus enemigos, en algo que semejava un deporte. El mismo Karuán había sufrido con estas cacerías, y presenciado por lo menos un par de estos encuentros desde la modesta elevación en la que ahora se encontraba, y solía ensombrecer su mirada ante esta escena, que lo hacía pensar que antes mueren los pueblos que los pretextos para la discordia y la guerra.

La colina en donde se encontraba era el único lugar en toda la aldea en donde se apreciaba el bosque en toda su magnífica extensión. Nadie había entrado nunca dentro de sus límites, de modo que el lugar del que ahora se retiraba era, no solamente un punto panorámico, sino todo lo que se conocía del bosque; la única manera de penetrar en su silencioso interior. De cualquier modo, a nadie excepto a Karuán llamaba demasiado la atención esta peculiaridad, lo tomaban como un lugar sagrado, cementerio de ángeles, que el más poderoso de los Dioses había dispuesto para testimonio de las Guerras Ancestrales. Toda suerte de historias se contaba de aquél lugar, maldito desde siempre y, aun cuando Karuán conocía todas estas historias de la boca del mismo Arkún, no había decidido todavía si debía creer en ellas. Desde lo alto parecía un lugar apacible, perturbado solamente por la virginal frescura de un invierno agonizante. Por eso, mientras se retiraba, de espaldas al ocaso y al bosque, llegó a su mente la idea de que las fronteras son una curiosa eventualidad. Líneas imaginarias creadas por aquellos con el poder necesario para mejor acrecentar su influencia (no pocas veces empleando violencia) a cuesta de rivalidades irracionales. Sin embargo, aun cuando



Karuán no creía en estas distinciones, su proximidad lo persuadía, incluso a él, de una sutil pero esencial diferencia, una angustia que se asemeja a encontrarse perdido, lejos del hogar. Entonces pensaba que esto tal vez suceda porque entendemos que es ésta la única manera de justificar nuestra propia iniquidad, participando entonces no sólo de los límites mismos sino también –o esencialmente- de las diferencias mismas, acaso de manera inconsciente, para conseguir excusa y perdón por lo que de otra manera sería sólo un desprecio irracional e injusto.

Aunque él, Karuán, sentía que tenía motivos para el odio. Lo había sentido y vivido con cada uno de sus días. Y si bien se encontraba en una suerte de paz con los cadeanos, ésta se debía principalmente a que con el paso de los años había perdido el interés por las cosas de este mundo, sumiéndose en una tristeza tan honda, que incluso su odio retrocedió, convirtiéndose así en un fantasma de odio. De este modo, al verse menguado su rencor para con sus rivales, su manera de hablar se había vuelto más tranquila y pausada, para terminar casi convencido de que los hombres no podían diferenciarse por la aldea a la que pertenecían, poniendo a los hombres todos como testigos ajenos de un sueño cruel, sin distinciones; con los mismos temores y las mismas debilidades. Debido a esta diferencia era menospreciado por sus pares; menospreciado y temido. Su mirada era entre torva e implacable, y varias veces se buscó la manera de encarcelarlo, cuando no de matarlo. Salvo la esclavitud de la que estaba a salvo, cualquier destino le auguraban salvo la libertad (sobre todo Kud-Ram); puesto que es común entre los hombres ya no de Sadea, sino de todos los pueblos, el temor a aquél que –aun a costa de un profundo sacrificio- no se resigna a ser uno de tantos, que a través del tiempo gesta una manera de pensar que le es propia. Son estos hombres los que ponen en peligro la cómoda oscuridad de ciertas almas, contrarían la dispensada iniquidad que rige sus vidas, y buscan por cualquier medio su exterminio, para verse entonces librados de una revelación que de otro modo se les presentaría como inevitable, para evitar que la humanidad entera termine por conocer sus ambiciones.

Debe decirse, sin embargo, que poco importaba a Karuán estas maquinaciones. Luego de la muerte de su esposa se dedicó a la más absoluta soledad; no le importaba compartir nada con nadie, porque pensaba que el ser humano es esencialmente solitario, y que sin importar cuáles sean los destinos que nos toque asumir siempre resulta necesaria, de una manera u otra, la soledad. Veía a sus pares y se le antojaban niños caprichosos y crueles. Un infierno que se manifestaba cada vez que veía a alguien, o cuando le resultaba imprescindible intercambiar alguna palabra con otro ser humano. Estas simples muestras de sociabilidad le costaban un trabajo enorme, y sufría sinceramente cuando su tranquilidad se veía afectada por ese infierno que es el otro. Por ese motivo se alejaba escrupulosamente de las muchedumbres y se guardaba mucho más todavía de pertenecer a un grupo, por inocente que fuera, o de pensar

como la mayoría de las personas.

Caminaba por la aldea con gesto distraído, casi arrogante; como si dentro de esa abstracción pudiera ocultarse un dejo de orgulloso desinterés. Los pocos que conocían su descendencia lo atribuían a la nobleza de su estirpe, aunque ahora no fuera más que un pobre hombre harapiento y triste. A pesar de lo trabajoso que resultaba el encuentro con alguna otra persona, intentaba sonreír y saludar a todo aquel (aunque eran muy pocos) que encontraba en los caminos. Pero, contrariamente a lo que pudiera parecer, estos actos, que no revelaban ningún tipo de interés genuino, agravaban aún más la idea de desdén que todo su andar transmitía. La mayoría rehuía de su encuentro, sobre todo en los últimos tiempos, cuando aún su fisonomía había cambiado. Su rostro se mostraba enjuto, parco, de cejas pobladas pero delineadas naturalmente, que profundizaban aún más el negro de su mirada entre cruel y ausente. La barba desprolija alrededor de sus mejillas hundidas, agravaba y enrarecía el aspecto casi famélico de su rostro. Sus manos, por lo demás finas y largas, habían adquirido una tonalidad entre azul y violeta, casi exteriorizando el frío que sentía por dentro, razón por la cual se había decidido a ocultarlas. Cualquiera que lo viera pasar podría pensar (como era frecuente) que se encontraba ante un hombre demente. Esta idea, que se le ocurría graciosa, consentía tácitamente su actitud, agravándola. Cada vez que alguien se acercaba su mirada se volvía más torva y perdida, entornaba los ojos y hasta hubo veces en que balbuceaba sonidos apenas audibles. Así le gustaba que lo vieran, para evitar un encuentro más cercano, y para evitar que alguien llegara a conocer los pensamientos que turbaban su mente.

Todas las tardes subía a la colina, esperando a que el sol se ocultara, como si ese modo le fuera más sencillo –o más lícito- pensar en ella. Desconocía qué fuerza de aquél momento lo convocaba; se figuraba que tal vez el hecho de que fuera el momento preferido de Iv-Ka, lo impulsaba. Ese momento donde la metamorfosis se hace más evidente, el momento en el cual los árboles y las montañas se ensombrecen, surgen las primeras estrellas en contraste con la opacidad del mundo, y todo queda sumido en una tranquila quietud. Como si de ese modo se comunicaran, por largas horas permanecía sentado, mirando al bosque, en una conversación silenciosa y perpetua con el ser que más había amado. De ese modo le relataba su cansancio, su indecible tristeza. Como si los frágiles vientos que provenían del bosque lo escucharan apaciblemente, y de ellos tomara cada día las fuerzas necesarias para existir. Como si el espíritu de Iv-Ka lo tranquilizara (como siempre), a través de susurros, acariciándole el rostro, en comunión perfecta.

Su vida disoluta de juventud cambió radicalmente al unirse con Iv-Ka. Rehusaba el concubinato con otras mujeres –como era su derecho- para evitar un sufrimiento innecesario a su amada. Con ella sola convivió en unión marital, ante la mirada extrañada de los habitantes de la aldea,

tal vez ante la primera muestra de lo distinto que era Karuán. En esos momentos Arkún, el único que mostraba por Karuán un sincero afecto, sentenciaba que el valor del verdadero amor nos acerca a la perfección, invocándonos a la unidad de su espíritu, absoluto por naturaleza; y una vez conocido, su sola existencia basta para encontrarnos frente al mayor motivo de felicidad y consuelo. De cualquier manera, no hubo muchos hombres dispuestos a dar su hija a este hombre. Porque aun cuando fuera el único heredero de Is-Un, fundador de Sadea, poco tenía que pudiera ofrecer. Huérfano desde muy pequeño, no tenía bienes; su única hacienda era el hogar en el que había convivido por su esposa, dote de la unión por parte de Arkún (el que, a partir de la muerte de los padres de Karuán, se había constituido como tutor del niño) y a la cual casi no entraba por estos dos motivos. A medida que el Karuán crecía, su porte elegante y sus modales refinados parecían reclamar un trono que le pertenecía por su ascendencia; sin embargo, el desdén de Karuán, su temprano matrimonio y su carácter hostil, hicieron que pronto terminaran estos sueños que algunos albergaban, de organizarse detrás de un rey.

La aldea de Cadán era una suerte de sociedad patriarcal, dirigida por los hombres más ancianos de las siete grandes familias de la comunidad. Situada del otro lado del bosque, más alejada de las principales ciudades de entonces y de las rutas comerciales utilizables. Fundada por un sacerdote de los Dioses, creían que su pueblo estaba destinado a la grandeza, al dominio sobre toda persona, y que su imperio habría de extenderse a los confines más apartado del mundo. De espíritu tal vez más guerrero que el de los sadeos, lo cierto es que no tenían la posibilidad de enfrentarse a ellos; al no tener las ventajas de su rival, por la cual pasaba una de las pocas conexiones que había con las demás ciudades. Este comercio fluido que circulaba por Sadea, les acercaba toda suerte de novedades, no solamente en lo relativo a la cotidianidad y los lujos propios de las grandes ciudades, sino también en lo que se refería al arte de la guerra. Los cadeanos vivían esperando la temida invasión por parte de los sadeos, mucho más adelantados en los que respecta a estos pormenores, pero su orgullo y su espíritu belicoso se rebelaban sobre todo en las cacerías armadas al pie del bosque y de las montañas, en un conflicto que iba perdiendo cada vez más su fervor bélico en la medida en que los sadeos empezaron a gozar de los privilegios de un comercio creciente.

Los estados civiles estaban determinados por castas, y a una persona que había nacido esclava, no se le estaba permitido cambiar de estrato, ni pagando el precio de su libertad, ni por decisión de su dueño. La caótica y precaria organización política de los primeros tiempos llevó a que varias veces intentaran estratificar el poder, en su mayoría a través de reinados cortos y sin suerte, así como por la negación del consejo de ancianos, que había malogrado una y otra vez estas tentativas. Excepto

ahora, cuando Pélibe (miembro principal del consejo, perteneciente a la familia de Gálaba), deseaba para sí toda la gloria que podía esperarse de un rey. La tribu de Gálaba, uno de los siete hijos del fundador de Kad-Ám –como dicen el mismo Zor-Ám llamó a la ciudad, y que traducido significa “los Dioses con nosotros”-, era el preferido de su padre, hijo de As-Itur, quien, como contaba la historia, había ofrendado su vida para la grandeza de su pueblo; a Gálaba transmitió su sabiduría y le enseñó a adorar a los Dioses, hecho por el cual todos los miembros de esta noble familia estaban destinados, desde su nacimiento, al sacerdocio; el cual, sin embargo, no excluía el ejercicio de ciertos cargos que no se refirieran exclusivamente a este sacerdocio, hecho por el cual Pélibe se encontraba en la inmejorable condición de ser el miembro más antiguo del consejo, el más sabio de los siete, supremo intérprete de la voluntad de los Dioses y dueño tanto de un templo inmutable como de una ambición desmedida, capaz de sacrificar –menos su vida-, todo lo que estuviera su alcance para alcanzar la gloria que, suponía, correspondía al primogénito de Zor-Ám. A medida que iba ganando influencia, delegó en su hermano, menor que él y bastante menos inteligente, las funciones de sacerdote, no sin antes reservarse el título de Supremo Intérprete, ante el cual debían consultar las decisiones más sensibles y de mayor peso; el resto de las funciones correspondían a su hermano. Un lobo esperando su oportunidad, agazapado en la espesura del monte, con la respiración entrecortada e irregular, mirando a su presa con ojos concentrados, aguardado el momento más propicio para correr a despedazarla.

Y ese momento llegó cuando, desde lejos, casi como un espejismo, apareció la débil figura, oscura y serena, del desconocido.

## Capítulo 3

III

Sobre un campo verde, que contrastaba con el celeste vivo de un cielo perfecto, ovejas de una blancura sugestiva, sin manchas, pastaban tranquilamente. A lo lejos, como cubierta por una tenue neblina, se entreveía la aldea de Ak-Zar, casi dentro de una nube hecha de lejanía y de cierta ambigüedad inconsciente. A lo lejos un rumor crecía, quedamente, sin alcanzar a perturbar a las ovejas que, con parco desinterés, acercaban sus bocas a la hierba. Casi un zumbido o un susurro, apenas audible pero siempre creciente, similar al que escucha alguien que se acerque a un débil curso de agua en un lugar apacible y silencioso. Este susurro hace que las ovejas levanten la vista, con ánimo exaltado, pero sin llegar a reconocer el origen de aquél compás. Caminando de un lado a otro, en busca de la fuente de este adagio, se van tranquilizando y, una a una, van recostándose en el pasto hasta quedarse dormidas ante la ausencia de peligro. El sonido se magnificaba creciente pero armoniosamente; al cabo de unos instantes, cuando la nitidez del susurro se torna evidente, pasos y tambores se suman a la cadencia que no deja de crecer. Poco a poco a aquél sonido del principio se suman otros, lamentos, aullidos y gritos. Ante el sueño de las ovejas el celeste del cielo se mancha de un negro rojizo de tormenta, que se torna finalmente de fuego. Un estruendoso viento comienza a arrasar con escandalosa fuerza, acercando nubes de un gris portentoso. Ante el primer grito fatal, como marcando el principio del caos, numerosa cantidad de lobos, grandes y feroces, surgen dando gruñidos de las entrañas mismas del suelo en el que las ovejas duermen. Aquellas despiertan violentamente y, desesperadas, intentan huir en todas direcciones, aterradas por la aparición. Del centro mismo del campo, se yergue un lobo de aspecto demoníaco. Grande como un toro y negro como los abismos; de ojos rojos como el cielo iracundo, las fauces terribles, con colmillos extremadamente blancos y extremadamente grandes, contrastando patéticamente con la negrura de su ser, lo que hacía parecerlos doblemente voraces.

Sin piedad la jauría ataca a las ovejas. Por un momento no se escuchó sino la lucha del rebaño, balidos agonizantes, aullidos y carne desgarrada; dientes rojos que se hunden en la carne de las presas y el monótono ritmo de los tambores. Sólo un instante duró esta escena, los balidos se fueron apagando, los aullidos aumentaban, hasta que solo quedaron los lobos y la niebla que se espesaba, dejando Ak-Zar fuera de

la vista. El cuerpo de las bestias chorreaba la sangre de sus víctimas, que entre ellos se regocijaban y lamían el fruto de su masacre.

De los restos de las ovejas, así como de cada gota de sangre que caía de los lobos, nuevos animales surgían de la hierba, allí donde caían, contra el viento apaciguado. Se reprodujeron hasta hacerse incalculable su cantidad. Tanta era la sangre que habían arrebatado a sus presas, tanto era el número de lobos que mágicamente se reproducían.

Ante este sueño se despertó Is-Un, cansado, aunque tal vez menos preocupado de lo debido. Sin pensar que pudiera significar demasiado, intentó volver a dormirse, pero algo había en el sueño que lo había dejado intranquilo. Inútilmente intentó encontrarle significado, tratando de recordar los detalles que le parecían más significativos: el realismo de los gritos y de los aullidos, el color ígneo del cielo, el viento que sentía todavía en su rostro, esos blancos y furiosos dientes teñidos de un negro rojizo, el olor de las bestias y el sabor de la sangre que causaba repulsión. Sabía de antemano que lo que intentaba era casi imposible, al fin y al cabo, no era sacerdote ni intérprete de sueños, pero conforme pasaba el tiempo la angustia en su interior se volvían más evidente, una náusea que lo prevenía de algo que no podía precisar. A pesar de no haber recibido la instrucción para desentramar este sueño, compulsivamente trataba de analizarlo, de encontrarle una explicación que pudiera parecer lógica; porque hay ciertos sueños que comparten con la realidad cierto empirismo onírico, de los cuales no podemos decir que sean enteramente inexistentes, pero tampoco enteramente reales; que se encuentran en algún lugar entre ambos, y no nos es dado precisar si el sentimiento que nos causan es porque nos indican que hay en los sueños mucho de real (de material y estrictamente real), o que es la realidad la que tiene mucho de ensoñación, haciendo que nada sea completamente verdadero. Éste fue uno de esos sueños.

Fue allí cuando se decidió a buscar al sacerdote.

Todavía tratando de asirlo de alguna manera –comenzaban ya a escaparse ciertos detalles, y esto inconscientemente lo desesperaba- se levantó. Sin preocuparse por la mujer que dormía a su lado, se vistió con su túnica, intentando despertarse completamente y concentrado en no perder el mínimo detalle de su sueño. Cuando salió de su hogar, una brisa de aire fresco le pegó en la cara. Este hecho terminó de despertarlo, y recién en ese momento comprendió que la noche era aún muy joven, porque se oían, lejanas y apaciguadas, las últimas voces de aquellos que todavía no se habían acostado. Con paso primero indeciso, luego resuelto, Is-Un se dirigió a la casa de Zor-Ám, único sacerdote del Dios Kad e intérprete de los sueños que por él eran inducidos, puesto que no sólo era el creador de todo lo existente y el más poderoso de ellos, sino también el



Dios de los sueños, de modo que era frecuente que su voluntad se manifestara a los hombres por este medio.

Tal vez por inspiración divina, tal vez por casualidad, sumado a los ruidos comunes de aquellos que todavía se encontraban despiertos, le pareció escuchar otro, casi imperceptible pero sensiblemente diferente; algo inquietante que suscitó su atención; pero ya a mitad de camino se divisaba la morada de Zor-Ám, y la felicidad encubierta que le provocó ver todavía una fogata encendida en el interior le hizo olvidar el rumor que creyó oír (u oyó) y, acelerando el paso, fue al encuentro del sacerdote.

La casa de Zor-Ám era una de las más antiguas de todo Ak-Zar, producto de la sucesión de padres a hijos, desde tiempos anteriores, tal vez desde que los primeros hombres se asentaron en cabañas, motivo por el cual había ya sufrido varias transformaciones evidentes a simple vista. Del lado exterior se veían, en la pálida luz de una luna blanca, semiredonda y fría, los postes de madera enmohecida, con algunos agujeros en varios lados, producto de los insectos que no son poco frecuentes en la madera vieja. La parte central (la más antigua) constituía un macizo único, evidentemente erigida en un bloque de adobe y arcilla en apariencia sólido. El resto estaba construido a la manera moderna, con pequeños bloques ensamblados, lo que hacían la construcción no sólo más resistente, sino también más fácil de construir, pero con distintas tonalidades y erosionadas de modo diferente. Del lado por el que se acercaba Is-Un se veía una sola abertura, aparte de la puerta, ambas hechas de madera igualmente podrida, por entre las cuales se filtraba una luz rojiza, vibrante, como un pequeño amanecer dentro de la espesura azul de la noche.

Cuando llegó a la entrada, Is-Un se quedó contemplando la luz apacible que se escapaba por debajo de la puerta, antes de llamar. La voz de Zor-Ám sonó potente, autoritaria, ante la cual Is-Un se sobresaltó, en una mezcla de respeto y admiración: "No está cerrado. Puedes pasar" le dijo la voz.

Zor-Ám se encontraba sentado junto al fuego, seguramente meditando en silencio; la luz de la hoguera se reflejaba parcamente en su rostro moreno, con algunas arrugas recién nacientes y poco profundas, aunque su mirada perdida y penetrante a la vez, daban la impresión de una ancianidad espiritual, o de una vejez abstracta. Ante esta imagen, Is-Un sintió que estaba interrumpiendo una ceremonia importante; sentía un sincero respeto por el sacerdote, y la posibilidad de molestarlo mientras se dedicaba a cosas santas se le ocurría como un sacrilegio. Casi replegándose, pensó que tal vez perturbar al hombre delante suyo por un sueño sin importancia fuera una necedad, intentó disculparse por su atrevimiento, pero cuando estuvo a punto de darse vuelta para retirarse, el hombre apartó quedamente su vista del fuego, y con voz calma le

indicó:

-No pienses, Is-Un, hijo de Iv-Ha, que perturbas mi tranquila meditación. Lo cierto es que lo esperaba, hace siete noches que lo espero, aunque debo confesar que desconocía cuál de ustedes se presentaría a mi puerta.

La gravedad era una de las características del sacerdote, y la importancia de su cargo hacía que actuara como si no conociera al resto, como si las nombres y las personas estuvieran muy por debajo de su jerarquía.

- Zor-Ám -dijo In-Un con la voz un poco quebrada, inclinando su cabeza en señal de reverencia-, sacerdote de Kad, perdona que te moleste tan abruptamente, tal vez cuando le refiera el motivo de mi tardía visita le parezca menos enojosa mi presencia -comenzó a decir, pero fue interrumpido por Zor-Ám.

- Sé a qué has venido, pues también me humillo ante los Dioses; también yo me encuentro bajo potestad, y muchos de sus designios son para mí, como para ustedes, oscuros. Así, hace siete noches un sueño de Kad se me hizo manifiesto, como a ti, que hoy te presentas de este modo, en el cual se me indicaba que habría de venir alguien, el cual tendría un sueño que debía declarar, para beneficio de los Dioses; de grandes peregrinaciones, pero también de grandes nacimientos. Con todo, no se me reveló la cara de aquél que vendría, sino solamente que alguno vendría.

- Desconozco, sacerdote, si soy el que esperabas, pero si es de tu agrado, prestamente te contaré el sueño que me ha inquietado, y tal vez puedas encontrarle significado que dé respuesta a ambos.

- Adelante, amigo mío.

De este modo, parado, con la puerta de entrada a sus espaldas, sin moverse un ápice desde su llegada, Is-Un relató el sueño a Zor-Ám, hasta el menor de los detalles que podía recordar. Tanto más cuanto, a medida que avanzaba en su relato, la fisonomía del sacerdote mutaba, dando a su rostro una expresión de preocupación reprimida, contagiando a Is-Un que, cuando terminó de hablar, se quedó en silencio, jadeante y sudoroso, a pesar de que el calor de la habitación se escapaba por la puerta todavía entreabierta, viendo cómo el sacerdote entornaba los ojos, escrutando el interior de su alma. Las manos entrelazadas y el mentón apoyado en ellas, respiraba hondamente, abriendo desmesuradamente las fosas nasales, como si le faltara el aire. Con parsimonia se levantó, tomó un par de hiervas de un ánfora de barro, volvió a sentarse en el mismo lugar y, seleccionándolas, quemó algunas hojas, recitando para sí unos salmos. Is-Un esperaba ahora una revelación

que a cada instante parecía más trágica. Durante estos instantes (de esos en los que el tiempo parece estirarse sombríamente, instante en el cual entran, sin embargo, infinidad de vidas) el silencio se apoderó de la habitación. Aguardando la respuesta, a Is-Un le pareció percibir nuevamente aquél lejano rumor, todavía quedo y distante. Por fin los labios del sacerdote se despegaron.

- Un sueño realmente terrible has tenido, Is-Un –dijo Zor-Ám, que se permitió recordar el nombre de su interlocutor- y para alabanza a los Dioses te lo referiré, para que la voluntad de Kad sea manifiesta. Pero debes prometer hacer lo que el Todopoderoso mande, sin reservas.

- Haré lo que la voluntad de Kad mande, ya que los Dioses muestran sus mejores designios para aquellos que atienden a sus deseos.

- Has contestado sabiamente, Is-Un –hizo una pausa, como midiendo sus palabras-. Habrás oído del bravo guerrero meuco, conocido en todos los lugares del planeta como Guntak, el devorador de hombres.

- Sólo lo poco que ha llegado hasta nosotros, aunque son muchos los que piensan que son leyendas inventadas por los propios Meucos, para engrandecer su pueblo –hizo una pausa indecisa, y lo que siguió sonó más como una súplica-, ya que nadie puede haber tan bravo.

- No sólo es cierto lo que de él se cuenta –corrigió Zor-Ám-, sino que hay algunas cosas que todavía no han trascendido su ejército y que, de saberse, provocarían más pánico en todos los pueblos.

- ¿De él habla el sueño que te he contado? –preguntó Is-Un, fingiendo asombro para ocultar su espanto.

- A él y a su pueblo –contestó Zor-Ám. Su voz sonó grave, quizás para darle a la nueva un tono sombrío-. Escucha aquello de lo cual los Dioses han querido prevenirnos. Las ovejas de tu sueño es la totalidad del pueblo de Ak-Zar, los cuales se encuentran dormidos en su mayoría. No sé si lo has percibido, pero durante toda la jornada un sonido persistente ha turbado mis pensamientos.

- Sólo cuando me dirigía aquí pude escuchar cierto rumor.

- Ellos ignoran lo que se acerca –continuó el sacerdote sin prestar atención al comentario de Is-Un- secreta pero inexorablemente. Habrás de saber –dijo, viendo acaso por primera vez a la persona parada frente a su entrada- que el nombre Guntak, revelado en su propio lenguaje significa lobo, o hijo de lobo. Él es quien se acerca a nuestra ciudad, para destruirla.

Al escuchar las palabras salir finalmente de la boca Zor-Ám, vinieron a la mente de Is-Un imágenes terribles, el rojo ennegrecido del infierno, la muerte. El cielo conmovido por ensordecedores balidos. Quiso llorar, expresar de algún modo toda la desesperación que se había acumulado repentinamente; en cambio, tomó una postura que quiso ser indiferente, terminando por ser patética, puesto que la angustia en su voz se escuchó ahogada :

- Todo esto ahora lo comprendo, pero dime, si es que acaso puedes ¿Por qué aparecían nuevos lobos de la tierra misma, y de la sangre de las ovejas?

- La principal estrategia de este monstruo –dijo el sacerdote dejando escapar una exhalación prolongada- consiste en matar únicamente a los hombres, ancianas y niñas del pueblo que atacan, guardando la vida a las mujeres fértiles, a las cuales se unen por violencia, para fecundarlas, pero sólo hasta que de cada una nazca un niño, entonces las sacrifican a sus dioses. Una vez nacidos los niños, son educados de acuerdo a sus propias costumbres, como guerreros; a las niñas se las reserva para matrimonio, de modo que en tiempos futuros su expansión pueda ser absoluta.

- ¿De cuánto tiempo disponemos para dar aviso al pueblo, cuántos días tardarán en llegar?

- Antes de que el Astro salga completamente esta noche, habrán llegado a las puertas de Ak-Zar –sentenció el sacerdote.

Is-Un estaba blanco de miedo, trataba de decir algo que pudiera parecer lógico. Dentro de su mente palabras sueltas, inconexas, se agolpaban en un tumulto de ideas y conceptos. Varias veces había tratado de comenzar una frase, sin conseguirlo del todo. Monosílabos incoherentes, fragmentos de palabras. De pronto por su mente pasó su propio hermano, sus hijos y la suerte de ambos. El primer pensamiento claro se formó en su interior, y dijo:

- Debemos apresurarnos. Despertar al pueblo, para organizar alguna defensa, para que no nos sorprenda la mañana...

- No es ésta la voluntad de Kad, Is-Un –por primera vez se lo vio molesto, casi como disculpándose-. Has prometido cumplir la voluntad del Todopoderoso, la cual es la siguiente: ve, junta toda tu hacienda lo más prontamente posible, toma tus mujeres, tus niños y tus criados. Yo haré lo propio, y antes de la mitad de la noche te encontraré en el altar de Gas-Kan, más allá de los límites de Ak-Zar. No creas que es mero azar lo que ha llevado este sueño a tu lecho, ni el que yo lo interprete ahora. Los Dioses nos necesitan. Los meucos se encuentran ya a las puertas. Si avisáramos a la totalidad del pueblo, Guntak seguramente descubriría la

huida, y nos perseguiría hasta encontrarnos y matarnos, y así no quedaría nadie dentro del Sueño que recordara el principio de todo. Sin embargo, si huimos sólo nosotros, servirán los que quedan de inmolación a los Eternos, y para cubrir el escape –dudó un poco antes de continuar, como si en el fondo le dolieran las palabras que iba a pronunciar- de los elegidos de Kad. Los meucos sólo se contentan con la sangre de sus rivales y, aun cuando descubrieran la huida, preferirán ésta a la nuestra, puesto que ya les corresponde; de ese modo viviremos para testimonio del más potente de los Dioses.

A cada palabra de Zor-Ám, el asombro y la confusión de Is-Un aumentaban. Sospechaba, por el rostro inquieto del sacerdote, que tales palabras provenían más de su intención que la de los Dioses. También él sentía esa urgencia, y reconocía cada una de las palabras como propias, como si él mismo las hubiera dicho, o como si leyera sus pensamientos más inconscientes. No sabía si marcharse a cumplir los deseos del sacerdote, o salir a clamar a la noche joven los acontecimientos. Gran parte del respeto casi reverencial que sentía por ese hombre se perdió en ese instante, delante del fuego que moría. Sin poder decidir nada, permaneció mirando a Zor-Ám, intentando descubrir la actitud que tomaría. El sacerdote aguardaba. Cuando el silencio entre ambos se tornó insoportable, Is-Un bajó la mirada, tanto por tristeza como por enojo. Sin contestar se retiró de la casa de Zor-Ám, con el corazón atribulado, sin saber qué haría. En silencio se retiró a su propia casa, deseando no haber tenido el sueño, morir ignorante del peligro que acechaba, junto a sus pares, sin la necesidad de traicionarlos; aunque para conseguir ese poco de paz tuviera que ofrendar su sangre.

## Capítulo 4

### IV

Cuando Karuán terminó el descenso de la colina, era ya de noche. Las primeras estrellas marcaban ya el rumbo a los extraviados y peregrinos; aun cuando una tonalidad anaranjada se veía a lo lejos, donde muere el sol, y salpicaba con los últimos colores cálidos unas pocas nubes en el horizonte. Era éste para él un ritual: la colina, el atardecer y el descenso de cada día; y también su soledad. No quería volver a su casa, una indecible tristeza lo abrumaba cada vez que entraba en aquél lugar, al que nunca consideró como propio. De cada uno de los rincones surgían fantasmas que lo atormentaban. Recordaba su hermoso rostro, sus manos blancas y delicadas. Sobre todo sus ojos, cuando parecían mirarlo desde la penumbra, en la perpetua oscuridad. En ese lugar perdería la cordura, de eso estaba seguro; y los ojos del espectro seguían penetrando en su alma, lacerándolo hasta el borde de su existencia misma.

Una patética batalla comenzaba, como todos los días, desde el momento de subir a la modesta elevación de tierra y piedra, de cara al poniente y al bosque. Lo más triste era que esta silenciosa guerra que se libraba en su interior no tenía resolución. No había -ni la habría nunca- respuesta para consolar su angustia. Una opresión que se hundía en sus hombros, como si llevara una pesada carga: "la carga de la existencia", pensaba en esos momentos. Se sentía vivo, y eso lo mortificaba; era consciente de cada uno de sus pasos, de su convulsiva respiración. Con dolor pensaba que había dos posibilidades: o Iv-Ka existía en algún otro lugar, en otro estado, o no existía. Estas dos excluían una tercera; no había caminos medios, ni soluciones alternativas: "O se existe, o no", pensaba. En su propio caso, esta existencia se le aparecía como vacía, sin ningún propósito ni ninguna explicación, "Después de todo, aun el Altísimo Kad tuvo el mismo sentimiento". Se sentía solamente estar, como arrojado a un vacío oscuro. En el caso de Iv-Ka, la no existencia le parecía una aberración, o una broma infame. Así, sentía que su vida (y, por extensión, toda vida) era simple existencia vacua, mero transitar; pero al extender este desgarrador pensamiento al alma de su esposa fallecida, sentía algo rebelarse en su interior, una necesidad de algo superior, que le fuera ajeno, para salvar así la memoria de Iv-Ka. En esta lucha constante y angustiada pasaba la mayor parte de sus días.

Iv-Ka era una mujer hermosa, de acuerdo a la opinión, ya no sólo de Karuán, sino de la mayor parte de los habitantes de Sadea. De rostro anguloso, nariz pequeña, labios finos y sensuales, ojos de un



marrón amielado y cejas que sólo a ella parecían disgustar, pero que Karuán consideraba enormemente atractivos. Si hubiera tenido que describirla, no habría encontrado las palabras, sólo que su belleza se magnificaba cuando se disgustaba, hecho que solía enfurecer a nuestro hombre, generándole una doble sensación de frustración y ternura. Solía decir algunas verdades con gesto distraído, casi inocente, con una indiferencia que había dejado desconcertado a Karuán en más de una oportunidad.

Apenas se conocieron se sintieron atraídos el uno al otro. Al ser una población relativamente pequeña, todos se conocían desde muy temprana edad; y particularmente todos conocían al pequeño heredero de Is-Un, el pobre huérfano que se pasaba los días en la cabaña de Arkún, en el templo y en las calles de la aldea. Al principio la atracción fue la propia de los niños a tan corta edad. Karuán crecía y, poco a poco, sus modales se tornaban más educados, casi seductores; aquellos que lo conocían afirmaban que la nobleza de su estirpe se notaba en cierto aire despreocupado y arrogante que emanaba de su postura. Fue esta actitud la que, a pesar del rechazo que le producían, terminó por enamorar a Iv-Ka.

Por eso, la diferencia entre aquél noble muchacho y este que ahora bajaba de la colina parecía magnificar el deplorable estado de Karuán. Quizás a partir de que las charlas con Arkún se volvieron más profundas, quizás por la tristeza olvidada y reencontrada en la madurez, de la pérdida de sus padres, quizás la influencia de Iv-Ka; lo cierto es que, a pesar de que nunca hasta el final de sus días perdió sus ademanes soberbios (ni aun cuando vivía en el bosque, sucio y famélico), conforme pasaba el tiempo se mostraba más parco, más alejado de los honores que todos veían en el futuro del pequeño huérfano, y su mirada se tornaba más nebulosa, más lejos de las cosas de esta tierra. Para cuando logró la bendición necesaria para casarse con Iv-Ka, era ya el hombre extraño que todos conocían, y que nadie se atrevía a mirar. El padre de ésta (que al principio esperaba ansiosamente el compromiso, siendo evidente desde niños la afinidad que estos dos seres se tenían) terminó por acceder sólo ante la petición de su hija. Luego de esto sólo vino el menosprecio y la incompreensión, según el sacerdote Arkún, en gran medida, producto de las opiniones del joven Kud-Ram, quien poco a poco reemplazaba a Karuán en importancia dentro de la población.

Aun cuando no hubiera motivo consciente para que sus piernas, o su voluntad inconsciente (o el azar) lo llevaran a ese lugar, terminó, como casi siempre, a los pies del bosque. En cierta medida, que ése lugar fuera a la vez el más odiado y temido por todos hacía que sintiera una extraña comodidad. Como si hubiera entre ellos una identidad, o una transferencia que los hacía similares. Aunque es probable que en los últimos segundos de su vida –en algún lugar próximo a donde ahora se encontraba– pensara que tal vez no fuera mera casualidad lo que

lo arrastraba penosamente a aquél lugar. Pensando todas estas cosas se recostó en el suelo y, bajo el amparo de la noche, finalmente logró dormirse.

El rostro de Iv-Ka lo miraba ahora apaciblemente, con una sonrisa tranquila y casi irónica en los finos labios. Arrodillada ante Karuán, extendió su larga mano hasta el rostro de barba espesa, tocándolo. Karuán sintió la suave caricia, aunque era muy consciente de que se trataba de un sueño. Como otras veces, se quedó admirando la belleza de la mujer, extasiado por la visión. Una lágrima rodó tercamente por la cara recostada del hombre. La voz dulce y armoniosa de Iv-Ka, que Karuán recordaba y extrañaba, dijo apaciblemente:

- Karuán, no duermas todavía.

La escena duró apenas unos instantes. Apenas lo suficiente para que Karuán reconociera el rostro y la voz. Algo parecido al despertar le ocurrió, una especie de consciencia repentina, a pesar de lo cual mantuvo los ojos cerrados, acaso esperando a que la visión volviera. Quiso tocarla, hablarle, decir algo, pero el hechizo la mantuvo prisionero, sentir sus manos en el rostro una vez más le había quitado las fuerzas. Escucharla lo había petrificado. Con más ímpetu que nunca, la desolación ante la inexistencia lo dejó desahuciado. Él, sin embargo, la recordaba. La había visto, había compartido con ella su vida, la había amado. ¿Cómo puede pasarse de eso a la no existencia? ¿Cómo puede cualquier cosa desvanecerse en la nada de esa forma? Sin proponérselo (debemos aclarar que todas estas conjeturas se asemejaban más a sensaciones que a pensamientos, ya que las hipótesis en este sentido no se formularon sino hasta mucho después, y su lenguaje no alcanzaba a definirlos conscientemente; lo que no quiere decir, desde luego, que no se hayan sentido), asemejaba la inexistencia a algo incognoscible, que no fue, ni sería jamás. ¿Cómo puede de este estado surgir el recuerdo vívido de algo que, sin embargo, ya no es?

Antes de que todos estos pensamientos pudieran tomar una forma definida, interrumpiendo su meditación desesperada y la calma sepulcral de la noche, un sonido lánguido se escuchó, entre angustioso y desesperado. No podía precisar de qué se trataba, pero sintió inmediatamente un frío glacial recorrerle toda la columna, y escalofríos inesperados y convulsivos. Todo su frágil espíritu se puso en alerta, como ante un peligro inminente.

En una fracción de segundo se irguió, agitado. Sin saber todavía si lo que había escuchado era todavía parte del sueño o de algo menos auspicioso, acercó la cabeza a la primera fila de árboles. Sólo la cabeza, el resto de su cuerpo se sentía entumecido, inerte. Quedó en esta

postura un rato, intentando captar algún sonido, alguna evidencia de que aquello realmente había sucedido. Cuando casi se convenció de que no había sido más que una invención, el segundo grito se dejó escuchar. Esta vez no tuvo dudas, o tal vez fuera mejor decir que no tuvo alternativa, lo que había llegado a sus oídos era real, y provenía de dentro del lugar maldito.

Comenzó a caminar rodeando el bosque, de manera nerviosa, acelerando el paso a medida que el tiempo pasaba, para terminar casi corriendo, compulsivamente, a un lado y a otro de la columna de árboles. Nada excepto el viento entre los árboles, algún animal nocturno, eso era todo. Sin atreverse a entrar todavía, intentaba sondearlo con la mirada, intentaba introducirse en él sin decidirse completamente. Monstruos acéfalos, animales inimaginables durmiendo en su profundidad, hombres (o lo que en apariencia eran hombres) con cabeza de bestia, salvajes y despiadadas aparecían delante de sus ojos: "A cualquiera que se arriesgue a entrar al bosque ha de esperarle la peor de las muertes, a manos de demonios capaces de corromper cuerpo y alma, se meterán dentro suyo y les arrebatarán el espíritu" solía decir Arkún. Era un bosque maldito, rodeado de peligros de todo tipo. Cierto es que Karuán no creía del todo las historias que se contaban del lugar, pero en esos momentos, luego de la ilusión de Iv-Ka, del grito desgarrador en la noche en el medio de un bosque prohibido, bastaron para que su descreimiento fallara ante el desconcierto. Sabía que ante el menor ruido, se vería forzado a entrar, al encuentro de lo que sin ninguna duda era un ser humano; no podría fingir ignorancia, no se lo permitiría. De nuevo el peso de su libertad lo apresaba ferozmente: hubiera deseado huir, o no haber escuchado nada, pero desde el momento en que escuchó no tuvo escapatoria.

Debía tomar una decisión.

El conocido mareo no lo tomó, esta vez, desprevenido; sus pies se adelantaban y retrocedían con el mismo impulso de su volición. Esperaba una señal que facilitara su decisión, aun cuando no estuviera seguro de cuál sería. Fijó en su mente un tiempo límite, mientras sentía que su cuerpo se llenaba de una energía desconocida, acumulándose y concentrándose, a la espera un signo para explotar estruendosamente. Un grito desaforado, una especie de alarido, iba gestándose dentro suyo, acumulándose en grandes cantidades, como arena para ayudar (o generar) una decisión que estaba, a pesar de todo, enteramente librada a su arbitrio.

Con el tercer quejido, el grito contenido tomó finalmente forma y, con todo el ímpetu de una energía salvaje, acumulada a presión dentro de su alma, cruzó la línea de árboles e inmediatamente se perdió de vista.

## Capítulo 5

V

Cuando Is-Un llegó a sus aposentos, el frenesí al que se había entregado desde que conoció la noticia, se transformó en una extraña calma. Incluso se recostó un momento, casi deleitándose del mensaje que le había sido entregado. Los Dioses lo habían elegido, y se sentía omnipotente. Creía ser dueño de un poder inmenso, hasta para decidir el destino de sus pares. Tan fuerte fue este sentimiento, que por un instante renegó de su humanidad. Como los Dioses, sentía a todos los hombres a su merced, dependientes de su voluntad. Él mismo se sintió un Dios, y su albedrío se le ocurrió como un néctar, compartido con los mimos Dioses.

Esta idea llagó a acrecentarse de tal modo, que nubló su juicio. Llegó a despreciarlos. Impíamente se anteponía a todos. Se sintió más poderoso incluso que Zor-Ám (por el cual había perdido todo respeto), puesto que a él habían elegido los Dioses para entregar el mensaje. El mismo sacerdote lo había dicho: "Servirán los que quedan de inmolación a los Eternos, y para cubrir el escape de los elegidos de Kad", había dicho. "Triste y pobre sacerdote –pensó Is-Un – quiso compararse en valía a mí, quiso ser también elegido, como lo soy yo, su malestar es prueba de ello". Pero Is-Un se equivocaba terriblemente.

Cada uno de los habitantes de Ak-Zar le deberían la noticia. A él, protegido de los Dioses. Nada debía temer, ya que a nadie debía nada. ¿Quién se atrevería a compararse con el gran Is-Un? Las generaciones venideras habrían de contar cómo salvó Ak-Zar del azote de los meucos; porque pensaba dar aviso. Tomar un caballo y cabalgar hasta la primera guardia. Una vez hecho esto iría al Templo de Kad, y a gritos despertaría a la población. Armarían una defensa o huirían; pero lo harían todos. Todos se beneficiarían de su grandeza. Esta solución le pareció la mejor, una suerte de sacrificio que, a sus ojos, confirmaban tanto su poder como su grandeza. No puede decirse que le agradara el desarrollo de las cosas (no era un guerrero), pero lo sentía como un sacrificio que debía realizar, para cumplir el designio de los Dioses. Pensar en la lucha hacía que su decisión vacilara, ensombreciendo la imagen magnánima que había adoptado para sí. Lo mejor sería huir; no arriesgarse a una resistencia innecesaria. Sí, eso era lo mejor, todos estarían de acuerdo en ello. O lo estarían una vez que se hubieran decidido a seguirlo; porque en el fondo sentía como un deber del resto para con él. Someterse a su grandeza.

Llevar la hazaña a otros pueblos, para que todos cantaran loas en su nombre. Era su derecho, el augurio de los Dioses. Una elección que venía de lo alto, para enaltecerlo, para ponerlo en Señor de todas las gentes. Todas estas cosas había decidido Is-Un recostado sobre su lecho.

Finalmente, a fuerza de verse de este modo, se fue acostumbrando a la idea de una lucha, mucho más heroica que solamente huir. Pudo imaginarse al frente de las defensas, comandándolas a la victoria. Aquél que previó la invasión, y que con generosa entrega luchó juntamente con su pueblo. Pero, mientras estas cosas pasaban por su mente, con los ojos cerrados mejor soñar, otras imágenes lograban vencer sus ideas, y resurgir en una oleada de estupor: los gritos, los aullidos, el rojo intenso. La bestia feroz con los dientes teñidos de sangre, la negrura del pelaje espeso. El temor del principio volvió intensificado, y lo forzó a olvidar sus quimeras de grandeza. Entonces, nervioso, se levantó de su lecho.

Estaría cerca la mitad de la noche, y ahora el tiempo se precipitaba sobre él, aplastándolo y oprimiéndole el pecho. Le costaba respirar. Las ovejas morirían a manos de aquellos lobos voraces. Todo terminaría de un momento a otro, y nadie habría para recordar hazaña alguna. Y si, jamás se conocería su nombre, habría dado su vida en vano por unos insensatos que, de cualquier modo, estaban ya condenados. Nadie habría de sobrevivir la noche.

Entonces decidió partir.

Ese súbito cambio fue como el despertar de una pesadilla, hasta casi hacerlo gritar. Había malgastado casi la mitad de su tiempo en ilusiones vanas. Rápidamente despertó a la mujer que todavía dormía. No sabía por qué, pero por un instante, el hecho de estuviera así, durmiendo, ignorante del peligro acechante, hizo que sintiera por ella repulsión. Mientras la mujer se incorporaba, sobresaltada y confundida, pensó que de buena gana se habría marchado solo; lo habría dejado todo, a todos. Así recuperaría tiempo y tendría menos menesteres de los que ocuparse. No sabía entonces que en los días que vendrían serían esas mismas caras que ahora deleznaba, los ojos de sus niños y de sus criados, siguiéndolo silenciosamente, las que le darían las fuerzas para proseguir la marcha. Ignoraba entonces que aquellos desdichados habrían de entregar su sangre para defenderlo de su enemigo. Sin ellos el escape de Ak-Zar no hubiera tenido sentido ni finalidad.

Pero ahora se lamentaba de haber despertado a aquella esposa. Sin demorarse demasiado en estos pensamientos, sentía la presión de cada segundo sobre sus sienes, latidos estrepitosos y crueles. Resolvió entonces que era ya tarde para comenzar una huida solitaria y, decidido a no perder más tiempo, salió corriendo a despertar a los criados y esclavos, dando gritos apenas audibles, tal era su temor en ese

momento de que toda la población descubriera la partida. Les ordenó que juntaran los animales y comida para seis o siete días (“Dejen el resto”) y que lo esperaran en el templo del Dios.

Sin dejar de correr, se dirigió donde dormía el resto de sus esposas, y les exigió a cada una que tomaran sus niños, y se juntaran con los criados. Mientras tanto Is-Un coordinaba la partida, dando voces aquí y allá, mandando sobre todo mayor presteza, y quejándose de la lentitud de todos sus dependientes. Profiriendo insultos a todos ellos por la memoria de los Dioses, a todos aquellos que no comprendían la rapidez con la que su señor reclamaba que todas estas cosas fueran hechas.

La fatuidad de hacía un momento se había disipado del todo, sólo quedaba la desesperación. El frío del ambiente se intensificaba a cada instante –por lo menos, eso es lo que Is-Un pensó–, porque los huesos le dolían sobremanera. “De cualquier modo están ya condenados...”, seguía repitiéndose esa frase en su cabeza, como si por medio de ella fuera un poco más lícito el abandonarlos a su suerte. Por momentos, como si de repente sus fuerzas se agotaran súbitamente, se quedaba quieto un mismo lugar, con el rostro pálido y bañado en sudor; la boca abierta y seca. En esos momentos nada pasaba por su mente, tampoco puede decirse que sintiera el paso del tiempo; simplemente existía, rígido y ajeno.

Sabía que estaba tomando una decisión, que esto afectaba a un número mayor de personas; que sus acciones terminarían por afectar a muchos de sus pares (entre ellos su propio hermano). Un tenue mareo lo aquejó, sintió el peso de su arbitrio y eso lo asustó. Pero necesitaba huir; el nerviosismo se fue transformando en locura frenética y obsesiva, en desquiciantes injurias a los suyos fundados por el temor y la soledad. Porque inevitablemente se sentía solo. Con nadie podía compartir su pena, sobre su cabeza estaría la vida o la muerte de incontables personas. Con todo, conjuraba a las mujeres y condenaba a los esclavos quienes, sin comprender absolutamente nada, se limitaban a cumplir tan rápido como su desconcierto les permitía.

Por momentos sentía una suerte de disociación. Una diferencia entre lo que sus sentidos le expresaban y su propia interpretación de los acontecimientos. Batallas antiguas se representaban en su mente, como en el principio de los tiempos, cuando Kad reconquistó los Cielos y condenó a los demonios a habitar su actual prisión; orbes oscuros y nubes negras, relámpagos que acechaban la Tierra conmovida, como bestias furiosas. No acertaba a definir si todo por cuanto estaba pasando era real, si verdaderamente constituía parte de su existencia.

Aún debe decirse que, por momentos, todavía se arrepentía de la decisión que estaba tomando, y hasta casi obliga a los esclavos a deshacer lo hecho y a las mujeres y niños a huir. Hecho curioso fue que



recién en aquél momento se le ocurrió una huida en la que él no tomara parte; hasta ahora lo esencial había sido si debía quedarse o huir, no había pensado más que en sí mismo. Se recriminó el que no se imaginara hasta ese momento que justamente las mujeres y los niños eran los únicos que tenían derecho a marcharse. Sí, así lo haría. Lo había decidido ya; su semblante ganó entonces un digno resplandor, giró sobre sus talones para dar la orden al primero que encontrara cuando los criados le avisaron que estaban listos para partir al Templo; entonces el resplandor se apagó, y con él todas las tribulaciones del alma de Is-Un.

## Capítulo 6

VI

La oscuridad del lugar era absoluta. Una vez perdido el impulso que lo había hecho entrar, permaneció parado, inexpresivo; como si la verdadera decisión hubiera sido traspasar sus límites, como si todo de ahora en adelante fuera más sencillo. Esperando a que sus ojos se habituaran a la espesura, su mente comenzó a funcionar nuevamente. Consciente de su jadeo y de la diferencia de temperatura que había con el exterior, decidió esperar. Sentía el latir de sus venas en las muñecas y en las manos. Tomó del suelo una piedra (en apariencia la más afilada que pudo encontrar a tientas) y, blandiendo su precaria arma, se adentró en el bosque.

Varias veces creyó que iba a desvanecerse. No era el miedo al siniestro ambiente lo rodeaba que lo atemorizaba; el sonido que había escuchado parecía provenir de alguna persona, y esta circunstancia se le ocurrió aún más peligrosa que todas las cosas que se decían del bosque. A pesar de esta convicción, vio pasar sombras y voces, especies de visiones que parecían recorrer el lugar, alrededor suyo. Su trabajo consistía entonces en categorizarlas y decidir –o intuir– cuáles eran ciertas y cuáles falsas. Aceleró el paso, aprovechando que su visión se encontraba menos nublada. Corría entre los árboles del mejor modo posible, aunque mirando compulsivamente a todos lados, a las sombras de bestias entre los troncos frescos.

Consideró que, para mejor encontrar lo que buscaba, convenía dirigirse hacia el centro del bosque. No era demasiado extenso, pero tampoco podía decirse que una persona no pudiera perderse transitándolo, por lo que paró un momento, e intentó acomodar sus ideas. Recién entonces, buscando la mejor manera de no perderse, es que recordó su sueño. Más que recordarlo, recién entonces le dio la relevancia que las circunstancias y la urgencia le habían quitado. La imaginó (fue éste un pensamiento contra el que no pudo luchar) en el centro del bosque, con su mirada entre severa y compasiva, sus vestidos blancos, su larga cabellera. Imaginó que la encontraría de algún modo; después de todo le había pedido que no durmiera y, en ese momento y en aquél ambiente, estaba resuelto a creer que lo que había tenido era algo más que un sueño. Sintió el calor de sus manos, el contacto de sus dedos en su cara. Debía ser algo más. Tan fuerte fue esta convicción que, hacia el final, Karuán terminó pensando que había estado en lo cierto, aunque no

del modo que él hubiera previsto.

Con otras fuerzas, un tanto distintas que las del principio, reinició la marcha. Más atento que nunca, se dirigió en principio donde el caudal de agua se oía con mayor fuerza. Intuyó que, si lo encontraba, estaría más cerca de conocer su ubicación, ya que la corriente nace de las montañas y corre hacia el valle; en ese caso, sólo bastaría con seguir el cauce hacia las afueras del bosque, más o menos a mitad de camino de las aldeas. A medida que se acercaba al río, el miedo a los monstruos (fueran reales o imaginarios) casi se había desvanecido por completo. Seguramente habría en aquél lugar infinidad de seres, pero a cada paso parecía más evidente que ninguno de los que contaban las leyendas.

Finalmente llegó al río y, expectante, esperó. A pesar de todas las dudas que lo aquejaban, en cierto sentido se sentía acompañado; como si alguna fuerza desconocida lo hubiera conducido deliberadamente a aquél lugar, quién sabe con qué motivo. Lejos de tranquilizarlo, el hecho lo angustió. A nadie había encontrado, nada que resultara extraño. Imaginó a alguien (quizás Kud-Ram) forzándolo a entrar al bosque, para entonces encarcelarlo, o darle muerte. También pudo haber sido cualquiera de los cadeanos, para los mismos fines, pero por motivos hartos distintos. Y al final de cada uno de todos estos pensamientos resurgía el sueño.

Primero lentamente, luego con obsesión, comenzó a describir círculos en el mismo lugar, tratando de penetrar con la mirada la negrura del ambiente. Nada. La desesperación comenzó a apoderarse de él, pero una fuerza invisible lo mantenía en el mismo lugar en el que se encontraba desde que había llegado. El sonido del agua permanecía constante, y llegaba a sus oídos con estrépito. Comenzó a correr de un lado a otro, como hacía un rato, de lado a lado del río estruendoso. La angustia crecía, transformándose en desesperación, en locura. Cuando sus fuerzas lo abandonaron del todo, cayó de rodillas y, con las manos apoyadas en la tierra escondiendo su cabeza baja, se entregó a un profundo lamento.

Lloro amargamente, porque en el fondo albergaba una ilusión, una esperanza. Había luchado hasta agotarse física y moralmente contra una idea que resurgía; que, sin proponérselo, lo había llevado al centro de su azarosa decisión. ¿Se habría atrevido a entrar si antes no la hubiera visto? No lo sabía, hasta hacía unos momentos hubiera creído que cualquier cosa lo habría atraído a ese bosque, pero ahora, ya dentro, el peso de las circunstancias y de su propio desconocimiento hacía que se sintiera vacío. Y desde ese vacío, asomaba la inexistencia misma, como un atributo más de las cosas. Miraba abstraídamente al río y sentía que, como el agua, todas las cosas eran arrastradas a la nada.

Mucho tiempo le tomó acostumbrarse a su ausencia, todavía más no volverse loco. Pero desde el momento en que Iv-Ka murió, un nuevo dilema se le presentaba una y otra vez, una duda de la cual no podía reponerse porque no le podía dar respuesta. Y lo más irónico fuera tal vez que no la temía por sí, tal vez la deseara, pero no podía imaginarla para ella. Así, el sentirla de modo tan real, de sentir su contacto, le dio una esperanza difícil de controlar, así como de sobreponerse. En cierto sentido, seguía dormido, todo lo que había sucedido desde que ella desapareció, fue como una extensión del mismo sueño del que, recién ahora, despertaba. Y era consciente de que no sería capaz de reponerse nuevamente.

Largo rato se concentró en su llanto, que se tornaba cada vez más desconsolado, agónico. Fue para él un desahogo contenido desde hacía mucho tiempo. Gritó, tendido en el suelo, sin posibilidad de refrenarse. Ya no importaban las bestias, ni los pueblos, ni los hombres; sólo la nada. Y a ella se entregaba.

Trató de calmarse. Con la idea que acababa de formarse en su cabeza, intentó levantarse. Encorvado y cansado se dirigió al agua, donde dejaría que la corriente lo arrastrara, que lo llevara a la nada a la que estaba destinado.

Pero, desde la oscuridad, se escuchó un ruido distinto, que hizo que Karuán se despejara de repente. Instintivamente levantó el improvisado arma (la piedra que, por algún motivo, todavía se encontraba en su mano) y, agachándose cerca del suelo, escudriñó la noche. Recién entonces cayó en la cuenta de toda la atención que su intrusión pudo haber generado, desde el momento en que traspasó la pared de árboles. Lamentó su descuido, y de inmediato resguardó su espalda contra un árbol, el que estaba más cerca. Ya habría momento para buscar otro cobijo, mientras tanto desconocía el origen y la dirección desde la cual había escuchado el ruido.

Comenzó a dar vueltas, con la espalda pegada al tronco, intentando escuchar otro sonido, que le permitiera localizar de dónde provenía. Sentía una renovada energía, un alerta constante; su mirada se posaba sobre cada porción de bosque con una velocidad y una concentración de la que no se habría creído capaz. Por un instante sólo se escuchó el río y el sonido de las hojas que Karuán pisaba en su lento trayecto.

Para cuando escuchó de nuevo el sonido (idéntico al que hacían sus propios pasos, sólo que alejados), ya había visto la sombra. Era pequeña, a pesar de lo cual no se confió. Levantó aún más la piedra mientras, a tientas para no separar la vista de la oscura masa, buscaba una rama que fuera lo suficientemente gruesa como para ayudarlo en caso de necesidad. La criatura se quedó inmóvil (ya había decidido que,

fuera lo que fuera, se trataba de un ser); por unos instantes, que parecían alargar el tiempo, el silencio fue absoluto, apenas entorpecido por el agua que seguía su curso. No sabía por qué, pero conforme pasaba el tiempo, algo en el contorno de la opaca figura deban a Karuán algo de tranquilidad. Tal vez porque se figuraba que, en caso de querer atacarlo, ya lo habría hecho. Lentamente bajó la piedra y, mientras la depositaba sutilmente en el suelo, la figura volvió a moverse. Notó con cierto asombro que estaba situada detrás de un árbol, como resguardándose. Lentamente comenzó a salir de su posición, y Karuán a suavizar la postura hostil en la que todavía se encontraba.

La criatura salió completamente y se acercó a un claro por donde se filtraba algo del crepúsculo; entonces Karuán vio unos ojos marrones y un largo y enmarañado cabello rizado.

Algo hubo, que no estoy seguro de que pueda explicarse por medio del lenguaje: un reconocimiento mutuo, dos almas que por primera vez posaban sus ojos sobre el otro, pero que se conocían desde tiempos remotos, que mutuamente se aguardaban.

La niña levantó una de sus manos y se la llevó al pecho, mirando fija pero tranquilamente a los ojos del hombre:

- Rhodia –exclamó la pequeña con voz débil y serena.

Él imitó el gesto y a su vez dijo: "Karuán", atraído por una fuerza que era incapaz de controlar. Todavía conservaba unas lágrimas, en las que la niña parecía concentrar toda su atención, entonces la vio sonreír.

De ese modo se presentaron, teniendo como únicos testigos a los árboles del bosque y a la noche fría.

## Capítulo 7

### VII

La mañana en que Is-Un y Zor-Ám decidieron huir, lo primero que vio Ak-Zar al alba, fue una columna de hombres, armados con gruesos escudos, espadas, hondas y flechas. Portaban antorchas, y recién a las puertas comenzaron a dar voces estruendosas, en una lengua desconocida por los moradores, pero que estaba cargada de furia. Delante de ellos (no menos de quinientos hombres a pie), en un hermoso caballo azabache, un hombre sobresalía por su fisonomía y por la silenciosa autoridad de su marcha. Cada uno de sus movimientos parecía estar santificado por sus seguidores, que proferían gritos e insultos. El hombre era alto, mucho más que un hombre normal y, al estar montado, su altura parecía magnificarse, ayudado por el sol naciente que destellaba a sus espaldas, figurándolo un Dios. Aunque para muchos de aquellos pobres desdichados de Ak-Zar, su semblante parecía el de un demonio, puesto que hasta su cara era monstruosa. Había en ella una mezcla de ferocidad, crueldad sin límites y una suerte de regocijo anticipado, o una perversidad incomparable. Tenía una gran cicatriz que cruzaba su rostro, deformándolo, y todos los que detrás suyo se encontraban sabían que la había hecho su propio padre, a edad temprana, motivo por el cual se decía que había vencido a la muerte. En esa cicatriz los aldeanos conocieron la figura de Guntak, el meuco.

Sin embargo, era poco lo que se sabía de este pueblo salvaje y de su adalid. Nadie podía precisar cuál era la extensión de su territorio ni cuándo la habían ganado; primero, porque su expansión resultaba tan vertiginosa que aumentaba casi con los días; segundo, porque -hasta ese momento- nadie había sobrevivido a una de sus gestas. Lo único que se conocía era que nadie había tan cruel como este hombre. Mataba a sus pares por mero aburrimiento, cuando no hallaba alguna guerra con la cual conformar su apetito. Ninguno de sus seguidores se atrevía a sostener su mirada ante él, porque se creía que calcinaba con sus ojos a quien lo desafiara; sus soldados hablaban ante él con los ojos vueltos al suelo, por temor y respeto al ser que habría de llevarlos a la conquista del mundo entero.

Por su parte, el meuco era un pueblo cuya principal ocupación consistía en presentar batalla a cuanto pueblo encontrara a su paso. Ya desde antes del ascenso ilimitado de Guntak, se habían adelantado a todos los pueblos en lo que constituía este arte. No producían recursos, ya que todo lo que consumían era producto de las masacres, salvo por una particular raza de caballos, de modo que el líder pudiera montarlo para sus conquistas ya que, según sus costumbres, era el único que podía



hacerlo. Fueron ellos los primeros en introducir este tipo de animales para la batalla, y no fue hasta mucho después (cuando Guntak no era más que una leyenda) que los mismos meucos comenzaron a utilizarlos asiduamente y para toda la milicia.

Tampoco se conocían los soldados en su calidad de tal. La mayoría de las comunidades eran todavía pequeñas, poco habitadas, y las habilidades en materia bélica eran escasas. Las defensas, precarias y endebles, no habían resistido nunca ataques directos, y consistían principalmente en un ciudadano común, en diferentes postas o, en el caso de las ciudades más grandes, atalayas, que servían principalmente para controlar y disuadir cualquier intento de ataque. No había uniformes, ya que las pocas guerras que se habían librado eran más a causa del alimento que del territorio, y se daban espontáneamente, sin un profesionalismo bélico.

Los avisos de posta en posta se daban todavía a viva voz con lo cual, antes de que el hombre apostado en el lugar pudiera correr hasta dar aviso al siguiente, no menos de cien hombres corrían a su encuentro, arrojando piedras y algunas lanzas, hasta alcanzarlo. Allí, era clavado al suelo, sus pies y sus manos arrancados brutalmente, y su cabeza cortada pasaba a adornar la punta de alguna lanza. Así, una a una las postas eran enfrentadas y reducidas, prosiguiendo entonces su silenciosa marcha hasta el lugar que habrían de conquistar. Sólo estas acciones eran permitidas de noche, al amparo de las estrellas; el resto descansaban, marchando de día, cuando las vigilancias tienden a ser más superficiales. El día y la noche anterior al enfrentamiento descansaban, y atacaban la última de las postas (la más cercana a la población) durante los últimos instantes de la noche, antes de los primeros rayos del alba.

Allí, a la vista de los pobladores, los estandartes eran desplegados. En cuestión de horas, la ciudad que atacaban se encontraba en ruinas, los espacios no destruidos, en llamas. Las mujeres, violadas o repartidas, los hombres, niños y las cabezas de ganado, masacrados de modo atroz. Nadie escapaba a la ira de Guntak, nadie que pudiera sobrevivir una vez que había posado su mirada (ya desde su tierra, desde antes de que las tropas salieran de Meuca) en los elegidos. Nadie hasta esa noche, pues hubo dos hombres –como ya se ha dicho–, dos sombras que deambulaban hacia el poniente, con sus mujeres y sus niños y gran parte de su hacienda, que lograron escapar.

Las puertas de la ciudad estaban cerradas, y ante ellas se abalanzaron los guerreros. Dando voces terribles, ininteligibles pero llenas de odio. Hacia el otro lado de la entrada también se daban voces, pero angustiantes; desesperación de mujeres corriendo, niños llorando y hombres implorando, de rodillas y en el mismo lugar en el que habían

escuchado el estruendo de la invasión. Otros intentaban arengar, corriendo a reforzar la entrada, que temblaba ante cada embestida; bien disponiéndose para la batalla o tomando en sus manos los únicos elementos que encontraban en medio del caos: instrumentos para labrar la tierra se convirtieron entonces en armas defensoras de todo un pueblo, que veía cómo el fin se acercaba con lentitud inexorable.

En un instante la entrada empezó a ceder, mientras por encima de las puertas cantidad de piedras golpeaban los escudos de los meucos, hecho que motivaba la risa desenfadada de los invasores. Tanto por respuesta como por diversión, Guntak ordenó a las últimas tres filas de hombres a responder, los cuales al instante dispararon sus flechas, también por sobre la entrada pronta a colapsar. Muchas veces habían vivido ya la misma escena. Sabían cómo habían de darse los acontecimientos, y eso los exaltaba todavía más. Cuando la entrada estuvo pronta a romperse, dando un último crujido antes de permitir la entrada a los meucos, por sobre los gritos de guerra y de desprecio se escuchó un largo suspiro de tensión, de horror. Todos los habitantes de Ak-Zar quedaron en suspenso; entonces el tiempo se detuvo, como si los Dioses hubieran dilatado el final, o como si éste se dividiera en infinitas partes, haciendo de ese último instante un último segundo fraccionado infinitamente. Pero inmediatamente la puerta cedió completamente y los meucos penetraron en la ciudad.

Las primeras filas entraron levantando sus lanzas, acometiendo a los que, apostados ante las puertas, se encontraban más cerca del ejército enemigo. Luego ingresaron algunas espadas que, dispersándose hacia los costados, tomaba tanto a parte de los defensores reunidos a los lados de la entrada, como a inocentes que sólo rogaban por sus vidas. Los arqueros mantenían su posición, ahora arrojando flechas a los habitantes más alejados del centro del conflicto. Las mujeres todavía huían, intentando encontrar un lugar dónde resguardarse de los mercenarios. El avance dejaba en el suelo decenas de cuerpos, algunos de los cuales agonizaban, los cuales eran descuartizados por las filas más atrasadas, que no habían participado completamente del combate.

Las columnas avanzaban en tres direcciones. La que marchaba al frente, que había abierto la brecha a los invasores y también la más adelantada, mataba a todo ser, sin importar que se tratara de hombre niño o bestia. Aquellas que avanzaban por los flancos, separándose de las filas del medio, se permitían otra suerte de matanza. Algunos eran tomados por la fuerza; sus manos arrancadas con un curioso artefacto, diseñado por los meucos para su propia diversión, en forma de tenaza y con una punta afilada en el centro, que apretaba la muñeca y los tobillos en el punto más débil de la articulación, de suerte que el filoso artefacto se clavaba en las carnes del prisionero y, con un giro, ésta quedaba casi por completo separada del resto del miembro; así, con el último tirón se arrancaba la extremidad, así como los más dolorosos quejidos por parte

del desmembrado. Otros eran ahorcados con cuerdas muy finas, decoradas con espinas, de modo que mientras el ahorcado luchaba desesperadamente por librarse de las cuerdas, éstas penetraban sus carnes, provocando más convulsivos movimientos, hasta que la persona enloquecía de dolor antes de morir por la asfixia. Algunos eran clavados a los postes que pudieran encontrarse, mientras los arqueros (que ya se encontraban dentro) fusilaban con sus flechas a la garganta o las piernas, y allí eran dejados, agonizantes. Mientras tanto Guntak se paseaba tranquilamente en medio de la carnicería, con las manos en su espalda y una sonrisa morbosa en su cara ensangrentada. Era costumbre de este guerrero, matar sólo cuando el resto de sus soldados se había ya divertido, tomando la sangre de su primer víctima, en un vaso de madera ornamentada, y pintándose luego la cara con ella, como tributo a sus Dioses. Ésta era la primera acción que realizaba, si por milagro alguien quedaba con vida, inmediatamente se encargaba de la situación. Luego pasaba a los prisioneros, las máximas autoridades de la población, a quienes sus soldados cautelosamente guardaban la vida para él, y a los cuales asesinaba sólo cuando todos los demás estuvieran muertos.

Las mujeres vivas, una vez abusadas por cuanto meuco sintiera el impulso de hacerlo, golpeadas y ultrajadas, eran separadas y encadenadas. Los primeros incendios del lugar empezaban a aparecer, cuando no quedaba más por destruir. En primer lugar, los templos de los Dioses, luego los hogares sacerdotales y de los principales, por último cualquier cosa que pudiera arder. Esto, sin dudas, fue lo que sucedió en Ak-Zar, lo confirmaba la gruesa columna de humo que, desde la mitad del día, Is-Un y Zor-Ám vieron aparecer a sus espaldas.

## Capítulo 8

VIII

Dentro del bosque, Karuán y Rhodia se escrutaban mutuamente. Casi inmediatamente después del encuentro, y sin que mediara palabra entre ellos, Karuán vio a la niña temblando por el frío de la noche. Sin pensarlo detenidamente, se puso a juntar ramitas y hojas secas del suelo húmedo. Por su parte, Rhodia también juntaba maderos que encontraba caídos. Debe aclararse que, aun cuando este bosque se encontrara maldito, no era lo usual entre estas comunidades que, por lo demás, expresaban un respeto casi reverencial hacia estos lugares, a los que consideraban testigos eternos de las luchas de los Dioses con los Demonios, así como por todo lugar que tomaran como santo, sean montañas, ríos o árboles, y a menudo les conferían sentimientos y hasta pensamientos. Así, toda acción dentro de uno de estos lugares santos, exigía no perturbar el ambiente, motivo por el cual sólo se tomaban los materiales necesarios del suelo, para no perturbar la beatitud del lugar.

Un momento después, en el cual sin embargo seguían las dos criaturas contemplándose, y luego de una pequeña plegaria de Karuán al bosque por perturbar su quietud, un pequeño fuego estuvo encendido, cerca del cual se encontraba la niña. Finalmente, a la luz amarillenta del crepitar silencioso, Karuán pudo verla en detalle por primera vez. Tendría cuatro o cinco años, ojos grandes de un marrón claro, el pelo largo y enmarañado, que disfrazaba unos bucles suaves pero definidos, apenas más oscuros que sus ojos. Su piel era blanca y suave, contrastando sutilmente con la suciedad que la travesía por el bosque sin dudas había dejado, que daban a su rostro una expresión de inocente resplandor. Karuán, que no se había lamentado hasta ese momento de no haber conocido la paternidad, sintió sin embargo, al ver las manos pequeñas, el rostro angelical de nariz respingada, altanera y bondadosa a la vez, sentimientos que no había sentido por nadie, ni siquiera por Iv-Ka; era esto algo mucho más excelso, más puro, blanco como la nieve de las montañas, y desinteresado por su propia naturaleza, de suerte que, si por Iv-Ka hubiera dado la vida, por esta pequeña desconocida hubiera gustoso entregado el alma, como voluntaria ofrenda si con eso podía ampararla y

protegerla.

Por su parte, Rhodia vio en Karuán algo más que un hombre demacrado y sucio. Su padre había perecido en una de las gestas, a manos de un sedeo desconocido, y la única figura paterna que poseía era la de su abuelo. Así, cada cual recibió como don al otro; y aun cuando no lo supieran, súplica y dádiva se encontraron en un hecho singularísimo, en una respuesta a súplicas desconocidas, siendo que fue recién cuando se encontraron con lo deseado, que un sinfín de desazones encontraron justificación.

Ambos lo habían sentido, y lo habían sentido en el otro: la misma revelación, esta mutua transformación que por separado habían sentido y que aceptaron mutuamente sin necesidad de hablarse. Cuando Karuán comprendió esto sonrió, por primera vez desde la muerte de su esposa, sin dejos de tristeza, alegre y naturalmente, ante la nueva sensación que se adueñaba de su ser; entonces preguntó:

- ¿Cómo te has perdido?

- No lo sé, mi buen kaptá –contestó Rhodia sin contener un bostezo largamente gestado. Ante esta respuesta, todo el cuerpo de Karuán se sacudió. Sucede que, mientras el término kaptá indicaba algo así como “mi buen señor”, “kópta” era utilizado para designar paternidad, de modo que confundió en parte los términos, producto del bostezo de la niña y de su voz aguda y fatigada-, hace dos noches que me encuentro perdida, pero no recuerdo cómo he llegado. Me he despertado en este lugar, y no he podido salir.

Resultaba inútil intentar salir de aquél lugar en esos momentos y, aun cuando Rhodia se encontraba ahora calmada, casi animosa, el cansancio de dos días errante en un lugar desconocido se notaba en su cara exhausta. Ambos sentados, uno frente al otro, con el fuego en el medio, se sonreían. Karuán comentó:

- Te he escuchado gritar.

- Me pareció ver una sombra, luego sentí un sonido y algo que tocaba mi espalda, y me he asustado. Gracias a los Dioses que no me he encontrado con ninguno de los monstruos –dijo Rhodia abriendo sus ojos, y era evidente que durante dos días el terror se había instalado en su pequeño ser. Ahora, sin embargo, poco parecía importarle los monstruos.

Karuán, que a pesar de su edad había tenido en algún momento de su intrusión un pensamiento similar, hizo una mueca de tristeza, y dijo:

- Descansa, debes estar exhausta.
- Prométeme que te quedarás conmigo, y no me abandonarás
- Estaré a tu lado hasta que despiertes –respondió dulcemente Karuán.

Rhodia se recostó. Ya con los ojos cerrados, como si por fin pudiera descansar, hizo una pregunta que, a pesar de su ingenuidad, perduró en Karuán hasta el final:

- ¿Ustedes los sadeos son todos iguales?
- No todos –respondió Karuán con cautela y, sin proponérselo, llegó a su mente la figura de Kud-Ram- ¿Por qué preguntas?
- Porque siempre pensé que mi abuelo estaba equivocado respecto de ustedes –dijo la niña, abriendo un instante los ojos para poder sonreír a Karuán. Volvió a cerrarlos y enseguida se quedó dormida.

El sutil sonido del fuego que crepitaba, alargando las sobras, estirándolas hasta que se perdían de vista en la espesura de la noche, hipnotizaba a Karuán, que seguía contemplando a la niña, y arrojaba a su mente innumerables preguntas, para las cuales no tenía respuesta ni justificación: ¿Cómo se había perdido una niña en el medio de un bosque maldito, el cual aún hombres sabios y valerosos evitaban? ¿Debía ayudar a una niña cadeana, aquellos que mataron a Iv-Ka? ¿No sería, acaso, una de las criaturas malditas que habitaban en el bosque, esperando el momento para atacar? ¿Podía confiar en aquella niña? ¿Tenía el derecho de sentirse de esa manera, feliz, cerca de un ser tan tierno? ¿Él, un sucio y triste hombre, incapaz de salvar a su esposa, odiado y temido por todos los hombres?

Pero, aun cuando se hiciera estas preguntas a las que estaba acostumbrado, preguntas que se hundían en su alma y que lo atormentaban, seguía mirando el rostro iluminado de Rhodia, y llegó a la conclusión de que no sentía ninguna urgencia en contestarlas. Todas las dudas, atroces y destructivas, terminaban con la imagen plácida del sueño de la niña. Entonces las preguntas cesaron, y pudo sentir, como nunca hasta ese momento, algo de alivio.

Las primeras luces del día naciente empezaban ya a filtrarse por entre los árboles, dando al lugar líneas luminosas, destellos de una luz cálida que terminaban en el suelo, en manchas amarillas, verdes y marrones, dando al lugar un aspecto melancólico. Mucho tiempo estuvo Karuán contemplando a Rhodia, hasta que resolvió levantarse y, siempre cerca de la niña, para no romper su promesa, comenzó a caminar por el

bosque.

Sin lugar a dudas parecía un lugar desierto, sólo habitado por los animales de la zona, que desde el alba empezaban a pulular tímidamente. A medida que transcurría la mañana, Karuán se mostró más interesado en aquél lugar; decidido que, maldito o no, ninguna criatura peligrosa o sobrenatural habitaba en él, empezó a inspeccionar el lugar que admiraba desde la pasividad de la colina. Por muchos años fue ese bosque el símbolo de una unión imperecedera, eterna; y aunque nunca se atrevió a traspasar sus dominios, había trasladado muchas de estas particularidades al lugar mismo, hasta casi santificarlo, tal vez porque creyera que (como el bosque) su amor permanecía eterno e impenetrable.

Reconoció varios tipos de árboles, los mismos que contemplaba desde su lugar: abetos y robles principalmente; con sus manos acariciaba los troncos, como si reconociera a cada uno. Tanto llegó a conocerlo, que pensó que no necesitaría ninguna guía. Paseaba entre los árboles con una calma única, con lentitud graciosa. Hasta hubo un momento en que se sintió parte del bosque, sintió el calor del sol, la brisa que recorría los senderos naturales y estrechos, una seguridad que le había sido arrebatada la noche anterior y un asomo de felicidad cada vez que giraba para ver a la niña, que seguía durmiendo. Casi olvidaba que hacía sólo unos momentos la había conocido, le parecía que la conocía desde siempre, incluso consideró ridículo imaginarse una vida anterior, donde Rhodia no tuviera lugar.

Pero, por otra parte, sabía que a medida que se adelantaba la mañana, la niña despertaría y entonces la separación sería inevitable. Ella se dirigiría con los suyos, tal vez a comentar los pormenores de su travesía; pero desconocía cual fuera su destino de ahora en más. Entrar al bosque estaba prohibido, bajo pena de esclavitud o de muerte, y conocía demasiado bien a los sadeos como para saber que se lanzarían sobre él ante estas dos posibilidades. Porque a pesar de ser un hombre libre, ésta estaba asegurada únicamente por su ascendencia; Is-Un había aclarado que ninguno de sus descendientes sería esclavo, por los siglos venideros, hasta el último, salvo por el crimen Karuán que acababa de cometer. Nunca a nadie interesó la severidad con la que esta violación era castigada, y salvo Karuán, la consideraban una norma justa y venerable. Por todo esto, estaba seguro que aquellos que no entendían cómo un hombre no tenía riquezas, ni criados, ni esclavos, dedicado sólo a la contemplación de su propia angustia (y eran muchos) reclamarían tanto su vida como su libertad.

En estas cavilaciones se encontraba cuando en sonido seco lo despertó. Dio media vuelta y vio a Rhodia sentada, inspeccionando la



misteriosa meditación de Karuán.

- ¿Te he asustado?

Rhodia negó con la cabeza, y agregó:

- Me ha despertado el sol, y el ruido de las hojas –tomó una rama del suelo y comenzó a dibujar con él en las cenizas que todavía quedaban en el polvo.

- Te acompañaré hasta que pueda salir del bosque, para que puedas volver con los tuyos, pero no podré acercarme demasiado, porque si me ven podrías tener inconvenientes –dijo Karuán queriendo parecer indiferente, pero era evidente que quería adelantarse a los acontecimientos, y quedar de ese modo menos expuesto al dolor que le causaba la partida de la niña. Sin embargo, ella lo sorprendió con su respuesta, la cual no se hubiera imaginado Karuán ni en sus ideas más auspiciosas.

- No todavía –dijo, levantando los hombros y con una indiferencia que en ella era sincera-, apenas ha comenzado la mañana, y todavía no me has contado cómo es que has aparecido en el medio de la noche, y por quien llorabas cuando me acerqué.

Hablaba con una soltura y una seguridad difícil de explicar. Detrás de la niña sucia de pelo enmarañado había un ser cortés y educado, quedando perfectamente claro que provenía de alguna familia influyente, hecho que hacía que su incursión en el bosque fuera todavía más extraña e inexplicable. También como si –para que ningún detalle se escapara de sus ojitos entornados de curiosidad- conociera al hombre de toda su vida, o quisiera saber hasta cada pormenor de la parte que de él desconocía. Sentían una confianza mutua, poco frecuentes en una niña perdida y en un hombre hostil. Lo único que puede decirse es que desde el momento en que se descubrieron estas dos sombras, la vida de ambos cambió por completo, en una comunión inspirada por el cariño de dos almas que se reconocen en la espesura del Universo.

## Capítulo 9

IX

Zor-Ám despertó con una ambigua sensación de esperanza e incredulidad. Enérgicamente decidió vestirse, cuando aún no se veía el sol, aunque la claridad de la mañana se intuía en las montañas, cuyos picos nevados resultaban especialmente diáfanos, y en la niebla profunda que lo envolvía. Buscó con la mirada al esclavo que, más adelante y un poco por encima de los que dormían a la intemperie, montó guardia en las peores horas de la noche. A él se acercó con aspecto grave, tal vez para mantener la distancia prudencial que conviene guardar entre amo y esclavo, y entre sacerdote de los Dioses y cualquier otra persona. Cuando estuvo a su lado, preguntó cómo había sido la noche, aun cuando sabía que nada había sucedido; el esclavo le dio un breve informe al que su amo no prestó atención y, acto seguido, se dispuso a clavar nuevamente su vista en el horizonte.

Entonces el sacerdote le encargó que se internara en lo alto de la montaña, medio día de camino, y que explorara lo por venir, de modo que estuvieran preparados para cualquier situación. Lo vio alejarse con paso cansado. Por su mente cruzó algo que pudo parecer una bendición, pero, arrepentido, volvió sobre sus pasos y despertó a otro de sus esclavos para que continuara la vigilancia. Mientras, él se ocupaba de rondar el lugar donde habían pasado la noche, tal vez para cerciorarse por sus propios medios. Sin despertar a Is-Un, caminó por el pie de las montañas un largo trecho, abstraído en sus pensamientos.

Los meucos habían quedado lejos, camino de muchas semanas. Y, a menos que los hubieran descubierto y perseguido, o que el azar marcara su rumbo hacia donde ellos se encontraban ahora, las posibilidades de riesgo eran escasas. Una mujer, compañera de uno de los esclavos, y dos niños habían perecido en la travesía, hecho que promovía que los ánimos de la caravana (especialmente aquellos que no eran esclavos) empezaba ya a desesperar. Pero lo cierto es que el miedo todavía subsistía en su corazón, un sentimiento parecido a aquél murmullo que escuchamos a nuestras espaldas en el medio de una noche oscura, que nos impide darnos vuelta, que nos paraliza contra nuestra voluntad, aun cuando nuestros ojos estén vueltos hacia dentro, el espíritu concentrado detrás, intentando escrutar lo que nos acecha en la oscuridad. Esto era lo que sucedía a estos hombres, que temían volver la cabeza por temor a Guntak –porque todavía, luego de aquellas terribles jornadas, seguían huyendo-, cuando en realidad sus espíritus estaban

varios días atrás, como retrasados, esperando.

Debía tomar una decisión o, al temor de los meucos y de los propios Dioses, se agregaría el de los que compartían con él e Is-Un la marcha. Intentó pensar claramente, a pesar del miedo. Resultaba poco probable que fueran perseguidos, de otro modo estarían muertos. Tampoco podía esperar demasiado de Is-Un, era un hombre que confiaba en sí mismo más de lo que merecía, orgulloso y sin ingenio. Pobre hombre que se figuraba importante, sólo por haber sido el destinatario de un mensaje, el cual hubiera podido tener cualquiera, él mismo. ¿Por qué los Dioses habían permitido a ese impertinente semejante revelación? ¿No había él, Zor-Ám, dedicado su vida a honrarlos? ¿No era él, por derecho, el merecedor de escuchar el augurio de Kad? Debía haber sido él, no ese ingrato desagradable. En su mente fría se gestaba una idea. Era menester ganarse el favor de los Eternos, debía salvar a todos los hombres que caminaban a su lado, pero ¿Cómo? En todos sus años como sacerdote, había aprendido que los Dioses se manifiestan contadas veces (si es que lo hacían), y que el resto eran representaciones vacías, rituales sin sentido para evitar que la población dejara de creer, y esto es lo que hacía falta ahora. Sólo a él correspondería la gloria. Cambiaría la voluntad de los Dioses, para tomar por fuerza el lugar donde tendrían que haberlo puesto.

En estas maquinaciones se fue parte de la mañana. Volvió al campamento y despertó a los que dormían, que eran la mayoría. Enérgicamente obligó a los esclavos, a los criados y a las mujeres sin niño que se dispusieran a seguir sus órdenes. A los hombres mandó cazar cuanto animal encontraran, a las mujeres a juntar cuanta madera estuviera en el suelo, para hacer una gran pira hacia la mitad del día. Todos salieron rápidamente, en parte por la esperanza de calor y comida, en parte por la alegría de escuchar a Zor-Ám tan dispuesto; por escuchar finalmente una orden que fuera precisa, concreta. Una decisión que, en cierto modo, comenzara a parecer como el final de las tribulaciones.

Is-un no fue de esta opinión, y con aire importante increpó a Zor-Ám, desplegando las mismas razones que el sacerdote se había planteado momentos atrás.

- Es mandato de los Dioses –mintió Zor-Ám-. Si no hacemos sacrificio para antes de que el sol se oculte, nos será privada la noticia que viene a nosotros antes de que anochezca –dijo, cifrando todas sus esperanzas en el esclavo mandado a lo alto de la montaña. Era su última oportunidad, si los Dioses no hallaban gracia en su máximo sacerdote, todo habría sido en vano. Se veía a sí mismo como trofeo de Is-Un. Porque sus ojos revelaban una intención secreta, sólo conocida por él, y que Zor-Ám alcanzó a ver desde el momento en que comenzó a comandar la partida. Is-Un planeaba (o planearía, poco importaba en esos

momentos) asesinarlo.

La rivalidad iba creciendo entre estos dos seres, que se disputaban, a pesar de todo, el liderazgo. Incluso después de las largas noches juntos, cuando nada tenían por ganar, cuando su futuro estaba plagado de desafíos y calamidades, cuando no tenían qué comer ni dónde dormir, estos hombres luchaban silenciosamente, como si la verdadera discordia fuera por cuál de ellos pudiera mejor llevarlos a la muerte.

Los esclavos y las mujeres habían empezado a complacer las solicitudes de Zor-Ám alegremente, y ni siquiera Is-Un se atrevió a contradecirlo, al ver las caras y las sonrisas. Tal vez no hubiera en su futuro más motivos de alegría. Así, finalmente se mostró a favor de rendir honor a los Dioses, para conformar a los hombres y mujeres que aceleraban el paso para buscar aquello que había sido mandado. Desde ese momento, entre aquellos que estaban sujetos a la potestad de estos dos hombres, no hubo diferencias de clases. El sufrimiento había terminado por borrar todo rastro de desigualdad de sus rostros, y se veían sencillamente como compañeros en la desolación. Esclavos y esposas, herederos y criados compartían cuanto tenían sinceramente ante esta promesa. Incluso se ayudaban, y cada esclava iba junto a su ama, ambas igualmente sucias, arrastrando sus cuerpos contra la tierra fría en busca de madera que pudiera arder.

Al ver la alegría de todos, Zor-Ám recobró parte del valor perdido, ese que ostentaba antes de salir de Ak-Zar y, ante la mirada desafiante de Is-Un, ordenó que mataran un animal para la comida del día. El alimento de la noche, sería el de los sacrificios que habían planeado para regocijo de Kad. Comieron animosamente, preparados para los holocaustos que vendrían, y confiados en que los Dioses habrían de escuchar sus ruegos. Is-Un comió más que todos, mientras que Zor-Ám apenas si probó la carne, guardando su ración para los pequeños y las mujeres. Una sonrisa pérfida, desagradable, ensombreció el rostro del sacerdote, mirando con desdén a Is-Un, confiado quizás por primera vez, confiado y deseoso de que el esclavo (nadie notaba su ausencia) volviera, para tener asegurada la victoria sobre Is-Un, y sobre los Dioses, puesto que los habría forzado a mudar de parecer.

## Capítulo 10

X

Kud-Ram era un hombre respetado de la comunidad de Sadea. De ojos penetrantes y oscuros, alto, de voz poderosa y voluntad firme. Era dueño de vastas tierras y comerciante dedicado a llevar y traer las novedades del mundo desde y hacia Sadea, hasta los lugares más apartados, lo que lo convertía en un hombre de mundo. Se mostraba a favor de la monarquía, porque de los pueblos que había visitado, aquellos sometidos a un monarca eran los más ricos, prósperos y con las mejores oportunidades frente a otras poblaciones para someterlas. Y cuando expresaba sus ideas revolucionarias, su mirada se dirigía inconscientemente a Cadán, aquellos crueles demonios que se encontraban más allá del iracundo bosque y del río, porque sabía que prometiendo a los sadeos la conquista de Cadán, el acceso a la corona de soberano sería inevitable.

Otra de las razones por la cual había intentado por años la implementación de este régimen monárquico, fue porque solía comentarse que, como Karuán, era descendiente directo de Is-Un, de la unión de éste con una de las esclavas de sus esposas, y aunque nunca pudo comprobarse esta especulación, ni su unión con el fundador, Kud-Ram estaba convencido de ello. Desde temprana edad había tomado una actitud soberbia frente a la mayoría de los sadeos pero, a diferencia de Karuán, ésta no era inocente, y ocultaba en sus pliegues un dejo de maldad. Con todo, sus llegadas a la aldea eran motivo de fiesta, tal vez porque gastaba la mitad de su ganancia en banquetes y opulentas ofrendas, creyendo que de ese modo se mostraría como el candidato ideal para una necesaria monarquía. Y, no está de más decir, más que cualquier otra cosa despreciaba a Karuán. Cada intento de organización política a través de los años, habían terminado siempre a manos de los descendientes de Is-Un. Ahora, Karuán era el último de este linaje, y cualquier tentativa en esta dirección acababa forzosamente en él, quien constituía para Kud-Ram un obstáculo que esperaba remover. Pero por sobre todas las cosas lo odiaba porque no lograba comprenderlo; no sólo le había quitado la legitimidad, sino que lo consideraba un ser débil, inferior, incapaz de regir su vida y contrario a las costumbres de su pueblo.

Era Karuán el único que no asistía a sus impresionantes agasajos, ni se dejaba deslumbrar por las novedades y comodidades que Kud-Ram acercaba hasta Sadea. Era él por todos los hombres quien

buscaba verlo muerto, o por lo menos esclavo. No se había atrevido a quitarle la vida, porque algo había en el huracán rival que le provocaba temor. Por eso, dedicaba los días que pasaba en la aldea a espiarlo, los días o semanas que sus negocios no le permitían estar en los alrededores, mandaba a alguno de sus hombres de mayor confianza para cumplir este ritual, especialmente por las tardes, cuando Karuán contemplaba el bosque. Kud-Ram tenía por seguro que en algún momento su locura lo llevaría dentro de este lugar. Eso sólo necesitaba, y en ello había cifrado todas sus esperanzas de acabar con la vida de quien consideraba (a despecho suyo) su hermano.

Por eso, cuando Karuán salió del bosque, con la pequeña Rhodia de la mano, Kud-Ram supo que su larga espera había finalmente llegado a su fin. Contuvo todavía un irrefrenable impulso, y lo siguió por el borde del bosque, luego colina arriba, hasta la casa, donde él y la pequeña desconocida entraron cuando todavía no llegaba el mediodía. Nadie había visto a Karuán ni a Rhodia, y tal vez la explicación más simple para esto fuera que nadie prestaba ya demasiada atención a Karuán. Había pasado los últimos años de ermitaño, cultivando el sutil arte de pasar desapercibido, salvo cuando de sus actitudes o de sus ideas se desprendía un dejo de menosprecio por todas las tradiciones de su pueblo, momento en el cual la relevancia que tomaba su presencia era casi tan importante como la de un rey.

Volvieron a salir de la modesta casa los dos seres, bordeando el bosque por el lado de las montañas (el más largo), luego se perdieron de vista, y no se lo vio ya por el resto del día. Kud-Ram, a pesar de la distancia, notó algo delicadamente diferente en la cara del hombre que despreciaba, algo que difería completamente con su abstracción cotidiana: lo vio sonriente, extrañamente feliz, charlando animosamente con la niña que caminaba a su lado, como si los dos formaran parte de un mundo ajeno, el cual sólo existiera para los dos, lo revelaba el hecho de que hubiera entrado a la aldea a una extraña (casi sin lugar a dudas una cadeana), y que ésta tampoco mostrara signos de malestar. Esto desató en Kud-Ram una ira que, mayor a cualquier otra que hubiera sentido por Karuán, se volvía incontenible. Por primera vez se sinceró respecto a lo que sentía por Karuán, y se confesó que su necesidad de verlo muerto excedía su ambición, y la conveniencia de ser el único heredero de Is-Un. Su odio se extendía a toda la persona de Karuán, y lo envenenaba de tal forma que decidió hacer algo al respecto.

Dos días tardó Karuán en volver de su viaje. El que evitaran en su partida el bosque parecía, más que una estrategia, un modo para evitar que la niña entrara en ese lugar. La vuelta sería, indudablemente –pensó el comerciante–, más corta. Y Kud-Ram estaba en lo cierto. Karuán no se arriesgaría a volver a internar a Rhodia en el lugar en el que se había perdido, aun cuando no le importara; pero su regreso lo hizo cortando camino por el bosque, aprovechando la oportunidad de extender

su conocimiento del lugar, para examinarlo detenidamente, cosa que no pudo hacer la primera mañana. Todo este tiempo Kud-Ram esperó, hasta suspendió un muy retrasado viaje a la tierra de los etreyas, para poder presenciar la vuelta de su rival, y poder así ocuparse personalmente del asunto. Ya a la distancia su oscura figura se aproximaba, hacia la colina (hecho que confirmaba la suposición de que había vuelto por el bosque; de otro modo tendría que haber vuelto por el otro margen, por aquél que salía a las rutas de comercio, y a la segunda y más importante entrada a la aldea), con semblante tranquilo, casi estoico. Una vez que hubo entrado a Sadea, se dirigió a su hogar, y allí se quedó hasta bien entrada la noche.

Temprano la mañana siguiente, las puertas de su morada temblaron insolentemente. Al no encontrar respuesta, los soldados entraron forzando la entrada. Para sorpresa suya, ya que la mayoría de los habitantes todavía dormía, lo encontraron de frente a una fogata encendida, con rostro sereno pero cansado, y abstraído en su menester, que consistía en mirar cariñosamente el fuego que iluminaba su rostro enjuto. La abertura, que permanecía abierta detrás de los soldados, dejaba entrar un aire primaveral, aunque todavía frío. Ni el viento, ni el estrépito de la entrada, ni los dos hombres, habían inmutado el semblante de Karuán, que parecía no haber reparado en ellos. Los soldados, confundidos, llamaron su atención, momento en el cual Karuán dio vuelta su rostro, como recién dándose cuenta de la irrupción:

- ¿Qué desean? –dijo con ánimo cálido y bondadoso a los intrusos.

- Karuán, hijo de Aran, el principal sacerdote del templo requiere su presencia para que pueda defenderse del delito de que se lo acusa ante los Dioses de lo Eterno –dijo uno de los soldados, el más bajo de los dos, y que aparentemente se encontraba más dispuesto a cumplir las órdenes que le habían sido encomendadas.

- ¿De qué delito se me acusa, si es lícito decirlo? –Karuán mantenía la misma sonrisa tranquila, hecho que desconcertó en gran manera a los soldados que, a pesar de conocerlo, no pudieron ocultar ni disimular su asombro.

- Se lo acusa de violar las más altas normas de nuestros Dioses, de entrar en el bosque prohibido y de ayudar un este acto a una persona de Cadán, enemigos del pueblo de Sadea.

Lugo de un breve silencio, que a pesar del todo no resultaba incómodo, Karuán movió la cabeza en gesto afirmativo, otra vez de cara al fuego. Su sonrisa se intensificó, cuando realmente comprendió lo que estaba sucediendo. Tal vez para proseguir la conversación, tal vez para



confirmar sus sospechas, preguntó, con aire divertido:

- ¿Pueden decirme todavía quién ha formulado tal acusación?

- Kud-Ram, hijo de Huk-Asa ha formulado la acusación ante el sacerdote máximo en persona, quien requiere su presencia –dijo el otro soldado. El otro lo miró, con gesto adusto, como si hubiera dicho más de lo que hacía falta. Luego, como anticipándose a la resistencia que estas últimas palabras debían provocar, comenzaron a moverse en dirección a Karuán, en actitud amenazante.

El hombre se levantó tranquilamente, con cierto aire majestuoso. Los soldados del Templo dieron cada uno un paso hacia atrás, sin saber si acercar sus manos a la vaina de sus espadas o postrarse en señal de respeto. Karuán miró alternadamente a uno y a otro, sin cambiar de expresión, hecho que tranquilizó a los soldados, que relajaron su postura. Karuán se acercó a los soldados y, sin decir palabra, salió de su hogar, dirigiendo sus pasos hacia el Templo, escoltado por los dos soldados.

## Capítulo 11

XI

Antes de que Is-Un pudiera tomar una decisión en torno a la nueva vitalidad de Zor-Ám, éste se encontraba dando órdenes a los criados y a los esclavos para que amontonaran la madera en una especie de explanada natural que se encontraba a un tiro de flecha en lo alto de la montaña. Cargando manojos de madera, subían algunos esclavos, el resto y los criados intentaban subir los escasos animales cazados, vivos, puesto que el ritual suponía dejar al animal con vida hasta el último instante. Atrás iban las mujeres y los niños y, un poco más alejados, Is-Un y Zor-Ám.

El sacerdote subía de modo arbitrario, recordando momentos en los que sólo su voluntad era manifiesta y glorificada. En rigor, debe decirse que los holocaustos estaban reservados exclusivamente al sacerdote de Kad; nadie fuera de él podía presenciar la ceremonia, bajo pena de muerte en casos manifiestos. Pero Zor-Ám tenía otra idea. Cuando llegaron a la planicie que desde lo bajo sobresalía, la multitud que había con ellos subido se preparaba a bajar y dejar al sacerdote presidir la liturgia, de acuerdo a la costumbre más arraigada. Ante este signo, Zor-Ám les pidió que no se marcharan. Arguyó que Kad mandaba que, como no habían presentado sacrificio durante tanto tiempo, las costumbres usuales no bastarían para aplacar su descontento. Por ende, todos los presentes, a excepción de los dispensados por el sacerdote, debían presenciar y tomar parte en las inmolaciones en su honor.

Dijo estas palabras con tanta dureza, con tanta firmeza que ni siquiera Is-Un se atrevió a contestar. Mientras los jóvenes formaban con la madera una gran pira, el sacerdote permanecía sentado, con sus piernas flexionadas en actitud de oración, mirando el punto exacto donde el sol habría de ocultarse. Allí se quedó mientras los preparativos eran terminados; según sus cálculos sería llegando el atardecer, cuando la pesadez de la comida abundante, la nostalgia de la noche naciente y el fuego de la hoguera prendida se combinarían en un escenario magnífico, iluminando tanto como oscureciendo sutilmente la piedra, en un contraste místico que daría al ambiente una ambientación ideal para los deseos de Zor-Ám.

Cuando todo estuvo listo, los presentes se quedaron expectantes, aguardando las indicaciones del sacerdote. Éste seguía sentado, ante la mirada nerviosa de los que aguardaban. Zor-Ám comenzó

balbuceando cosas ininteligibles; por momentos guardaba silencio, como en una conversación con el vacío frente suyo. Los presentes, que nunca habían asistido a una ceremonia, creyeron que estaba consultando con los mismos Dioses que habría de hacerse. Aguardó un momento. La tensión aumentaba conforme el silencio de las sombras comenzaba a abalanzarse sobre la montaña. Cuando decidió que el momento era propicio, se levantó enérgicamente, temblando sutilmente, para agregar dramatismo a la situación y una mirada que fingía ausencia. El rostro simulaba estar sereno, casi sagrado.

Solemnemente, indicó a los presentes que se extendieran alrededor del cúmulo de madera en forma circular, a distancia de tres Qaps (medida de longitud usual en aquella época) de la hoguera, uno al lado del otro, de suerte que cuando el círculo fuera perfecto, continuara en una especie de espiral humano en derredor a la ceremonia que habría de presidir. En poco tiempo los lugares estuvieron ocupados, con los ojos fijos en el sacerdote, el cual se encontraba en medio de la multitud, en actitud de plegaria.

El sacerdote miró a los cielos y, luego de otra pausa, pidió a Is-Un que lo acompañara en la celebración del rito, el cual aceptó, aun cuando no estaba seguro de si tal hecho constituía un halago de los Dioses, o una forma de Zor-Ám de ponerlo a su servicio. Se situó su lado, asistiéndolo en todo lo que fuera necesario. En esos momentos, como ayudando deliberadamente a las intenciones de Zor-Ám, una ráfaga de viento frío golpeó a los presentes y al fuego que se encontraba hacia la pared de piedra, el cual osciló furtivamente, como un augurio de los Dioses. Así lo interpretó la mayoría, en medio del silencio reverencial. El sacerdote pidió a su colaborador que le alcanzara el fuego sagrado, el cual se había guardado celosamente desde la comida de la mitad del día, y al cual Zor-Ám bendijo con un sinfín de oraciones. Is-Un obedeció nuevamente, aunque su espíritu se encontraba menos presto a la ceremonia que el resto de los concurrentes.

Zor-Ám aferró el fuego con la mano derecha, blandiéndola al viento que soplaba ahora con fuerzas. Especulando si habría de apagarse o no, lo levantó bruscamente por sobre su cabeza, lanzando un alarido que perturbó la concentración de los que alrededor suyo se encontraban reunidos. El fuego seguía encendido, de modo que tomó coraje y comenzó a hablar en una lengua desconocida por todos. Entre alaridos y murmullos se distinguían palabras sueltas: Kad, Gas-Kan y Or-Dan. Éstos eran los tres Dioses que habían habitado la primera de las edades, principales de todos los que habitan en el cielo. Misteriosamente estos nombres resonaron impetuosamente en la tensa calma de la noche, dando al eco resultante una atrayente y comfortable idea de protección.

Con actitud ceremonial encendió el fuego, recitando las últimas entonaciones de manera espaciada, ensombrecida, secreta como lo era

para aquellas pobres almas todo lo que a su alrededor sucedía. Los maderos previamente untados con el cebo de los animales sacrificados durante el día prendieron rápidamente, dando a la montaña y al viento la tonalidad del fuego en la noche.

Uno a uno, Is-Un fue acercando a Zor-Ám los animales que se usarían para el holocausto. Éste tomaba las presas por la cabeza y, con un cuchillo (que nunca había usado, pero que guardaba siempre consigo) con mango de hueso e incrustaciones que brillaban ante la luz sepulcral de las llamas, hundía su filo en el cuello de las víctimas que, con chillidos agudos, daban su vida para los Dioses. Inmediatamente le fue alcanzado, a su requerimiento, un vaso de madera lisa, sin ninguna particularidad que hiciera suponer la grandeza del ritual, y juntaba cuanta sangre podía del animal muerto. Luego colocaba sus labios sobre el vaso, cuidando de mancharse la parte superior de los labios con la sangre todavía tibia y nuevamente recitaba freses desconocidas. El hecho de oler la sangre, de sentir su calor en la boca, lo llenó de repulsión; pero la cara de admiración y magnánima devoción que veía en los rostros le daban fuerzas para continuar. Vertió la sangre en la hoguera ardiente. Clamó una última vez, con la mirada puesta en el cielo estrellado, y arrojó el animal sin vida a la fogata, haciendo esfuerzos por que su cara no revelara el disgusto de la situación, dado el espantoso hedor que empezaba a surgir de la hoguera.

Así lo hizo con tres animales más, hasta que no pudo continuar. Grito con todas sus fuerzas el nombre de los tres Dioses, y se desplomó estruendosamente sobre la piedra. Necesitaba respirar un aire que no estuviera contaminado y, con la cara apretada contra el suelo, aspiró profundamente. Los que presenciaron aquella posesión, ese rito patético y asombroso, conocieron por este acto que la ceremonia había terminado, quitando lo último de las fuerzas de Zor-Ám.

Pasado un tiempo volvió a levantarse, ignorando el dolor que aquejaba todo su cuerpo. Fingiendo ignorancia y aguardando nerviosamente una conclusión que ya no estaba en sus manos. Había hecho todo lo que su destreza le había indicado, y hasta ahora los resultados parecían respaldar sus decisiones; pero a partir de ese momento, el azar debía forzosamente tomar su lugar. Con los ojos nublados por el dolor (y para los presentes resultado de una experiencia mística), escrutó las tinieblas en un punto fijo. Después de unos momentos, vio acercarse entre sombras al esclavo mandado en la madrugada a lo alto de la montaña, y el hecho de que estuviera vivo hizo que el sacerdote agradeciera su buena suerte.

## Capítulo 12

XII

Cuando Karuán llegó al templo, su vista se posó inconscientemente en Arkún, máximo sacerdote de los Dioses, el cual se hallaba sentado en un inmenso trono, elevado a la altura de un hombre por sobre el suelo, con importantes ornamentaciones de distintos materiales, representando las tres edades de los Dioses, justo en medio de un patio interno, inmediatamente después de la entrada de la edificación. Sobre el centro del techo de caña esmeradamente entrelazada, había un agujero igualmente trabajado, parecido a un tragaluz, por el cual se filtraban los primeros rayos de la mañana, iluminando directamente el trono y el rostro de Arkún, aumentando la idea de supra humanidad que se proclamaba del sacerdote. Karuán, que había crecido en ese templo, y bajo la protección de aquél hombre, sabía que era por ese motivo que todas las reuniones para tratar asuntos importantes se hacían en las primeras horas de la mañana, cuando el sol daba sobre el trono. Hacia el lado izquierdo del estrado, con las manos en su espalda y una sonrisa triunfal, se encontraba Kud-Ram. La claridad daba en su cara de costado, iluminando su grosero perfil, y su semblante parecía todavía más diabólico y frío.

Karuán entró despacio, sereno pero parco. El ceño fruncido, ensombreciendo el hueco de sus ojos, en actitud desafiante. Desde que las puertas del templo se abrieron delante suyo, hasta llegar al lugar indicado por los soldados, no apartó sus ojos de los de Arkún, avanzado tranquilamente, con la mirada en el sacerdote, y ante la cual Arkún tuvo que contener un sutil impulso de retirar la suya, para no verse debilitado antes de comenzar a hablar con Karuán.

El sacerdote era un hombre moreno, cansado. Los cabellos y la barba blanca enmarcaban un rostro lleno de arrugas, y una lejanía en su modo de mirar le daban una impresión venerable. Su edad todavía no era muy avanzada; pero su semblante, la extremada delgadez de su cuerpo, así como el bastón sobre el cual se apoyaba para caminar, le conferían una ancianidad prematura, a pesar de lo cual, su determinación no había cedido un punto. Su amistad con el padre de Karuán, y el haberse impuesto como tutor del pequeño huérfano, hacían que sintiera por él un sincero afecto, al punto que solía protegerlo de cuanto ataque recibiera, atenuando o exonerando las penas que hubiera recibido por causa de sus

transgresiones.

- Hijo de Arán –comenzó Arkún, su voz sonaba tolerante, incluso paternal. Al darse cuenta del tono de su voz, desvió fugazmente su vista hacia donde se encontraba Kud-Ram. Cuando volvió a hablar, su voz sonaba más severa-. Sabes el motivo que te ha traído ante mí. Se te acusa de traspasar los límites de Sadea, de entrar en el bosque prohibido y de reunirte en él con una persona de la aldea de Cadán, siendo ambas conductas ilícitas por las máximas leyes de los Dioses, y de nuestro pueblo, por voluntad de Is-Un, del cual descendes.

- Poderosísimo sacerdote –dijo Karuán con la misma calma que lo había dominado todo el día, recalcando cada palabra, dejando en claro cada uno de los sonidos que salían de su boca-, no negaré que, infringiendo las costumbres de nuestra comunidad, hace un par de noches que, movido por una visión y por un grito, entré en el bosque que separa nuestro pueblo del de los enemigos, pero niego que esto constituya una ofensa contra ti, ni contra el pueblo, ni contra los Dioses. Si es eso lo que buscan, sepan que jamás he de decir tales palabras. Si en alguna medida les he ofendido, con aquellos que por causa mía hayan sufrido la afrenta me disculparé, no pidan más que esto.

Al escuchar estas palabras, Kud-Ram se mostró perturbado. Sin poder ocultar su asombro ante tal respuesta su rostro se tensó, en sus ojos concentró todo el odio que sentía por Karuán, el que, sin embargo, parecía no verlo. Nadie jamás, ni siquiera el sacerdote, se había atrevido a ignorarlo; era ésta una situación a la que no estaba acostumbrado. Tuvo que contenerse para no gritarle, o abalanzarse sobre él como una bestia furiosa. Cuando logró refrenar su impulso, comentó, aunque con voz despiadada:

- Tal vez no te parezca una ofensa el infringir las órdenes de los Dioses, a los cuales evidentemente te opones. No tomas a los enemigos del pueblo como propios, porque desprecias tu raza, y te reúnes en lugares endemoniados con nuestros oponentes, teniendo por templo el lugar prohibido y por patria demonios que se nos oponen –dijo estas palabras entrecortadamente, con voz convulsiva. Todo el desprecio que sentía se había concentrado de tal modo, que no podía sino soltar palabras inconexas y que, si bien reflejaban sus pensamientos, la manera enferma y rabiosa en que las pronunciaba las volvían incomprensibles.

- Veo que tomas tu trabajo seriamente, y pones tanto empeño en seguirme como en tus propios menesteres, comerciante –dijo Karuán con tono desafiante.

Ante esta última palabra, Kud-Ram perdió la compostura. La insolencia del comentario de Karuán lo había llenado de ira. Casi sale a su encuentro, para atacarlo. Arkún, anticipándose a la reacción ante estas

palabras, levantó la mano, antes de que Kud-Ram pudiera salir del lugar en el que se encontraba, y le solicitó amablemente que lo dejara hablar con el custodiado:

- Sabes cómo he conocido a tu padre, Karuán. Sabes también cómo a su muerte te he prestado cuanto servicio estuvo al alcance de mi potestad, para honrar la amistad que nos unía, pero creo que ni tu padre podría justificar tus acciones. Sobre todo, teniendo en cuenta que son los cadeanos los responsables de su muerte.

- Fueron hombres los que mataron a mis padres, simples hombres viles como es lícito tener en cualquier población; incluso en ésta, con todo su temor de los Dioses, y me rehúso a odiar a todo un pueblo a causa de estos hombres. Déjame que decida a quién odiar, ya que ustedes ya han encontrado su rival.

Arkún se asombró de la nueva actitud de Karuán. Notaba, dese que las puertas se abrieron, y le dieron una primera vista de su semblante, algo distinto. Una fuerza que no le había visto nunca. Aunque no lo tomara por sorpresa, ya que siempre había visto en los ojos de Karuán esta aptitud, dormida, esperando la oportunidad para salir a la luz. Tuvo que ocultar su alegría al ver esta determinación, prueba de que por fin había encontrado algo largamente buscado, una serenidad que, con temor, veía alejarse cada día. Pero, en el fondo, lo que había hecho constituía un delito; deseaba hacerlo entrar en razón, aconsejarlo y advertirlo. Era consciente de que sea lo que fuere que había sucedido los días anteriores, dieron Karuán un nuevo ímpetu, y aunque como su protector lo alegrara, como su juez lo lamentaba, porque intuía que esta nueva postura comprometería su juicio, y sería el germen de su final.

- ¿También a Iv-Ka? –preguntó Arkún luego de una larga pausa, en la que intentaba buscar la manera de llegar al alma de Karuán, lo que suscitó un cambio repentino del enfoque que le dio a la conversación- ¿También a ella mataron “solo hombres”? ¿Puedes separar a unos y a otros? ¿Salvarás a los que le dieron muerte para salvar un pueblo? ¿Los que la condenaron a la perpetua inexistencia?

Kud-Ram vio con satisfacción cómo el rostro de Karuán volvía a ensombrecerse, sumiéndolo en un mundo de sombras y fantasmas. Nuevamente apareció aquél hombre que fue hasta su aventura en el bosque. Sacerdote y comerciante vieron el rápido pero doloroso proceso. Sintieron cómo, a medida que pasaba el tiempo, se desfiguraba el rostro del acusado, nublando su mirada, hasta casi desaparecer. Del fondo del alma de Karuán empezaron a surgir ideas y pensamientos que brotaban uno detrás de otro, como cuchillos arrojados hacia él, clavándose en sus carnes.



Desde el fondo de su memoria se escucharon gritos que lo llamaban, con voz agónica: el "Karuán" que su esposa repitió hasta el último momento, resonó de nuevo en sus oídos. Estaba ahora delante suyo, con el cuerpo ensangrentado y las flechas todavía en el cuerpo amarillento. Los quejidos y las lágrimas. El viento que pasaba por el bosque, silbando gravemente, también sollozando por Iv-Ka. Los estertores, su mirada de angustia. La culpa que sentía al ver el rostro de Karuán, pidiéndole que no lo abandonara, porque sabía que sufriría por ella. El cuerpo frío. La nada, la inexistencia. Las interminables noches de desfallecimiento, cuando la veía en cada uno de los rincones oscuros. Sombras e ideas de sombras. También recordó la promesa de venganza, el odio a los cadeanos, el sentimiento de que en el otro se encontraba el infierno, las innumerables veces que marchó en soledad para alimentar el honor de los Dioses con la sangre de sus enemigos.

Cuando sus ojos enrojecidos volvieron a posarse en Arkún, sin encontrar palabras para describir el caos en el que estaba sumido, cuando la última mirada de imploración dejó a todos (incluso a Kud-Ram, que acaso por primera vez tuviera una sospecha del mundo interior de Karuán) acongojados, otra voz se antepuso a las anteriores. Otra vez su nombre, pero de un fantasma distinto; ese que, a los pies del bosque, lo despertó tranquilamente. Sintió en esa voz el poder de algo viviente, que no estaba condenado a la nada, sino a lo eterno. Escuchó la voz de Rhodia y su cara pequeña y risueña. De nuevo se sintió libre, con todo el peso de su nueva determinación, para tomar sus decisiones. Respiró hondo, aspirando todo el aire a su alrededor y, saliendo de este infierno, finalmente dijo:

- De todas estas cosas entonces soy culpable. Nada más puedo decirles. Hagan conmigo lo que crean más conveniente.

Arkún estaba en lo cierto, porque fue a partir de ese momento que comenzó el largo proceso que terminaría con la muerte de Karuán.

## Capítulo 13

XIII

Zor-Ám se acercó al esclavo tranquilamente, simulando estar todavía conmocionado por el ritual, dando tiempo a que los ojos ya sobresaltados, se conmovieran nuevamente por otra visión. Is-Un logró distinguir entre la negrura de la noche una mancha todavía más negra, extensa como la de un hombre, que se acercaba rápidamente, casi corriendo. Pensó en los meucos y en Guntak, en la impertinencia del sacerdote, en que los habían encontrado y sintió otra vez el remordimiento de haber dejado el hogar. Pero luego vio al sacerdote que se dirigía a la desconocida figura, y esto lo tranquilizó. Había llegado a conocer a Zar-Ám lo suficiente para saber que no se dirigiría voluntariamente en esa dirección si hubiera peligro. Reconocía la astucia de su compañero, pero sabía también que la cobardía lo hubiera ahuyentado de no conocer exactamente el origen de la figura. Entonces Is-Un comprendió que la llegada de aquél hombre no era obra de la casualidad. De repente todo el ritual que acababa de presenciar tomó otro significado, pero fue recién cuando la fogata iluminó el triste semblante, que reconoció en la sombra al esclavo de Zor-Ám.

Sólo unos instantes tomó a Is-Un hacerse una idea de los acontecimientos. Imaginó a Zor-Ám desesperado al perder la autoridad que mermaba con los días. A cada paso había percibido la envidia del sacerdote, a sus espaldas. Muchas noches lo encontraba sentado, con los ojos abiertos pero sin mirar, maquinando quién sabe qué ardidés, abstraído en sus pensamientos, murmurando ideas. Pocas veces habían hablado desde que comenzaron la huida, tanto era el celo que los dos hombres ponían en sus pensamientos; sin embargo, Is-Un tuvo la certeza, por la mirada de Zor-Ám, que planeaba matarlo.

Apartados, el esclavo y el sacerdote hablaban animosamente. El recién llegado explicaba algo que Is-Un no lograba escuchar; lo vio hacer ademanes con ambas manos, señalando hacia el poniente. Zor-Ám escuchaba con ojos concentrados, mirando y hablando como si quisiera fulminarlo con la mirada ("Como Guntak", pensó In-Un), decidido a no dejarlo partir hasta no haber escuchado hasta el más irrelevante detalle. Largo rato estuvieron de este modo. El esclavo parecía experimentar un cansancio incontenible, pero el sacerdote lo retenía con nuevas preguntas, tomándolo por los brazos y los hombros, con indiscutible autoridad. Finalmente liberó al pobre hombre de su obligación, el cual se apartó todavía un trecho, y se acurrucó contra el suelo, para poder por fin

descansar. Todo un día había marchado, luego de haber hecho una vigilancia nocturna, y en seguido se durmió profundamente. Nadie excepto Is-Un había visto esta escena, que se había dado casi a escondidas. Y aun cuando la hubieran visto, a nadie hubiera sorprendido el nerviosismo y la insistencia de Zor-Ám, a quien ahora consideraban como un Dios. El sacerdote se alejó de la muchedumbre, sorprendido de ver en algunas nubes que se acercaban, los colores del alba. La noche había pasado con una velocidad auspiciosa. Ninguno excepto el esclavo dormía. Zor-Ám, que contaba con esta posibilidad, se acercó a la hoguera que moría, ya que nadie la había alimentado durante largo rato. En su regreso, buscó en la oscuridad, tal vez de modo inconsciente, a Is-Un; el no encontrarlo lo contrarió bruscamente, buscando con su mirada a un lado y a otro mientras subía la explanada donde se habían realizado los sacrificios. Cuando se encontró muy por encima de la multitud, que se encontraba en el mismo lugar desde el que habían presenciado el sacrificio, lo vio. Apartado, pero allí estaba. Logró calmarse y, juntando todas las fuerzas que tenía, a pesar del cansancio y de Is-Un, con voz grave, parecida a la que había utilizado para llevar a cabo el rito, comenzó sus palabras:

- Sobrevivientes de Ak-Zar: largo tiempo hace que hemos salido de nuestro hogar, afrentados por el designio de Kad. Pero sus ojos han presenciado el fin de nuestros padecimientos. Ha sucedido por fin el milagro por el cual he pedido a los Dioses. Las inmolaciones que cautamente han realizado en su honor han reblandecido su corazón. Es así, que Kad ha cambiado nuestro destino, el cuál de no ser por este sacrificio, era de muerte. Todas estas cosas nos han sido reveladas por un sueño en el cual, a través mío, manifestó el Dios su voluntad. Anoche, Kad en persona se presentó ante mí. Yo rehusaba de tal dignidad, a lo cual respondió: "Si me he manifestado en mi real forma, es porque se te ha dado el honor, de acuerdo a tus merecimientos. A los que no merecen tal privilegio me he presentado y me presentaré de modo oscuro". Postrado me humillé, acatando la voluntad del Altísimo, a los que sus palabras fueron: "Sacerdote, mal han pagado tú y los tuyos la gracia que les fue proporcionada, liberándolos de los guerreros meucos, y del infiel Guntak, por amor a ustedes. De ahora en más el destierro será su morada, y con la sangre de tu gente tomaré los honores que no me han rendido". A lo cual protesté y saliendo en defensa de todos ustedes, hasta el último, rogué al Altísimo una oportunidad para aplacar su ánimo. Con muchas razones quise convencerlo, hasta que finalmente dijo: "Todavía les daré otra oportunidad de conformar mi espíritu. Harán sacrificio, pero no como hasta ahora, sino con todos los elegidos, y si logran contentarme, comenzarán todos juntos una nueva era. Ahora despierta, ve con el esclavo que vela en la oscuridad de la noche, y mándalo media jornada hacia las montañas. Cuando vuelva, si han ganado nuevamente mi favor, les será revelado el final del peregrinaje. Si no lo hacen, conocerán la cólera de Kad, la que no ha sido ni volverá a hacer hasta el final de los Tiempos". Así, cuando desperté, acudí prestamente a cumplir

con las indicaciones que me fueron reveladas, mandando al esclavo que han visto regresar, signo inequívoco de que otra vez contamos con el beneplácito de los Eternos. Se encuentra a cinco lunas de aquí, a los más. Podrán verlo con sus propios ojos: en un círculo de montañas hay un bosque, el cual fue puesto allí desde el fin de las guerras eternas para ustedes. He allí nuestro destino, allí nos detendremos y daremos loas para todas las generaciones al nombre de Kad, el Dios Omnipotente, que guardó tal lugar para sus elegidos, poniendo sus eternos guardianes como sus protectores, y testimonio de su pacto con todos ustedes.

Tales fueron las palabras de Zor-Ám, ante un pueblo naciente, en los primeros albores del alba, mirando hacia lo alto el rostro del sacerdote, comparado al Dios. Ya no notaban el cansancio, ni pensaban en las hartas noches de fatiga y soledad. Habían sobrevivido no solamente a la travesía, sino también al ejército de Guntak. Todas las incógnitas fueron develadas en ese instante, pues conocieron el motivo de la huida. Aun entre los esclavos era conocido el nombre del enemigo. De ese modo la alegría fue todavía mayor. El principio y el fin del viaje se juntaban ahora de un modo armónico, y los sucesos que hasta ese momento los había turbado, terminaron por desaparecer. Los días pasados se les presentaban entonces como bendiciones, como si en verdad hubieran escuchado la voz de Kad, acompañándolos en cada paso.

Is-Un mientras tanto escuchaba estupefacto, como si no entendiera realmente las palabras de Zor-Ám. Veía en su rostro ensoberbecido un dejo de desprecio. Supo entonces por la terrible mueca de su boca que el sacerdote lo aventajaba en ingenio. Por un momento las miradas se cruzaron y cada cual supo entonces lo que el otro pensaba. Is-Un acobardado, midiendo tal vez por primera vez el ser que se encontraba sobre la explanada, frío y calculador: "A los que no merecen tal privilegio me he presentado y me presentaré de modo oscuro", había dicho. Comprendió la farsa, aunque todavía no comprendía la motivación (tampoco Zor-Ám lo había entendido todavía). Había sentenciado a su enemigo. Su sueño los había hecho libres de los invasores, pero a nadie había referido ese sutil pero esencial acontecimiento. El único que lo conocía era el hombre que, delante de su propios hombres y mujeres, esclavos y criados, lo había rebajado. Sintió una ira que con el afianzamiento de esta idea se volvía incontenible, furiosa. Temblaba de espanto por la traición. Sin notarlo, comenzó a acercarse hacia la subida por la cual había ascendido Zor-Ám y donde todavía se encontraba, hablando cosas incomprensibles para sus oídos; y la multitud continuaba con los ojos concentrados en él. No escuchaba ni veía nada. No era dueño de sus pasos acechantes, en la madrugada gélida.

Pero Zor-Ám sí lo vio. Con la cara desencajada, los ojos furiosos y concentrados. Instintivamente empezó a dar pasos hacia atrás, queriendo alejarse de la bestia que se acercaba inexorablemente. Miró a los suyos que, sin comprender qué espectro veía su amo, porque su rostro

estaba ahora blanco, se levantaron rápidamente y, pasando al lado de Is-Un, que no los vio, rodearon al sacerdote de lo que fuera que lo atacaba. La gente de Is-Un comprendió algo más, vieron a su protector y reaccionaron en seguida; lo rodearon con sus brazos intentando detenerlo, pero él todavía avanzaba, todavía sin sentir el contacto de los cuatro hombres que lo sostenían y que no eran suficientes para detenerlo completamente. Los hombres de ambos pensaron que ahora In-Un se había endemoniado. Que uno de los demonios había logrado vencer su prisión, y dominaba la carne de Is-Un. La cara de éste se ponía roja por el esfuerzo que le costaba seguir adelante, las venas del cuello y de la cara comenzaron a notarse, realmente parecía un demonio. Cuando no pudo avanzar más, temblando y escupiendo, gritó:

- Traidor, víbora, vil y orgulloso canalla. Dile al pueblo que yo fui quien tuvo el sueño que ahora desprecias. Por mí estás vivo, maldito cobarde. Quisiste salir a la noche y al frío para no morir a manos de los meucos. Malditos sean tú y tus Dioses por todas las edades. Has abandonado a los tuyos por cobardía, y por ella perecerás. Diles que fui yo, tú no has hecho sino huir, y meternos a todos en esta muerte. Maldigo el día en que escuché tu consejo. Diles... -a pesar del miedo, estas palabras resonaron en Zor-Ám, que ensayó una mueca de odio, lo que terminó de enfermar a Is-Un- Ven aquí, maldita serpiente, te mataré con mis propias manos antes que pidas ayuda a tus Dioses, no actúes más sacrificios ni rituales, que igual los llevarás a la muerte. Encontrarás la muerte esta misma noche...

Los que todavía miraban sin comprender, despertaron de un sueño que los había hipnotizado. Unos quisieron enfrentarse a Is-Un, que todavía pronunciaba desencajado palabras sueltas: "traidor...impostor...cobarde..."; otros, al notar la intención de los primeros, corrieron a auxiliar al poseído, también poniéndose delante suyo y protegiéndolo de los hombres del sacerdote. Incluso las mujeres tomaron parte en la disputa, y mientras aquellas que respondían a Zor-Ám buscaban venganza por la afrenta hacia su amo, las de Is-Un gritaban exaltadas. Comenzaron a arrojarse piedras y a insultarse unos y otros sin tregua.

Is-Un seguía gritando, enfurecido. De repente, como si las palabras salidas de su boca le hubieran sacado las fuerzas, o si la posesión hubiera terminado abruptamente, liberando al demonio contenido en su interior, cayó al suelo, sacudido por un tremendo malestar, desmayado.

Mientras unos alejaban el cuerpo inerte de Is-Un de la escena, otros luchaban. Poco a poco, ante la intervención de Zor-Ám, a quien esta lucha no agradaba, los insultos y las piedras se fueron espaciando. Alejados un grupo de otro, la calma que entonces comenzó a reinar, fue desenterrando de la misma nieve teñida de rojo un final que comenzó en

el momento en que, en la lejanía de la noche, Is-Un vio aparecer al esclavo de Zor-Ám, quedo y distante.

## Capítulo 14

XIV

Cuando Karuán hubo terminado estas palabras, el sacerdote Arkún, con gesto contrariado ante esta confesión inesperada, solicitó tanto a Kud-Ram como a los soldados, que lo dejaran en soledad para consultar la decisión de los Dioses. Sabido era que los pleitos eran decididos por Ellos, los cuales manifestaban su intención a través del sacerdote, el cual se ocupaba únicamente de ejecutarlas. Pero la cercanía de sacerdote y prisionero hicieron que Kud-Ram se mostrara en contra de este procedimiento. Así se lo manifestó a Arkún, el cual respondió, con una sonrisa que quería ser indulgente, pero que en realidad reflejaba todo el nerviosismo que sentía:

- Es ley que sólo el sacerdote realice esta tarea. Has venido para acusar a tu igual de actuar en contra de las leyes de los Dioses. No cometas tú la misma falta que has venido a reclamar.

De modo que Kud-Ram no tuvo otra alternativa que dejar al sacerdote en soledad, para que consultara sobre la sentencia de Karuán. Sin embargo, se había quedado en las cercanías del Templo, dando a sus esclavos instrucciones acerca del manejo de su hacienda durante su ausencia, mientras aguardaba la conclusión de su pleito. A pesar de que la confesión de Karuán importaba que no se podría discutir sobre su culpabilidad, y siendo la única pena para este tipo de transgresiones, la esclavitud o la muerte, el comerciante seguía inquieto ante la posibilidad de que los Dioses mostraran excesiva misericordia para con su enemigo.

El sacerdote llamó a uno de los guardias, el cual entró respetuosamente. Al cabo de un instante volvió a salir, indicando a Kud-Ram en nombre de Arkún, que la decisión de los Dioses no se produciría todavía durante el resto del día, y que era recomendación del sacerdote que volviera a sus dominios, y a sus quehaceres hasta que tal dictamen fuera conocido; que él primero que nadie conocería el resultado de la imputación. Kud-Ram se mostró contrariado en demasía. Paseó por los alrededores del Templo, meditando qué habría de hacer. Entonces se acercó a los guardias y, luego de prometerles una buena recompensa, los convenció para que le contaran todo aquello que sucedía mientras él no estuviera presente. No había nada más que pudiera hacer por el momento. Presentó sus respetos al sacerdote y, prometiendo volver al despuntar el sol al día siguiente, se marchó del Templo, con evidente fastidio, prometiendo tomar la vida de Karuán, cualquiera fuera la



resolución de los Dioses.

Mientras tanto, encerrado en una pequeña celda de piedra, Karuán se abandonaba a sus pensamientos. Conocer a Rhodia había sido como los primeros rayos del sol luego de una noche cruelmente fría. Recordaba las conversaciones que habían tenido desde su encuentro. Era nieta del jefe del Consejo de Ancianos, Pélibe. En Sadea solían llegar noticias de este hombre, sobre todo por comentarios de Kud-Ram, pero lo cierto es que su nombre llegaba a lugares del todo apartados, mostrando el respeto que merecía de los cadeanos y de muchas poblaciones. Se comentaba que lo coronarían rey, y que era su intención atacar a los sadeos para evitar la tan temida invasión de éstos, aprovechando las debilidades que la ausencia de régimen político les daba.

Era Pélibe el que consentía (y en más de una oportunidad, comandaba) las cacerías, en las cuales había perecido Iv-Ka. Sin embargo, Rhodia no tenía para con su abuelo sino un sentimiento de desprecio. Lo culpaba por la muerte de su padre: Gírope había muerto en circunstancias parecidas a las de Iv-Ka, tomado como prisionero y ejecutado en el mismo campo donde se enfrentaban sadeos y cadeanos. Para compensar su falta, Pélibe había dicho a la niña que los enemigos eran asesinos monstruosos, demonios de cara roja y tan terribles que inspiraban miedo. Karuán pensó que, en parte, el abuelo de Rhodia tenía razón.

Recordaba el sueño, aquél que lo despertara al borde del bosque. Sentía que, por algún motivo que desconocía, esos dos hechos estaban relacionados. En su mente volvía a rondar la cuestión acerca de la inexistencia del ser en sí. Los pensamientos se agolpaban dentro suyo, en una mezcla nauseosa que provenía de su propia contradicción. También a él habían asombrado sus reacciones y, secretamente, intentaba encontrarles justificación.

Todos los conflictos habían casi desaparecido desde el momento del encuentro con Rhodia. A pesar del sentimiento de paternidad que en él despertaba, creía que este hecho sólo no bastaba para cambiar toda una conducta, desarrollada y afianzada a través de los años. La realidad de su sueño le había sugerido que, tal vez, la inexistencia no fuera el destino de todas las cosas. Entonces la desazón desapareció y se volvió sereno. La indecisión y la náusea pasaron cuando tomó una decisión, y entró en el bosque. Comprendió entonces que se había dejado conducir por las cosas y, cegado por la angustia y el mundo, había regalado su albedrío. En el fondo de estas dos cuestiones capitales, se encontraba Rhodia, como la conclusión inevitable de sus nuevas revelaciones. Entonces juró nunca más dejarse conducir, nunca más dejar que otro tomara por sí las decisiones que consideraba el centro mismo de

su vida y del recuerdo de Iv-Ka, y la nueva esperanza en su interior, que guiaba su camino.

Antes de que el sol naciera en esa extraña mezcla de noche y día, en donde no se ven ya las estrellas y el cielo es de un celeste encendido, pero en el cual la luna se rehúsa a desaparecer del todo, dando a las sombras una tonalidad parda, Kud-Ram se encontraba dirigiendo sus pasos al Templo. Era una mañana particularmente fresca, a pesar de que en las flores se anunciaba la primavera naciente. La niebla se fundía con el vapor que salía de su boca. Este hecho puso a Kud-Ram de un inexplicable buen humor. Desde lejos divisó a los guardias del Templo, y el hecho de que no fueran los mismos que los de la noche anterior acrecentó su buen ánimo. Eso indicaba que habían sido cambiados, facultad reservada únicamente al sacerdote del Templo, para lo cual tendría que haber terminado el ritual, puesto que estaba prohibido a los soldados abandonar el Templo sin la indicación del sacerdote, y a éste a dirigirse a otra persona mientras los rituales siguieran ejecutándose.

Cuando hubo llegado a los guardias, notó graciosamente que ambos tenían los ojos cerrados, lo que indicaba que habían pasado gran parte de la noche despiertos, lo que era todavía mejor. Pidió hablar con Arkún (él era el único en toda Sadea –aparte de Karuán, o quizás precisamente por este motivo- que se tomaba el atrevimiento de llamar al Gran Sacerdote del Templo por su nombre); los soldados se sobresaltaron ante la jovial expresión de Kud-Ram. Se miraron mutuamente, sin acabar de comprender su situación. Entonces uno de ellos, mitad por cautela, mitad por el fastidio de haber sido molestados tan abruptamente, le contestó que el Gran Sacerdote no recibiría a nadie, ya que se encontraba en ceremonia. El comerciante, fingiendo asombro, y con un tono más amenazador, comentó que tenía parte en un pleito que habrían de decidir los Dioses, el cual había evidentemente terminado, pues de otra manera no habría salido Arkún a cambiar las guardias. El otro, que todavía no había participado, se dirigió a Kud-Ram con tono más gentil, y le indicó que aguardara mientras iba en busca del Gran Sacerdote.

El mismo Arkún salió a su encuentro, con evidente cansancio en el rostro. Lo invitó a entrar en el Templo, pero Kud-Ram rehusó el ofrecimiento. Quería saber cuanto antes la resolución de su problema, y los modales poco le importaban en este punto. Así lo expresó al sacerdote, el cual, sin embargo, insistió:

- No son éstos asuntos que convenga comentar en las afueras del Templo. Si tuviera a bien mi propuesta, acérquese al Altar, y allí le

referiré lo que tanto desea saber.

Kud-Ram aceptó con evidente fastidio. Rápidamente entró en el recinto, aunque respetando a Arkún, que caminaba delante, apoyado en su bastón, con la cabeza baja y respiración jadeante. El sacerdote quiso iniciar una conversación sin importancia, pero el comerciante le dio a entender, de la manera más política que pudo, que sólo había venido a saber de la sentencia de Karuán.

Arkún vaciló un instante, mirando el altar en el centro del patio y la luz que comenzaba a entrar, igual al día anterior, aunque con menos fuerza, dadas las nubes que ocultaban, ahora, al sol.

- Los Dioses han hablado. Grave ha sido la falta de Karuán, hijo de Arán, y han pedido su sangre como precio de su afrenta –guardó silencio, estas palabras habían sido casi susurradas, con los ojos lloroso y la cabeza ladeada hacia un costado, evitando a Kud-Ram.

Sin embargo, el rostro del comerciante no mostró grandes cambios. La noticia lo había calmado y se encontraba casi abstraído. Se llevó inconscientemente una mano a la barba, como hacía cada vez que daba como concluido un negocio importante y, sin cambiar de postura, se dirigió a la salida. Antes de llegar a las puertas dio media vuelta, y dijo al sacerdote en un tono monocorde y superficial:

- Le agradezco que me haya acercado esta información. Has sido de gran utilidad a los Dioses y a toda Sadea, y su servicio no será olvidado, sino recompensado –dijo con parquedad, y salió del Templo.

Caminaba tranquilamente, sintiendo en sus pies la húmeda mañana. Sin advertirlo, se dirigió hacia el lugar donde Karuán habría pasado la última noche. Con aire triunfal imaginaba su futuro, sin el obstáculo que constituía Karuán. Se imaginó rey, pensó en su palacio y en sus esposas, las alianzas que haría y las conquistas que comandaría. Mientras soñaba estas cosas vio, a cierta distancia, el área de las celdas reservadas a los prisioneros cadeanos, y a dos soldados acostados (aquellos a quienes había prometido recompensa por vigilar a Karuán), boca hacia abajo, y dos charcos negros, uno a cada lado de ellos. Corriendo se acercó y comprobó que una de las celdas había sido abierta por medio de fuerza. Era una de las más antiguas, ubicada en el extremo sur de la población, antes de que se viera el recodo que hacía el río en su descenso desde las montañas. Hacia su otro lado, a escasa distancia, comenzaba el sendero que hacían los hombres que vigilaban la zona y llegaban de las expediciones. Sendero que llevaba, gritó Kud-Ram con una cólera furiosa, hacia el bosque prohibido.

# Capítulo 15

Segunda Parte

El Bosque

I

## COSMOGONÍA DEL DIOS KAD: PRIMERA EDAD

Cuando el Universo era todavía inhabitado, se extendía como un oscuro manto sobre los abismos. Nada había de todo lo que existe: ni árboles, ni bestias, ni hombres, ni Dioses. Todo era quietud e inexistencia, sin movimiento. Así, la infinidad se extendía sobre la eterna desolación de la nada. Sólo un germen, un punto en esta soledad eterna iba lentamente gestándose, en el silencio absoluto. Este luminoso punto parecía ajeno a aquél abismo, triste y singular mancha en la vastedad.

Sucedió en un momento (o en todos, puesto que no existía el tiempo), que la luz de este ente despertó, con una gran explosión que conmovió el estatismo de la absoluta penumbra. Nació así una consciencia, algo capaz de comprender, cuya virtud fue crear su existencia. Lo primero que hizo este ser fue tomar consciencia de sí mismo, de su singularidad, aún sin forma. No había en el estado de este orbe primigenio movimiento alguno, de modo que cómo ocurrió este paso, esta transición del no-ser al ser, siempre quedara oculto, porque el devenir no puede surgir sino del movimiento, y que de la espesa nada pueda gestarse algo consciente (ya que el pensamiento es movimiento) permanece un misterio hasta nuestros días, a menos que haya todavía otro ser superior a los Dioses, que reinara sobre la inexistencia absoluta y sombría, u otros mundos y otros Universos de los cuales aquél que atrapó

a este ente fuera únicamente una parte.

En la infinita oscuridad que envolvía el tiránico vacío, el ser contemplaba el negro silencio que imperaba. En soledad, transcurría su eternidad condenado a este singular tormento: nada existía, el mundo de las formas todavía no había sido creado. Su sola consciencia se transformó entonces en su prisión. Inmóvil, contemplando únicamente la negra espesura, incapaz de reconocer algo, encadenado a la inconmensurable vastedad, sentenciado a presenciar la inexistencia.

Quiso gritar, pero nada parecido al sonido conseguía producir. Quiso cerrar sus ojos, pero en el informe vacío no existía forma física; obligado a mirar incesantemente –o, lo que es peor, a sentir–, quiso golpear el anchuroso Universo, pero su existencia se encontraba atada con los lazos de la sola consciencia. Quiso morir, o lo que fuera que hace un Dios cuando termina sus días; llorar, implorar, pero todo esto le fue vedado. Al borde de la locura, de la desesperación angustiada, pasaba de esta forma su tormento. Un ser autogenerado el cual hubiera, sin embargo, preferido no existir, temeroso y limitado dentro de un orbe cuyas leyes no podía cambiar.

Miles de años estuvo prisionero de este modo, aferrado únicamente a la posibilidad (remota, pero posible) de dejar de existir, con la misma gratuidad y desconocimiento con la que hubo despertado. Este constituye el primero de los Sagrados Misterios en torno a los cuales fue creado todo lo que existe. El segundo, tan ininteligible como el primero, tuvo otras consecuencias: desde el fondo de su cansado ser, rodeado de abismo, inerme, este ser sintió algo parecido al sueño. Aunque no se sabrá nunca si lo que sobrevino después fue realmente un sueño, o un estado de enajenación de su consciencia.

Cayó en un sueño profundo. Desconocía cuánto tiempo estuvo en este estado, pero cuando sintió recobrar su consciencia, todo parecía nuevo. Resignado como estaba a contemplar las tinieblas, deseó, casi sin proponérselo, y sin esperar ningún resultado, una gigantesca luminaria, que permitiera a su atormentado espíritu diferenciar las cosas ocultas. Inmediatamente una cegadora luz hirió sus ojos. Asombrado por este hecho, deseó tener forma, para alejarse del astro, lo cual también le fue concedido. Tuvo miedo de despertar de su sueño (le parecía evidente que estas cosas no fueran más que productos de su espíritu dormido), la luz que brotaba lo llenaba de una energía incontenible, pero peligrosa. Con fuerza lastimó la luminaria, la cual explotó en incontables fragmentos que se diseminaron por todo el firmamento, diminutos puntos incandescentes, a través del Universo. Atacada la estrella, su vista pudo habituarse más plácidamente, aunque la posibilidad de despertar seguía a atemorizándolo. No quería deshacer lo hecho, por miedo a volver a las penumbras y a la nada y, aun cuando hubiera querido, no habría sabido cómo hacerlo. Únicamente tenía potestad para crear, ya que su esencia era existir. Es

por eso que todo lo que por él fue creado no desaparece del todo. Imaginó entonces otro astro, de menor tamaño e intensidad, que le permitiera vislumbrar todas las cosas y escapar así de la oscuridad total. Con este ánimo ordenó el cosmos, de modo que comandó a los infinitos fragmentos que habían surgido del Gran Astro, que acompañaran a la menos de las luminarias, y que entre ellas mantuvieran el cielo encendido. Así, mandó que una y otra alternaran incesantemente, mientras durara su sueño, y que la postrera siguiera a la primera, en una sucesión infinita, pero con el astro grande iluminando hasta tres partes del día.

Recordó entonces su individualidad, y sintió necesidad de identificarse: cómo se llamaría, que nombre habría de darse. Por primera vez la voz se escuchó, y el nombre de Kad resonó en todo el orbe. Cautelosamente, sólo con el pensamiento, nombró la mayor parte de las cosas de las cuales había sido testigo. Este trabajo le tomó un tiempo, pasado el cual quiso volver a crear. Divisó entonces, entre las infinitas estrellas nacidas cuando el Sol fue lastimado por su voluntad, un punto extraño, el cual no tenía luminosidad propia, sino que se encontraba apagada dentro del fondo oscuro de la totalidad de las cosas, páramo desolado y, sin embargo, bello. Este lugar le pareció ideal para que las cosas que en adelante haría comenzaran su devenir. La tierra era en ese entonces plana, un macizo informe y árido. Pero quiso Kad que tuviera elevaciones blancas y llanuras verdes, y vastas extensiones de agua y de tierra seca. Que el frío azotara a ciertas partes y que en otras reinara el calor, habiendo agradado a sus ojos que las cosas fueran equilibradas por la tensión entre elementos contrapuestos, los cuales se dirigían, inexorablemente, a un medio que tenía como único propósito el no despertar.

Cuando todas estas cosas fueron hechas, sintió soledad. Con nadie podía compartir todas sus creaciones, lamentando que no hubiera otros seres con los cuales disfrutar de todo cuanto había sido generado dentro del sueño. Entonces, la voz del Dios se escuchó por segunda vez, siendo que desde el fondo de las aguas nació Gas-Kan, el cual fue rápidamente a reunirse con Kad, para juntos contemplar la visión de la Tierra y de todas las cosas. Por tercera vez se escuchó el trueno, y desde la cima de las montañas bajó la figura de Or-Dan. Juntos los tres Dioses, compartieron el Universo. Fue éste el origen de los Tres Todopoderosos Dioses; Gas-Kan y Or-Dan, dependientes en todo de la voluntad de Kad, y él mismo sometido a una creación que había sido, sin embargo, restada con el material endeble de los sueños. Así, con el nacimiento de los Tres Dioses, terminó la primera de las Edades del Mundo, el cual duró desde la eternidad y la nada.

## Capítulo 16

### II

¿Qué es la libertad? ¿Quién hay que pueda conocer el trayecto de una flecha lanzada al aire, cuando todavía no hubo salido de las manos del guerrero? ¿Qué es la existencia? ¿Pueden los Dioses crear algo inexistente? ¿No es este un contrasentido? ¿No fueron estas contradicciones las que habían generado sus angustias? Estas cosas y otras pensaba Karuán, acurrucado contra su árbol, la fogata encendida y la mirada perdida en poder atrayente y purificador del fuego. Sentía un fascinado interés por el azaroso curso de las llamas, por su fortuito movimiento. Muchos inviernos había ya pasado en la espesura del bosque, sólo, sin otra compañía que las bestias y el sonido quebradizo de la madera ardiente. Conforme el tiempo fue pasando, su exilio se hacía más evidente, más hondo. Había perdido a sus padres, luego a su esposa y a Rhodia. Por último, había perdido también su tribu y su libertad.

Ciertas veces, como ahora, pensaba que todos estos son conceptos ilusorios. Que a pesar del aparente azar que rige nuestros destinos, todo estaba dado de forma inexorable. Cuando pensaba de esta manera, nada tenía sentido, porque lo privaba de la única manera que había encontrado para sobrevivir: su libertad. Si no había posibilidad de elección, y todo estaba dado exactamente como estaba decidido, lo que tomamos por casualidad (o por volición) es mero desconocimiento. Así, el trayecto de la flecha está fatalmente decidido. Entonces no hay deber, ni elección, ni voluntad.

Una y otra vez repasaba los acontecimientos que lo habían llevado al lugar en donde se encontraba. Los temblores que de vez en cuando sentía, el temor de no comprender qué fuerza guiaba sus días. El sueño a los pies del bosque y el rostro de Rhodia. La revelación que lo había atacado la noche anterior a su fuga la cual, sin embargo, no había vuelto a encontrar. La idea de sociedad y de lealtad, en los límites y en la discordia. El fuego parecía alimentar sus tribulaciones, e iluminaba tétricamente su rostro todavía más consumido, por la falta de alimento y por el exceso de pensamientos. Un mar de ideas se agolpaba en su interior, y pasaban como el agua del río cerca del cual se encontraba, dejándolo con la opresión y la angustia, con las náuseas y los temblores de una existencia sin justificación.

Pensó en sades y cadeanos. Ambos hablaban la misma lengua, creían en los mismos Dioses, ambos provenían de la misma



ciudad diezmada. Tenían incluso algo más profundo en común, una pena, una hermandad. Sin embargo eran enemigos, separados por los límites del bosque en el cual él se encontraba. Una mueca de gracia se formó en su rostro al pensar que se encontraba dentro del límite mismo que separaba a ambas poblaciones. ¿Cuál era entonces su patria? ¿A quién debería su vida? Tal vez a las mismas barreras, y fuera su obligación mantener alejados y en eterna disputa a ambas poblaciones. Por primera vez en muchos años se sintió realmente libre, sin ataduras ni límites. Entonces comprendió que nada necesitaba. Comprendió también por qué tantas cosas se decían del bosque, pues alguien que Karuán ignoraba (una suerte de fantasma, que no era nadie, pero eran todos), pretendía separar las tribus, profiriendo amenazas e invenciones para evitar una verdad simple. Pero ¿Cuál era esa verdad? Pensó entonces en Kud-Ram, en cómo iba de un lado a otro acercando a unos lo que a otros faltaba, sacando de ello un rédito considerable. Consideró que tal vez hubiera en los pueblos, personas que se adelantan al resto de sus pares en inteligencia y, así como Kud-Ram seguramente había convencido a los sadeos de la necesidad de un rey, convencían a sus pares de la necesidad de límites para sacar ventaja de este hecho y mejor ejercer su poder. Esta idea lo asombró, que no se extendía solamente en Sadea, sino en muchas otras. El deber absoluto a un ente inexistente. Dar la vida por esta sombra, tomar vidas por esta idea, pagar tributo a este fantasma, matar a otros hombres (estos sí, verdaderos) que tienen para con su patria el mismo deber ilusorio. Pasan los reyes y los hombres, pero ¿Quién conocía este ente? ¿Quién le había atribuido semejante poder a este espectro?

La noche se acercaba y vio como lentamente se consumían los maderos que le daban calor, y se dispuso colocar más para evitar el frío intenso de las horas de la noche. Buscando a su alrededor, se detuvo en el ambiente que lo rodeaba. Se había habituado ya a aquél lugar, sintió que su patria eran los animales y los árboles, el río y el frío de su piel casi desnuda.

A medida que se acercaba a algo parecido a una idea, su desvelo se acrecentaba. Casi no dormía, apenas si se alimentaba. Tomaba cuanto necesitaba del bosque, siempre agradeciendo la dádiva, y descansaba en una especie de choza armada en la intemperie, con hojas y tierra. Mucha gente había conocido en su juventud que alegaba tener los mismos sentimientos. Las mismas nauseas, la misma angustia. Cada cual lo enfrentaba como podía, como pensaban que era su deber. Todos tenían sus Dioses, y a ellos sometían sus vidas, pero de modo inconsciente, sin creerlo realmente. Él mismo no tenía para con las deidades sino una simple idea. Durante sus días en Sadea se había cuidado de no ofenderlos, y de hacer lo que de él se esperaba, pero esto no constituía verdadera fe. Así, había trasladado muchas de sus necesidades a este ente inexistente, dejándolo decidir por sí. Había enajenado su libertad para sustituir su falta de fe. Reconoció que había estado equivocado. Siempre había tomado esta angustia como un exceso de libertad, como un

malestar propio de no conocer el camino, y del miedo a terminar sus días como algo inexistente. Todo esto cambió con su sueño y con Rhodia. Que lo hubieran condenado y expulsado había acrecentado su sensación de desprotección, pero había alimentado su libertad; y esta no generaba angustia ni mareos.

Desde este nuevo punto de vista, los Dioses se le aparecieron como una fuente perpetua de virtudes a las que el ser humano debía tender, en contraposición al ente inexistente, que exigía de nosotros dedicación absoluta, odio y segregación. Pero necesitaba algo que fuera verdadero, que le prometiera que, a pesar de todo, existía y lo haría siempre. Los Dioses exigían sacrificio, dedicación y virtud, el ente nada pedía, sólo esclavitud; la posibilidad de delegar en él las decisiones que complicaban su espíritu, pero que constituían su libertad. Fue ésta enajenación, esta alienación inconsciente lo que había provocado su angustia. Comprendió esto y llegó a la conclusión de que el infierno no era el otro, sino el ente; era éste el que lo objetivaba con su mirada omnipresente, que lo transformaba en una cosa, un simple accidente en contacto con otros objetos igualmente encadenados.

Fue todavía pensando estas cosas, con los ojos cerrados, cuando terminó de echarse en el suelo para poder dormir.

## Capítulo 17

### III

Is-Un yacía enfermo al pie de la montaña, lo cual atrasó varios días la marcha hacia el lugar que los Dioses habían fijado para el fin de sus lamentos. Sin embargo, no era la voluntad de Zor-Ám el partir cuanto antes. Prefería esperar uno o dos días en el mismo lugar, primero porque el trayecto que habían caminado desde Ak-Zar había sido grande; segundo, porque precisaba marcar todavía cuáles serían los pasos a seguir, luego de la parodia que había puesto en marcha, pero por sobre todo necesitaba decidir la actitud que debía tomar ante Is-Un. Su enfermedad se le aparecía como algo más que mera casualidad. Tal vez - pensó- el ritual pudiera, a pesar de la farsa que había implicado, haber tenido los resultados que anhelaba, y la enfermedad de su compañero fuera otra de las maneras de Kad de reconocer la supremacía de su sacerdote.

Lo había visto, desde lo alto de la explanada. Sus ojos hablaban al resto, pero miraban únicamente a Is-Un, veía en la noche agonizante como su rostro mutaba y, ante todas las cosas, incredulidad. Tal vez comprendiera que el holocausto ofrecido a los Dioses fuera solamente una farsa inventada para someter al pueblo; porque eran ya un pueblo, desde el momento en que sus pasos se retiraron de la santa ciudad dejaron de pertenecer a ella, compartiendo el destino común, lo cual los convertía en otro pueblo, tal vez sobreviviente con la única intención de poder cantar alabanzas en amor de Zor-Ám. Is-Un estaba dentro de este pueblo, patria peregrinante, pero el sacerdote sabía que fuera tal vez el único al que no había podido engañar. Y era menester que creyera, porque ¿Qué beneficio obtendría si se ganaba el amor, incluso el temor de aquellos que no tenían voluntad sobre sí mismos, que de otro dependían? Recién entonces cayó en la cuenta de que toda esa farsa, todas las prudentes medidas que había tomado para controlar el entorno, el esclavo mandado a lo alto de la montaña, incluso el sacrificio, habían sido para convencer a Is-Un. Recién ahora lo comprendía, y esto hizo que sintiera algo de culpa por no haber reparado antes en esta situación. A los esclavos bastaba con darle órdenes, alguna golpiza y entonces tomarían la actitud que se les pidiera, lo mismo las mujeres y los niños. Se dio cuenta entonces de que el único individuo sobre el que no tenía potestad, se encontraba enfermo, tal vez de rabia, o de odio, o tal vez -pensó dejando por un momento de lado los pormenores que se desprendían de la conclusión a la que había llegado- fingiendo enfermedad, para calcular mejor su contraataque. Había logrado contentar al resto, había evitado

que se abalanzaran sobre ambos, clamando por su sangre, pero Is-Un estaba ahora recostado. Cinco lunas, a lo mucho, había dicho, sin embargo de ellas, dos habían pasado en el mismo lugar, por el padecimiento de Is-Un. A medida que los días avanzaban la actitud de todos se asemejaba lentamente a la anterior; de a poco el miedo y el desamparo los forzaba a la tristeza. Dos días habían bastado para deshacer el plan que cuidadosamente había tramado. ¿Sería Is-Un consciente de esta situación? ¿Lo habría hecho con esta intención? ¿Sería éste el final que buscaba, para poder mejor vengar la patética representación del sacerdote?

Una y otra vez se representaba en su mente el rostro de Is-Un, con ánimo vil. Al mirar ese rostro pensó que todo acabaría de alguna manera al pie de la montaña, imaginó a Is-Un corriendo a su encuentro, intentando arrebatarse la vida. Ese miedo quedó impregnado en su alma, del cual no pudo hasta el final de sus días desprenderse. Casi no dormía, encomendaba a algún esclavo que velara toda la noche a su lado, y que estuviera atento a cualquier movimiento que pudiera comprometer su sueño; pero pasaba las noches con los ojos entornados, buscando algún ruido que pudiera delatar la posición de Is-Un. Estaba seguro de que su padecimiento era fingido, por lo que suponía que de un momento a otro la venganza tomaría su lugar imprescindible dentro de la historia. Entonces, contrario a sus designios, la figura alta y ambiciosa de Is-Un se fue transformando, fue tomando un lugar cada vez más relevante. Por fin daba a aquél hombre la posición que éste tanto había reclamado. Era ahora para Zor-Ám un hombre importante, tal vez el más importante que hubiera conocido, porque a pesar de ser infame y un ingenuo, tenía la vida del sacerdote en sus manos. Sólo de este modo consiguió Is-Un que Zor-Ám reconociera su grandeza.

Pero todavía no había nada resuelto, todavía no había sido ajusticiado, por lo que trató de serenarse y argüir un plan que lo alejara del temido final. Una de esas noches interminables, acurrucado en el suelo frío, sin tiendas para poder mejor vigilar a Is-Un, vigilar que el esclavo no se quedara dormido, vigilar la noche, porque esperaba a Is-Un incluso desde el cielo. Las teorías más inconcebibles se le ocurrían como posibles, tal era su miedo al hombre al que momentos antes había considerado un ingrato, incapaz de dominar su propia persona. Intentó calmarse, confiar cuanto menos un rato en el esclavo, para poder mejor meditar acerca de su situación y de lo que haría para evitarla.

“Si es que he de reconocer que Is-Un es un hombre de temer”  
–se dijo– “¿Qué habré de temer de este hombre? ¿Cómo encontrar la manera para el fin que sin duda busca? ¿A qué movimientos tendré que adelantarme?” Mirando las estrellas, con los ojos entornados para no revelar los pensamientos que lo mantenían despierto, pensó de este

modo.

Imaginó entonces su propia vida, las cosas que había tenido que hacer para ponerse en el lugar en el cual hoy se encontraba. Había mentido, engañado, matado, amenazado. Recordó su juventud cuando, huérfano, pasaba los días en el templo de Kad, escuchando al sacerdote Kad-Jared hablar acerca de la primera edad, cómo su sueño había engendrado todo lo existente, motivo por el cual había que vivir de acuerdo a esta dádiva, para honrar a Kad, y para que tuviera el Dios recuerdos memorables en caso de que tuviera que volver a su estado anterior, que no sería ya el mismo, porque el recuerdo de las cosas bellas lo ayudarían a sobrellevar los Abismos. Recordó la amenaza al sacerdote anterior, forzándolo a tomarlo en adopción para poder ser su sucesor, y la negativa. Recordó la muerte de Kad-Jared, la sangre en sus manos, los latidos de su corazón agonizante, el suplicio posterior, el engaño. Se vio a sí mismo parado frente a una multitud (como hacía dos días) jurando por el Honor de los Dioses que el sacerdote lo había tomado en adopción justo antes de fallecer, lo que lo constituía en el heredero legítimo del culto a Kad. Recordó las noches de llanto, el remordimiento, la culpa incontenible. Entonces unas parcas lágrimas empezaron a caer por sus mejillas, mojando el suelo.

¿Qué haría Zor-Ám en lugar de Is-Un? Su mente formó imágenes de lo que había sido su propia vida. Is-Un acercándose como él se había acercado a Kad-Jared, jurando amistad, intentando ganarse su confianza, esperando pacientemente el momento propicio para dar el paso decisivo. Aun no estaba seguro de que Is-Un tuviera el valor para hacer semejante cosa, pero era necesario estar preparado para el peor final: “Entonces –se dijo- si se acerca a mí con promesas de bondad y amistad, conoceré que me encuentro en presencia de mi asesino”.

Mientras tanto el delirio de Is-Un lo llevaba a otros lugares. La fiebre no lo había abandonado desde el discurso de Zor-Ám; sentía escalofríos y estertores la mayor parte del tiempo, lo que le dificultaba conciliar el sueño. Cuando lo hacía, sus pesadillas lo seguían llevando a Ak-Zar, a su pueblo. Temía la ira del Dios por abandonar a sus hermanos. Se arrepentía de haber huido, y prefirió haber muerto, que haber traicionado. Se sintió –para ventura de los Dioses, y tal vez del mismo Karuán- como un extranjero del mundo; creyó no merecer su propia vida, aunque sí su suerte, cruel pero justa, y una angustia acompañada de ciertas náuseas inespecífica sacudía su cuerpo enfermo. Pero no había modo de desandar lo andado. Quisiéralo o no, el final se encontraba a cinco lunas, a lo más. Quiso rebelarse, ser por una vez dueño de sus propias decisiones. Las náuseas cedieron un poco, y pensó: “A nadie sirve que me encuentre de este modo, dolorido. Mi presunción y mi egoísmo han hecho de mí la burla de los Dioses. Si nuestro final ha de acontecer al pie del lejano bosque, cementerio puesto por testigo de las huestes de Kad, así será. Mi espíritu no volverá a mostrarse soberbio. Dejaré al

sacerdote que guíe al pueblo a su destino, ya que he reconocido su superioridad. Me acercaré a él y le ofreceré estas cosas, y me contentaré sólo con su amistad.”

## Capítulo 18

### IV

Karuán se despertó en el medio de la noche, con el mismo abatimiento de costumbre. Otra vez el mismo sueño lo atormentaba desde el fondo de su ser. Las pequeñas manos de Rhodia lo abrazaban como si fuera su padre, sus palabras despreocupadas y serenas sonaban en sus oídos dulcemente, como cánticos celestiales. Su rostro se repetía incansablemente dentro de los sueños de Karuán, hecho que volvía más pesada su soledad.

Otras veces, dentro del mismo sueño veía la hermosa figura de Iv-Ka, caminando a su lado por paisajes desconocidos, tomados de la mano, contemplando en silencio algún inocente juego de la niña. Cuando tenía este sueño, sentía que su vida se precipitaba en los infiernos. El imperioso silencio del bosque volvía, y se sentía hondamente solo; tirado en el suelo, consciente más que nunca de su aislamiento. Cuando tenía estos sueños, reunía fuerzas de lugares inaccesibles para otros hombres, y conseguía erguirse nuevamente, afrontando con sus nuevos pensamientos el peso de la carga de sus aflicciones. Así había logrado sobrevivir varios años (no sabía cuántos) dentro del bosque.

Las náuseas solían volver en esos momentos; cuando, dormido, se encontraba más expuesto al ataque de los demonios. Entonces el techo de hojas arriba suyo parecía alejarse, acercarse al cielo. Primero apoyado en el árbol sobre cuyos pies dormía –en el que había hecho una marca, la que daría testimonio para toda la eternidad del lugar donde, agazapado y a punto de atacar, había visto por primera vez a Rhodia- luego ayudado por sus manos, se levantó.

Permaneció unos momentos sin cambiar de posición, tratando de acostumbrarse. Pero, mientras semierguido en esta posición, esperaba a que las náuseas pasaran, algo se agitó en su interior; distinto del conocido vértigo y el dolor punzante en el estómago. Era ésta una angustia distinta, no podía precisar si era propia o ajena, una sensación que parecía prevenirlo a algo todavía desconocido y misterioso. Pensó, entre el dolor y sus piernas en temblor casi constante, que se acercaba un momento decisivo, aun cuando no supiera qué pudiera ser. Como si su alma hubiera escapado del cuerpo, a contemplar el porvenir, y le avisara del peligro que se encontraba en su futuro. Sin pensarlo, comenzó a dirigir sus pasos hacia el río. No habría dado más de diez pasos, cuando sintió que algo lo perseguía. Sabía que nadie se atrevía a entrar en el bosque,



por lo que pretendió ignorar esta sensación.

El ruido ominoso del silencio se intensificó, un silbido mudo que penetraba en sus oídos a presión, como si fueran a estallar. Los árboles empezaron una danza mística que, a pesar del espíritu difícilmente corruptible de Karuán, lo amedrentaron como aquella primera noche de indecisión, luego de escuchar el lamento. Los ojos le ardían y la garganta se le secó de repente. Sus pies pesaban, mientras su corazón se aceleraba. De rodillas cayó al suelo, que exigía de él humillación. Espectros y sombras recorrían el bosque alrededor suyo, inquiriendo y acechando su aturdimiento, en un compás triste de distancia y soledad. Quiso mirarlos a la cara, pero su vista nublada le impedía centrarse en ningún objeto. Aun así los sentía, adivinaba sus intenciones, torturarlo y perseguirlo, estremecerlo al punto de la locura o el suicidio. Desfalleciente, intentó con todas sus fuerzas luchar con los demonios que lo atormentaban, pero la sensación se acrecentaba, insaciable y terrible, en infinitos tormentos.

Con sus puños cerrados, apretados fuertemente al punto de que se lastimaba con sus largas uñas las palmas, golpeó el suelo del bosque que, a su vez, respondió. Un suave retumbar surgió del centro mismo de la tierra, acrecentando su intensidad; un sonido monótono y universal. El tambor de Dios, que con bramidos estridentes parecían reclamar el alma del exiliado desde los abismos del mundo. Karuán se desvanecía, pero aquél retumbar lo llamaba poderosamente, concentrando toda su atención, hipnotizándolo y seduciéndolo con su compás. Finalmente, cuando se hizo insoportable, y las sombras cedieron ante el portentoso estruendo, conjurando al mismo bosque con innumerables ecos igualmente omnipotentes, Karuán se levantó rápidamente, tanto como sus escasas fuerzas le permitieron, y comenzó a correr, desesperado, aterrado por la invocación que sentía en el desconocido clamor. Pero el ruido lo perseguía, o formaba parte de un perpetuo resonar, que se sentía tal vez en todo el orbe.

Cuando sus débiles piernas se mezclaron con la inercia de la esforzada carrera, cayó al suelo, de suerte que todo su rostro chocó contra algo duro enterrado en la tierra, ensangrentándolo. En ese momento perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, terminaba el día. Aun cuando en sus años en el bosque se había dedicado a explorarlo en su mayoría, por alguna razón el lugar en el que se encontraba, casi no había sido investigado por Karuán. Se encontraba cerca de su límite. De hecho, podía observarse el río saliendo de los árboles, hacia la noche naciente. Recordó una vez, cuando por primera vez exploraba este lugar o alguno cercano, las conversaciones banales de los hombres en un susurro creciente, en el paso casi forzado de los pobladores de Sadea a las afueras de su aldea. Por eso casi nunca se acercaba a los límites septentrionales de bosque,

aquellos que quedaban más alejados de las montañas.

Con atención desmedida examinó la blanca piedra con la que su rostro había golpeado. A la pálida luz de la luna empezó a escarbar en la tierra, alrededor de la piedra. Con sus dedos removi6, desenterrando no sólo la piedra, sino el pasado.

El cráneo estaba recostado, mirando a las estrellas y a Karuán. Hasta ese momento nada le hizo pensar que ser encontraba ante algo revelador, salvo la extrañeza de saber que no había sido el único en haber entrado a ese lugar. Las historias decían que nadie había entrado en el bosque, en otra de las pruebas de las mentiras tejidas alrededor de su espesura. Por curiosidad siguió cavando, intranquilo, esta vez ayudado por una piedra, apresurado por volver al centro, a su árbol y a sus recuerdos, pero con creciente esmero. A cada mano de tierra que arrojaba a la arboleda seguía otra, prometiéndose que sería la última.

Cuando llegó a la altura de los hombros, podía ya divisar las falanges de los dedos cruzados en el pecho (como indicaba la tradición que venía de antiguo). Entonces no tuvo duda que se trataba de algún morador de cualquiera de las dos poblaciones. Otra piedra, ésta más trabajada, empezó a mostrar su faz, casi como una placa puesta sobre el muerto. Apenas asomó, Karuán la asió con fuerzas, pero la piedra no cedió. No sabía que podía esperar de esta piedra, las runas no eran todavía parte de la tradición, y salvo los sacerdotes y algunos hombres importantes cultivados en este arte (entre ellos Karuán que, como descendiente de Is-Un, había sido instruido por el sacerdote Arkún) nadie había que pudiera tallar la piedra. Sin embargo, siguió cavando.

Cuando más de la mitad se encontraba desenterrada, comenzó a tirar con todas sus fuerzas, hasta que finalmente cedió. Nada había que aclarara el nombre o el origen de la persona, por lo menos a primera vista. Pero cuando la dio vuelta, ciertos surcos llenos de tierra se hundían en la piedra. Con los dedos buscaba los surcos, y con las uñas quitaba la suciedad acumulada, hasta que no hubo ya más tierra ni surcos ocultos. Buscó algún lugar cercano donde la luz de la luna se filtrara. Cuando lo halló, se dispuso a escrutar los caracteres. Tallados en la piedra, en una especie de texto sin runas, directamente escrito en la piedra, se encontraban estas palabras, que leyó despacio: "As-Itur, esposa del sacerdote del Dios Kad, Zor-Ám, muerta a manos del traidor al pueblo de Ak-Zar, Is-Un".

Por la mente de Karuán pasaron toda suerte de ideas, que nublaron su juicio y mareaban su interior convulsionado. Toda su vida le habían enseñado que era descendiente de un hombre honroso, y que la disputa tenía origen en el diabólico carácter del sacerdote Zor-Ám. Se sentía avergonzado de su ascendencia. Imaginó a Is-Un, tomando la vida de As-Itur, tal vez por odio, tal vez por venganza. Tal vez la deseara y

ésta se había negado por lealtad al sacerdote. Lo imaginó como señor de su pueblo, a causa de los espíritus que había dejado, y que cargaban ahora en sus espaldas, clamando justicia. De pronto el bosque se le apareció como testigo de la corrupción de Is-Un. Aborreció el bosque, maldijo su ascendencia, a sí mismo y a Kad, dormido en un sueño oprobioso e infame. Quiso huir del bosque, perderse en la inmensidad del mundo, bajar a los infiernos, lugar donde correspondía y en el cual tal vez encontrara un poco de paz.

Sintió la humillación de Zor-Ám, de todo el pueblo cadeano. Sin dudas, la parte que había desconocido era la más importante, la única que en verdad importaba. Le dio la razón a Pélibe, los sadeos eran todos iguales: igualmente viles, igualmente despreciables. Recordó la pregunta de Rhodia, y cómo su mente se fijó en Kud-Ram. Ahora comprendía que no era el único, también Is-Un, y Arkún, y él mismo.

Ya todo lo había perdido, no había lugar en el mundo que pudiera albergarlo. Entonces su pensamiento se encontró con el tierno rostro de Rhodia, dormida contra el fuego. Se preguntó si tal vez o hubiera olvidado y, sin querer responderse, dirigió sus últimos pasos allí donde se pone el sol, nuevamente extranjero y peregrino.

## Capítulo 19

V

Cuando la enfermedad de Is-Un mostró signos de mejorar, a instancia suya reemprendieron el camino. Zor-Ám marchaba taciturno, envuelto en pensamientos que su compañero no lograba descifrar. No obstante, se acercó al sacerdote, y con tono que quiso parecer conciliador preguntó si podían esperarlo en el lugar donde se encontraban, pues él mismo quería ver el lugar donde se suponía que terminaría su pesar, el lugar donde podían dedicar sus últimos días al arrepentimiento. Zor-Ám se mostró complaciente con la solicitud de Is-Un, aunque de modo parco.

- Aprovecharía mucho si el Gran Sacerdote de Kad acompañara a este pobre enfermo, así los dos veríamos el destino que el Gran Dios ha puesto en nuestro camino –dijo con una sonrisa.

Todos los presentes asintieron entusiasmados, tanto por la idea de Is-Un, como por el hecho de que todo hubiera vuelto a una aparente normalidad. Celebrando la idea, los esclavos de Zor-Ám comenzaron a preparar algunos enseres para la subida a la montaña. No notaron que de pronto la fisonomía del sacerdote adquirió un tono blanquecino. Dejó de marchar, evidentemente nervioso, y contestó, con una voz que temblaba tanto como sus manos:

- El deseo de los Dioses se manifiesta a sus sirvientes de modo autoritario, y el subir contigo implicaría un desafío a su benevolencia, la falta de una seguridad que sin necesidad de comprobación alguna debería mantener el sacerdote. De modo que no lo considero prudente. Adelántate, mira con tus ojos lo que tu corazón ansía. Nosotros estaremos esperando en este mismo lugar, preparando libaciones para los Dioses. Luego seguiremos la marcha.

Así se retiró Is-Un, inquiriendo primero del esclavo el lugar por el que había ascendido. El resto, obligados a parar nuevamente, comenzaron a mostrar signos de descontento con una demora que se acrecentaba con el pasar de los días, y el ansia de culminar la travesía era capaz –temía Zor-Ám- de infundir nuevas lealtades y diferentes sacrificios.

De este modo Is-Un comenzó su ascenso, aun cuando todavía conservaba ciertos síntomas de su enfermedad, haciendo que su cuerpo temblara durante la subida. Buscaba algún sendero natural, que pudiera

facilitarle la marcha. Mientras ascendía por la piedra, el frío aumentaba sutilmente, así como el aire le faltaba. Todavía avanzaba en línea recta, pero se veía, a lo lejos, el punto desde el cual el eslavo seguramente habría visto el paisaje que comunicó a su amo. La montaña terminaba, o doblaba abruptamente, dejando en su extremo más oriental, una visión libre de obstáculos para observar lo que habría de venir. Avanzaba de a tramos cortos, descansando por momentos del esfuerzo que estaba realizando.

El ambiente húmedo se hacía cada vez más pesado, nevando de a tramos, lo que dificulta todavía más la aventura. Poco más de medio día le llevó alcanzar el punto más cómodo desde el cual se observaba, con inigualable majestuosidad, la visión del valle, coronado en su centro exacto por un bosque virgen, de altos árboles. Allí donde se perdía la vista, del otro lado del macizo montañoso (al llegar a este punto vio que éste doblaba abruptamente, de modo que el semicírculo que formaban conteniendo el valle aparecía a los ojos de Is-Un, como gigantescos brazos que abrazaban el valle, uno de los cuales surgía exactamente en el lugar donde se encontraba, y las paredes de piedra envolvían sólidamente con su sutileza al bosque, el cual podía apreciarse en toda su extensión) un abrupto declive de terreno, separaba un pico de otro, y hundiéndose casi hasta llegar al suelo del parque, dejaba entrever del otro lado el mar azul, que con tenues olas indicaba su proximidad. El sol apenas había pasado su punto más alto, pero Is-Un creyó conveniente esperar casi al atardecer, para reponer sus fuerzas del ascenso y de la magnífica visión que contemplaba.

Las montañas bordeando de modo circular al valle, el bosque de ángeles en el centro del terreno verde, cruzando por un río de aguas tranquilas, el blanco de la nieve contrastando con el mar que casi debía adivinarse. A diferencia de las primeras horas, cuando la nieve cubría el camino de Is-Un, el cielo se encontraba ahora sin una nube; el frío viento que surgía de los picos más alto, daban una idea de celestial beatitud; todo se presentaba como obra de los Dioses inmortales. Sin poder apartar su vista del incomparable paisaje, pensó que Kad realmente había soñado ese lugar para él. Para él y para Zor-Ám, que abajo lo esperaba para transitar el último trecho que los alejaría de sus desdichas. Pensó que jamás en Ak-Zar hubiesen podido contemplar semejante paraíso. Por primera vez en su vida había identificado las ideas de paraíso y salvación, ambas palabras vedadas desde que salieron de su ciudad nuclear. Su espíritu se regocijaba ahora sólo en aquello que alcanzaban sus ojos. Sentado en el saliente donde el abrupto recodo daba lugar para la contemplación, sin apartar la vista para que no se tratara de un sueño o de un espejismo creado por su enfermedad, aguardó la tarde. Como había imaginado, el sol habría de ocultarse más o menos en el punto más bajo de las montañas, aquella que insinuaba el mar, agregando al su emotivo espíritu una coronación incomparable. Mientras el sol se acercaba al triángulo de agua que no obstaculizaba la piedra, el mar fue adquiriendo

los mismos tonos naranjas de la esfera, que parecían transferir parte de su color a los nevados picos, al bosque e incluso al río que cortaba en dos el idílico verde. Tomaron parte de la esencia del fuego, en contraste con el frío atardecer. Is-Un sabía que debía partir, pero algo de ese lugar lo llamaba; casi podía escuchar al viento susurrar su nombre, invitándolo a perderse en su magnificencia. Entonces pensó que nada más necesitaba para ser feliz. Ni siquiera cuando hubo anochecido el bosque perdía su magnificencia. Cuando no pudo ver sino estrellas, decidió pasar la noche en aquél lugar, esperar hasta el día siguiente para emprender el regreso, el que sin dudas sería menos arduo, y de allí apresurarse a los árboles que tenían ya en su alma un lugar de privilegio. Sin haber comido en todo el día, sacó los abrigo del modesto equipo con el que había partido, y sin que el frío de la noche le importara demasiado se dispuso a dormir tranquilamente, a la espera del fin del peregrinaje.

## Capítulo 20

VI

Rhodia se había levantado aparentemente tranquila, aun cuando en su interior, un mar se agitara intranquilo; el mar de su vida sin respuestas, una vida de preguntas que había comenzado cuando conoció a Karuán. Como todas las mañanas, se tomó un instante para poder recordar, con los ojos cerrados, casi apretándolos para forzar su memoria, su rostro. Ya se la escapaban ciertos rasgos, sus ojos morenos y su expresión triste, como si todas las desdichas de mundo pesaran sobre sus hombros. En los días que siguieron a su encuentro muchas veces se preguntó si realmente existía Karuán, o si lo había imaginado; su memoria exigía ahora, que ya no era una niña, detalles que pudieran confirmar el anhelo por el cual vivía sus días. Saber que no había sido un sueño aquel bosque y aquél hombre al cual no podía ni quería olvidar.

Había adquirido la costumbre de pasear al borde del bosque, cerca de Cadán, y sin alejarse demasiado por prohibición expresa de Pélibe, y en varias oportunidades le había parecido que alguien espiaba sus pasos muy dentro de los árboles; incluso creyó ver en una oportunidad una barba y unos ojos marrones. Pero terminó por ceder ante la idea de que Karuán no podía encontrarse dentro del bosque, y que todo era producto de su imaginación de niña. Ningún hombre volvería a ese lugar, y aunque en su interior sabía que nada terrible había en ese lugar, pensó que nadie se arriesgaría a perder su libertad o su vida por recorrer ese laberinto. Con los años se acostumbró a la idea de que, por algún motivo, Karuán se encontraría en los alrededores de la zona y, al escuchar sus gritos, no tuvo otra opción que entrar en ese lugar, sólo por la bondad de su corazón; que luego habría ocultado sus actos, y habría evitado prudentemente el bosque por el resto de su vida. Rhodia, al no recordar varios de los detalles en torno a ese encuentro (no recordaba haber estado en la aldea de sus enemigos, dentro mismo de la tribu que debía odiar), lo imaginó en Sadea, con su propia gente, tal vez con hijos propios, y sin duda no recordaría que hubo un momento de su vida en que salvó a una niña no solamente de la soledad del bosque, sino de algo mucho más complejo y profundo, y nunca sabría cuánto le agradecía la dádiva. Este pensamiento por sobre cualquier otro iba modificando su rostro con ciertos rasgos pensativos y ausentes, que le daban un aire circunspecto y reservado. Convencida como estaba de que Karuán la había olvidado, se sentía hondamente sola, huérfana. Su madre sólo respondía a la voluntad de Pélibe, sin su padre y olvidada por el único ser que había merecido su cariño. Una niña solitaria en un mundo injusto y cruel. Creía recordar que



el hombre también se encontraba sólo, pero tantos años habían pasado ya de aquél encuentro, que era más que suficiente para que Karuán encontrara la felicidad que parecía haber perdido. Este pensamiento, a pesar de todo, la alegraba, y sólo lograba que se aferrara todavía más al recuerdo que tenía de él.

Cuando volvió a abrir los ojos, se vistió tranquilamente, todavía pensando en Karuán. Esa suerte de trance terminó cuando, desde fuera, se dejaron oír gritos que parecían de asombro, de guerra o de ambas. Esta dualidad estremeció a Rhodia, que salió corriendo hacia el exterior. Volvía a escuchar el mismo grito que ese día, cuando trajeron a su padre (era lo único que recordaba de esa jornada) y eso la aturdió. Instintivamente se dirigió a la entrada que se encontraba más cerca del bosque, no tanto porque de allí venían –o se dirigían– los gritos, sino porque todas las voces de este tipo provenían de él. Todo tenía que ver con ese bosque.

La gente reunida alrededor de la entrada tapaba la totalidad de la visión. De todas partes llegaban más personas, fueran esclavos, libres, mujeres o miembros de Consejo de Ancianos. Rhodia intentó acercarse, empujando a algunos que, apretados, comentaban algo que no alcanzó a escuchar. Ya no era una niña, pero tampoco era considerada adulta, de modo que, abriéndose paso por entre la multitud de modo arbitrario, llegó a la primera fila de personas que contemplaban el bosque, justo por fuera de las puertas de la entrada. Entonces, la visión que contemplo hizo que también ella ahogara un grito, aunque de haberse oído, no se hubiese podido precisar si era de angustia o de alegría reprimida.

Una figura delgada, huraña y sucia se acercaba con paso cansado, arrastrando los pies que, por lo que los cadeanos pudieron apreciar, provenían del bosque. El desconocido caminaba mirando hacia el suelo, levantando la vista únicamente de a tramos, para precisar cuánto faltaba para encontrarse con los hombres a los cuales se dirigía.

Mientras a la multitud se unía el mismo Pélibe, guía del pueblo, con rostro sereno y paso lento, muchos hombres se acercaban corriendo, portando armas para salir al encuentro del desconocido. Con gritos de guerra se fueron adelantando a las personas que miraban al hombre que se acercaba lastimosamente. Pélibe, reprendiéndolos, los forzó a retroceder y a desistir de su intención. Mientras los guerreros se replegaban, el Principal del Consejo se dirigía, sin cambiar su actitud ni su marcha, al encuentro del hombre. De pronto el silencio de la mañana se intensificó, aguardando el desenlace de los acontecimientos. Todo el pueblo de Cadán se encontraba ahora afuera, con la respiración contenida y los ojos fijos en Karuán, que continuaba su marcha. Levantó la vista una última vez, y se encontró con Pélibe acercándose pacíficamente. Luego de los gritos y el odio, el silencio y la persona más influyente saliendo a su encuentro lograron calmarlo, sospechando que ya no saldrían a su

encuentro para matarlo. Apresuró un poco su paso para finalmente encontrarse con Pélibe, el cual, sin embargo, se paró a unos pasos del resto del pueblo que, a sus espaldas, esperaba poder oír lo que estas dos personas habrían de decirse.

El recién llegado se paró a poca distancia del anciano, mirando fijamente al hombre que había odiado y al cual quizás le debiera ahora la vida. Resultaban evidentes su majestuosidad y desdén, propios de los hombres de su posición. Otra vez fueron escuchándose lentamente insultos y voces contra el desconocido, Sadea y el bosque. Karuán se preparó entonces para lo peor, aun cuando poco le importara su suerte. Otra cosa había ido a buscar. Pélibe lo vio apartar su mirada hacia el pueblo, lo que tomó como una señal de respeto a su persona, así como de temor a la población. Mientras tanto, el ermitaño buscaba silenciosamente. Luego de unos instantes, sin poder encontrar el motivo de su último viaje, avanzó todavía dos pasos, decidido como estaba a no esperar más algo que resultaba ya inevitable. En su rostro convivían expresiones encontradas, casi contradictorias, de revelación y de tormento. Cayó de rodillas, ofreciéndose voluntariamente en sacrificio y, con tranquilidad abrumadora, les habló:

- Hombres de Cadán. Extranjero soy del mundo y descendiente de un traidor y un asesino, del cual ante ustedes me avergüenzo. Condenado fui en mi propia tierra y por mi propia gente, forzado a huir al bosque para preservar mi vida. Desconozco cuanto tiempo estuve entre los árboles, pero allí he conocido la verdad. Me entrego ante ustedes para resarcir la deuda de mi antepasado y mía. Hagan lo que mejor les parezca, porque ya no me es lícito tener esperanzas. Harán justicia si vengan la sangre de aquellos que amaron con la mía. Tal vez de ese modo, tanto ustedes como yo encontraremos redención. Ante todos ustedes ofrezco mi espíritu.

La multitud se apresuraba a cumplir con los deseos de Karuán cuando, desde el fondo de la muchedumbre, apareció una niña ya más parecida a una mujer, cargando en sus manos un poco de agua y una escasa ración de pan. Corrió hacia Karuán, ignorando a su abuelo al pasar a su lado. Cuando llegó hasta el hombre, se arrodilló a su vez ante el extranjero. Con una mano levantó el rostro del hombre que miraba al piso, el cual, al verla, la observó con extrañeza, como si fuera una visión. De nuevo se miraron las dos sombras y de nuevo se reconocieron. Los ojos de Karuán se llenaron de lágrimas, mientras Rhodia lo miraba con una tierna sonrisa.

El silencio volvió a apoderarse de los pobres pobladores, desconcertados ante el patetismo de la escena y del rostro de Pélibe que continuaba imperturbable, aun cuando ocultara una alegría insospechada al por fin conocer lo que hacía tanto había sucedido en el bosque.

## Capítulo 21

VII

### COSMOGONÍA DEL DIOS KAD: SEGUNDA EDAD

Cuando muchos años pasaron desde la formación de los Dioses y la Tierra, sucedió que en pleno día, mientras el Astro brillaba según la potestad que de Kad había emanado, una sombra fue ganando la luz que de éste provenía. Una negra y oscura sombra que, con su redondez, cubría progresivamente la luz del sol. Este hecho, nunca antes presenciado en el Universo, atemorizó a Kad en gran manera, pensando que su sueño estaba pronto a terminar, y volvería a su estado anterior. Pensó que el Eterno Vacío se abalanzaba sobre todo su ser, para aprisionarlo nuevamente, atraparlo por toda la eterna inmensidad de la nada que reinaba fuera del sueño.

Tanto fue el miedo que tuvo en ese momento, que un lamento se escapó de su boca. En este lamento había angustia, odio, una incontenible náusea provocada por el enojo y el temor. Así fue que, habiendo salido de su boca, el temblor de Kad tomó forma. Nacieron seres extraordinarios, en casi todo iguales a los Dioses que con la palabra había creado, pero dispuestos sobre todo al mal. Sólo su voz podía crear seres con vida, para el resto de las cosas inanimadas del Universo bastaba sólo con su pensamiento. Quiso deshacer lo hecho, pero su voz no podía aniquilar algo ya existente, debiendo transformar todo cuanto fue creado.

De la cima de los montes surgieron, acompañados por el fuego y por grandiosas nubes, grises y espesas, que llegaron hasta los cielos, como si el centro mismo de la Tierra estuviera hecho de material ígneo. Eran seres de gran belleza, probablemente los más hermosos de todos los creados dentro del sueño de Kad. Tanto así que, vanagloriándose de su perfección, se creyeron omnipotentes, mejores que el resto de los Dioses y que el mismo Creador. También Gas-Kan y Or-Dan se maravillaban de tan armónicos seres, y quisieron ir con ellos. Pero Kad los reprendió, y los obligó a alejarse de ellos. Éstos se enfadaron sobremanera, pensando que Kad se avergonzaba de ellos. Así, para que los dos Dioses no tuvieran en su corazón lugar para dudas, comandó Kad que los nuevos seres creados tuvieran entonces la apariencia de su interior. Entonces, traicioneros y fatales como eran, apenas hubo pensado el Soñador estas cosas, la figura hermosa de las criaturas comenzó a mudar. Se apagó su luz, opacándose

hasta desaparecer. Sus rasgos agradables y serenos fueron transformándose en facciones temibles, llena de odio y de maldad. Sus ojos, rojos como el fuego del que provenían, sobresalían sobre sus cuerpos negros dispuestos a la iniquidad y la traición.

Agraviados, los seres se retiraron de en frente de los Dioses, escondiéndose en la tierra para permanecer ocultos. Dishonrados, tramaron la perdición del Dios, por haberlos evidenciado de esa manera. Muchos años estuvieron en las entrañas mismas de la tierra, esperando la oportunidad de vengarse del Todopoderoso. Cuando hubo pasado un tiempo, mientras Or-Dan y Gas-Kan caminaban por las cimas de los montes, los demonios los llamaron. Éstos no quisieron escuchar, pero los demonios insistieron de gran manera, hasta obligarlos a reunirse con ellos. Por medio de artilugios no conocidos por los Dioses (esto es, la mentira), renegaron de la decisión de Kad, manifestando a los otros Dioses que habían sufrido injusto castigo, y que también a ellos tocaría el mismo destino si la virtud que de ellos emanaba emulaba a la de Kad. Con astucia comentaron cómo quizás el mismo Dios no existiera, y fuera parte de un sueño más grande, más complejo. Pusieron en duda la existencia misma de toda la Creación, endeble y efímera. Sedujeron a los Dioses con la idea de que no debían tomar ellos decisiones que comprometieran su vida, que éste poder de elección era ficticio y peligroso. Cuando la angustia y la opresión de la idea de no existencia se volvió insoportable, al punto de olvidarse que no podía el Dios dejar sin existencia nada que tuviera vida, les prometieron que, si dormían ellos sus propios sueños, podrían reinar sobre sus creaciones, en caso de que la voluntad de Kad se volvía contra ellos. Pronto quedaron dormidos, dejando a los demonios el resguardo de sus propias vidas.

Los demonios tomaron entonces de Or-Dan la Llave que llevaba a los Abismos, que Kad había puesto en custodia de éste, y que permitía despertar al Dios y destruir todo lo creado. Rápidamente marcharon a los Cielos, lugar donde se encuentra la morada de Kad, para intentar despertarlo. Tanta soberbia había en su alma, que creyeron que sobrevivirían al despertar del Dios, estando en posesión de la Llave. Cuando Kad conoció su intención despertó de su sueño a los otros Dioses, los que fueron a reunirse con él para defenderlo.

Los demonios eran muy superiores en número, y tanta su astucia que no dudó Kad en solicitar socorro. Por quinta vez se escuchó su voz, y numerosos ángeles fueron entonces creados, verdaderas huestes de seres al servicio de los Dioses, de luz verdadera y espíritu puro. Los conjuró a defender el Mundo de los demonios que amenazaban todo lo existente, salvo a él mismo. Porque él, aún lamentándose, permanecería. Las nubes dieron entonces estruendo sobre la Tierra por miles de años, el suelo mismo de que estaba hecha comenzó a partirse, separándose lenta pero inexorablemente, para forzar a los demonios a abandonar su escondite. Los ríos se secaron para que no tuvieran lugar de donde beber,

las montañas escupían el fuego de los íncubos, inundando con su rojo cause tres partes de todo. Los ángeles marcharon por miles en defensa de la creación, en la más terrible de las batallas, librada desde los llanos hasta la cima de los montes. Muchos murieron en esta gesta, y tanto fue el dolor de Kad por este hecho, que mandó que en el lugar donde cada uno de estos maravillosos seres hubo muerto, se alzara un monumento en conmemoración de sus ángeles, que junto con los Dioses ofrendaron su vida para testimonio del Sueño. De esta manera, el gran número de ángeles que dispersó su sangre sobre todo lo que es, se convirtió en santuario; testigos eternos que con su verde movimiento conmemoran el color de las espadas con las que éstos hubieron combatido. Aun hoy, el llanto de Kad se extiende sobre toda la Tierra, dando a las secretas tumbas de su legión, agua de la cual beber, alimentando su cuerpo amarronado como los escudos que usaron frente a los demonios.

La llave fue recuperada, y puesta nuevamente en custodia de Or-Dan. A los demonios, vencidos y sometidos, se los condenó a vivir prisioneros dentro de otros seres, creados para castigarlos y contenerlos. De modo que pasan la eternidad intentando liberarse de sus cadenas, infundiendo en sus cárceles toda suerte de vicios y maldades, de angustias y maquinaciones como habían hecho con los Dioses. Éste fue el nacimiento del Hombre, prisión de los demonios que, sin embargo, tienen cautivo al Hombre. De este modo terminó la segunda de las Edades del Mundo, la cual duró Mil y Doscientos años.

## Capítulo 22

### VIII

Casi dos días tardó Is-Un en volver de lo alto, por el mismo sendero que había utilizado para subir. Al atardecer de ese día lo vieron aparecer lentamente, cansado pero completamente recuperado de su padecimiento. Algunas de las mujeres se habían acercado a él, para conocer cuál era la visión que el esclavo había reservado sólo a Zor-Ám, y negado al resto. Luego de describir al pueblo entero el lugar que había visto, y al cual se dirigían, el ánimo de todos aumentó, olvidando incluso su primera frustración por el retraso que la subida de Is-Un había provocado, y se dedicaban a alabar a Kad por el magnífico destino que les tenía reservado. A la descripción detallada del lugar creado por Kad, se conocía, desde antes de su enfermedad, que fue él quien había tenido el sueño revelador, y lo trataban ahora con más respeto y admiración. Identificaban el sueño con la salvación, y a ésta con el destino, y se maravillaban del designio de los Dioses.

Zor-Ám no trató de perturbar el esplendor en el que Is-Un se veía envuelto. De hecho, trataba de incrementarlo, mientras él decidía cual sería la actitud que tomaría respecto de su compañero. Con ánimo cortés, incluso amigable, se acercó a Is-Un, abrazándolo fuertemente, y diciendo que durante todo el tiempo que duró su ausencia, pedía a los Dioses por su protección, puesto que había subido todavía enfermo, y que no dudaba en que los Eternos se habían esforzado en otorgar la bendición, para que ambos pudieran finalmente ver el paraíso que se encontraba por fin al final del viaje.

- Para alegría de los que con nosotros marchan, y también para la tuya, querido amigo, que has visto con tus ojos lo que los Dioses no me han permitido. Y también por compromiso con los Eternos, que al fin dieron testimonio por Is-Un, príncipe de pueblos, regalándole la revelación, para que los elegidos vivan tranquilamente y en armonía.

- Así sea, sacerdote –contestó Is-Un con mucha alegría, no sólo porque ahora sus temores sobre Zor-Ám parecían infundados, sino también por el orgullo de su corazón ingenuo-. Olvidemos nuestras diferencias, y marchemos juntos con el pueblo. Fui tonto en enojarme los días pasados, seguramente influenciado por la enfermedad que entonces tuve, y avancemos como amigos.

- Será como pidas, Is-Un –contestó Zor-Ám, con una sonrisa que en algún momento, en algún lugar de su alma cansada, fue sincera. Tanto como lo había sido la marcha de los días, el peso de abandonar Ak-Zar y la compañía que unos y otros se brindaban. Había reconocido a su enemigo, y creía que Is-Un lo buscaría para matarlo. Pero, el relato del lugar y la certeza del final, la alegría de sus hijos y de las mujeres, lograron aliviarlo incluso a él; en ese momento poco le importó Is-Un, pensando que, al fin de cuentas, no intentaría nada mientras no estuvieran reunidos en soledad.

Se cocinaron algunos animales y se ofrecieron simples holocaustos para los Dioses y en honor a Is-Un, salvador de los que habían sobrevivido. Éste, a pesar del honor que se le rendía, quiso partir inmediatamente, pero Zor-Ám insistió en que descansara de la subida que había hecho en tan delicado estado.

- Ahora que sabemos lo que nos espera delante nuestro, que nuestros días de tristeza y desolación han terminado, podemos descansar un día más, y te prometo que esto acelerará nuestro paso, llegando incluso antes que si partiéramos inmediatamente, pues el cansancio nos retrasaría, costándonos lo que no serán más de cuatro o cinco días, el doble, por motivo del cansancio.

- Eres justo, sacerdote. Y escucharé tu consejo como el de los Dioses. No reñiré contigo. Pero he de pedirte que el retraso no sea mayor al de un día, ya que por más descansado que esté el cuerpo, el alma no descansa hasta encontrarse el lugar que le corresponde.

- Haces bien en escuchar mi voz, amigo mío. Ahora descansa para los días que vienen que, aunque sean los últimos, no estarán exentos de afanes – Zor-Ám dio media vuelta, y se alejó, para descansar también él, y pensar en lo que haría.

Al día pedido por Is-Un se le sumó otro, en donde todos descansaron. Aprovechando el tiempo de zozobra, pudieron finalmente verse libres de muchas de las pesadillas que los atormentaban desde que había partido: el desconocimiento de la macha, el destino que les aguardaba, la voluntad de los Dioses, la rivalidad de los dos hombres que con el pasar de los días parecía más evidente. Ahora, tenían todas las respuestas, y recién entonces pudieron reposar realmente, a la espera del último tramo.

Antes de que saliera el sol, estaban ya preparados para partir. El campamento se había levantado rápidamente, incluso los vigías improvisados de la noche prefirieron partir de inmediato, ya que el ansia de terminar esos días y de conocer el lugar señalado se acrecentaba en sus corazones. Zor-Ám quemó algunas hojas y un poco de grasa en honor de Kad, y partieron. Con la esperanza nuevamente puesta en el horizonte,



más livianos que al principio y sin lamentar la huida, más bien agradeciéndola, como si la gigantesca rueda del destino hubiera finalmente parado, dándoles por fin el largamente esperado alivio.

Zor-Ám se acercó a Is-Un, y con voz fuerte le comentó:

- No pienses que desconozco cuáles son tus pensamientos y tu intención –Is-Un se mostró sorprendido por la elocuente manifestación del sacerdote, turbación que éste interpretó de modo equívoco-. Sé que lamentas que no te haya acompañado –terminó diciendo con tono malicioso-, y no es por mi propia voluntad que me rehusé a tu pedido, sino por mandato de los Dioses. Muchas cosas faltan todavía, y las veremos cuando sea oportuno.

Zor-Ám se alejó así de Is-Un, y ya no volvieron a estar juntos por el resto del día.

## Capítulo 23

IX

Karuán esperaba en una celda de similares proporciones de las que, hacía ya mucho tiempo, había logrado escapar. Sólo que esta vez, su ánimo era distinto. Varios días tuvo que esperar para que se decidiera su suerte, y aun cuando Pélibe supo desde el momento en que Karuán apareció que era ya parte de la vida de Rhodia, calló sus pensamientos, siendo que su actitud para con el desconocido desconcertaba al resto de los miembros del Consejo. Nunca se había mostrado tan tolerante con un sadeo, mucho menos con uno que se entregara por propia voluntad. Pero, no por nada era el más importante, y el más sabio; de modo que el resto terminó por dejarlo hacer a su modo, sin cuestionar las medidas que tomaba respecto del prisionero. Lo cierto es que Karuán había salvado a Rhodia, y esto era algo que Pélibe agradecía cada día, aun cuando pretendiera no darle importancia.

La niña pasaba con Karuán la mayor parte del día, haciendo uso abusivo del permiso expreso de Pélibe, quien consentía las visitas, en parte porque nunca había visto a su nieta tan contenta. Por su parte, el prisionero hubiera aceptado gustosamente la muerte, teniendo a su lado la compañía de Rhodia, habiendo tenido la posibilidad de verla una vez más. Así, ambos se confesaban sus pensamientos, la desazón, los recuerdos del bosque, la tristeza de sentirse olvidados. Karuán refirió a Rhodia los acontecimientos de su vida desde que se separaron, lo que equivalía a contarle, no una parte, sino la totalidad de sus monótonos días; porque su vida había constituido desde entonces la huida y el bosque. Ella escuchaba los desinteresados relatos de Karuán con gesto desesperado, sufriendo cada palabra de su historia.

- Pero que apareciera aquí, es algo que tendrás que perdonarme –finalizó el prisionero-. Imagino que no has podido relatar lo sucedido en el bosque, y seguramente mi aparición te traerá inconvenientes con todos los pobladores, sobre todo con tu abuelo.

- No te preocupes por esas cosas –contestó Rhodia con gesto de disgusto-. Prefiero mil veces el poder verte, así ganara el castigo de todos los Dioses. No será la primera vez que me miran con enojo, o con rencor. Pero tú no deberías haberte puesto en semejante peligro, si mi abuelo no hubiera intervenido, seguramente te habrían matado.

- Son muchos los que han querido matarme, pero creo que todavía no se terminan mis días, ni mis desdichas, porque ninguno lo ha conseguido.

- No puedo dejar de pensar que es por mi culpa que te han encarcelado. Si no hubiera ido a tu ciudad, no te hubieran visto, ni te habrían forzado a entrar en el bosque –se lamentó Rhodia. Sus ojos comenzaban a llenarse de lágrimas.

- No es por tu culpa todo lo que me ha sucedido –dijo Karuán tratando de consolarla-. Kud-Ram me habría encarcelado igualmente y por cualquier otra causa. Y tampoco lo ha sido mi vida en el bosque, sino sólo mi decisión, y no me arrepiento de ello.

- Aun así, deberías haber negado todo, no aceptar las cosas que han dicho contra ti. Nadie hubiera asegurado el haberme visto. Dices que el sacerdote te conoce, y que ha sacrificado mucho por ti, él te hubiera creído, y no te habrían encarcelado.

- Querida Rhodia –dijo Karuán en tono alegre pero autoritario- negar eso hubiera sido negarte a ti, tanto como negar mis decisiones. Todavía eres una niña, pero llegarán días en que sabrás que hay cosas más importantes que intentar escapar del designio de los Dioses, y que si no aceptamos nuestras elecciones, sin importar los castigos o desgracias que por eso nos lleguen, perdemos nuestra libertad –hizo una pausa, sin saber completamente si Rhodia había entendido lo que a él le había costado toda una vida. Luego, tratando de no tornar el ambiente demasiado patético, agregó alegremente-. Por otra parte, sabes muy bien que enfrentaría cualquier destino que me dieran por la dicha de volver a verte. Ya no eres más la niña que encontré en el bosque. Me lamento de no haberme resuelto antes.

Justo cuando Rhodia se disponía a contestar, las puertas de las prisiones se abrieron rápidamente. Un hombre con aspecto de soldado entró en las mazmorras con actitud desafiante; inmediatamente se sobresaltó, al ver a la única nieta del Principal del Consejo de Ancianos conversando con uno de los prisioneros sadeos. La niña lo miró con gesto severo, y el soldado se puso todavía más nervioso. Con gesto tímido se acercó, si prestar atención ahora a Karuán, que sonreía evidentemente divertido con la situación. Al llegar hasta la niña, el rostro se había transformado completamente. Con voz que quería ser amigable, comentó:

- El Principal del Consejo de Ancianos manda que se encuentre sólo el prisionero, y que cualquiera que se encuentre en las celdas se retire inmediatamente, aunque no sabía que se trataba de usted –dijo

haciendo una reverencia.

Aun cuando ya no era una niña, se sabía que Pélibe sentía todavía debilidad por Rhodia, y no eran pocas las veces en que la influencia de la nieta sobre su abuelo terminaba por manifestarse sobre todo con los soldados, con los cuales Rhodia mostraba especial irritación.

- ¿Por qué motivo me fuerzas a salir así? Mi abuelo me ha dado permiso para que esté aquí cuanto quisiera. ¿Por qué me ordena que me retire?

- El jefe de la tribu de Gálaba desea conversar personalmente con el prisionero.

Rhodia iba a contestar, pero miró a Karuán que, a su vez, la miraba con gesto reprobatorio, de modo que se calló. Karuán hizo un gesto que Rhodia entendió, entonces dijo:

- Muy bien –levantaba su cabeza orgullosa, como lastimada por una gran ofensa-. Pero me avisarás apenas hubo salido de aquí mi abuelo, para que vuelva –salió enérgicamente, todavía con la cabeza en alto y actitud despectiva, que hicieron que Karuán sonriera alegremente.

Casi detrás de Rhodia salió también el soldado, sin siquiera haber mirado a Karuán. Las puertas se cerraron con un estrépito mayor al primero, y el lugar quedó sumido en un profundo silencio. El prisionero se sentó tranquilamente en el suelo de polvo, con los brazos entrelazados contra el pecho y, con los ojos cerrados, se dispuso a esperar. Un momento después, entraba por las puertas el Principal del Consejo de Ancianos y Gran Padre de la tribu de Gálaba, Pélibe en persona. Cuando el anciano entró, el ambiente quedó impregnado con un sutil aire de majestuosidad. Karuán pensó que su actitud se parecía a la de Kud-Ram, e imaginó que hay tipos de hombres que se asemejan, o que tal vez el poder que éstos ostentan hacen que sus actitudes se vuelan comunes. Aun cuando Karuán no se estimaba inferior a nadie, intentó apartar su mirada de la del anciano, en señal de respeto. Un instante estuvieron de este modo, Karuán sentado en el sucio suelo, con la mirada baja, Pélibe erguido frente al prisionero. Todo este tiempo ninguno de los dos dijo una palabra, porque el silencio no resultaba incómodo, sino natural, ya que provenían de la paz de uno y de la confianza del otro. Un ruido lejano interrumpió la calma, entonces comenzó el anciano:

- Has dicho que vienes del bosque –dijo desinteresadamente, pero esperando la respuesta de Karuán.

- Ése ha sido mi hogar durante largo tiempo –dijo, todavía sin

mirar a Pélibe.

- ¿Por qué motivo has entrado a un bosque maldito por tu pueblo y por los Dioses?

- Fui prisionero en Sadea, y condenado a muerte por el Dios Kad, revelado al sacerdote Arkún.

- ¿Cómo has escapado de la prisión? –preguntó Pélibe con genuino interés.

- Eso no tiene importancia –contestó Karuán con autoridad, mirando por primera vez a los ojos del anciano, el cual se mostró sorprendido con el cambio de reacción del prisionero-. Lo que importa es que escapé, y todos estos años mi pueblo ha sido el bosque, que no se mostró conmigo maldito, sino hospitalario, ofreciéndome la morada que ni en mi pueblo ni en el suyo me han dado.

El anciano lo miró, pensativo. El prisionero volvió a retirar su mirada. Daba la impresión de que medía cada instante, cada pensamiento, para evitar un contratiempo del que fuera difícil (o imposible) salir.

- Cuando te presentaste a mis puertas no pediste morada, sino muerte –dijo finalmente. Karuán lo miró extrañado, sin comprender. El anciano se apresuró a continuar-. Rhodia ha callado durante mucho tiempo ciertos pormenores en relación a su incursión dentro del bosque. Nunca pregunté, sin embargo, cómo salió del lugar en el que se perdió. Ahora apareces tú y sin ningún tipo de miramientos te dispensa más atenciones que a su propio abuelo. No es necesario que digas nada –dijo, adelantándose a las palabras de Karuán- no es por excusas que he venido a verte. No obstante, todavía no comprendo cómo le has salvado la vida, cuando tomándola, incluso como prisionera, y siendo nieta mía, habrías ganado mucha fama entre los tuyos.

- Cada cual es dueño de sus selecciones, Gran señor –dijo Karuán alzando sus hombros-. Más rápido pasa la fama de los hombres que el cauce del río, el cual arrastra todo cuanto encuentra.

- Todos los miembros del consejo, además de toda la población, quieren entregar tu vida a los Dioses, sobre todo ahora que se sabe que eres descendiente de Is-Un ¿Estás seguro de pensar de esa forma?

- No soy responsable de los actos de otros hombres –respondió, sin comprender cuál era la intención del anciano.

- Sabia actitud. Por desgracia yo sí lo soy. De todo un pueblo, de hecho –dijo Pélibe levantando las manos, mostrando todo a su alrededor-. Pero ni siquiera yo ofenderé los designios de Kad, que te ha salvado ya dos veces de la muerte –dijo esta frase malintencionadamente, midiendo la reacción de Karuán-, ni al salvador de Rhodia. Me he reunido con todos los miembros del consejo, los cuales han accedido a mi petición, de reservar tu vida todavía un tiempo.

- Si es cierto, estaré por siempre en deuda con usted, Gran Señor, y con su pueblo –Karuán se mostraba, a pesar de la promesa, cauto, sin comprender todavía el motivo de la visita y de la excesiva misericordia.

- En ese caso, deberás pagar tu deuda –se apresuró el anciano. Su voz denotaba cierta ansiedad, que Karuán sintió evidente por el brillo de sus ojos secos.

- Si es esa su intención, ayudaré en todo lo que me sea encomendado.

- Será necesario que jures solemnemente que te dispondrás a todo lo que el pueblo de Cadán pida de ti –objetó Pélibe, insistiendo nerviosamente.

Karuán comprendió entonces que no tenía escapatoria, y que lo que en apariencia era un ofrecimiento, era en realidad una compulsión.

- Juro por todos los Dioses que haré como dispongan de mí –dijo finalmente.

- He tenido que hablar mucho con el resto de los miembros del Consejo, en lo que puede constituir la salvación de nuestro pueblo. Tu llegada ha sido una bendición de los Dioses. Desde que Kud-Ram fue coronado rey de Sadea, nuestra gente corre peligro. Siempre ha querido atacar Cadán, la cual no puede, debo admitir con pesar, medirse con sus tropas. Pero tú eres heredero del trono que ocupa ahora un usurpador, y es sabido que Kud-Ram siempre ha temido al heredero de Is-Un. Se ha comentado que era éste un hombre hostil, además de un poco excéntrico, pero nunca imaginé que pudiera ser el hombre que encontré a mis puertas. Sólo después de muchas indagaciones pude conocer quién eres realmente, ya que se te ha dado por muerto. Es por eso que he instruido al consejo para que te utilicen en nuestro beneficio, nombrándote Jefe de los Ejércitos cadeanos. Brindarás toda la información que se te requiera, conduciéndote como el mejor de los cadeanos, puesto que si haces algo contrario a lo que se pide de ti, o traicionas la libertad que se te ha regalado, serás castigado como el peor de los sadeos.

La mente de Karuán viajó a Sadea, a la colina desde donde miraba el atardecer del bosque. En Kud-Ram hecho rey, en Arkún, en los soldados muertos, sus ojos inertes mirando el horizonte. Pensó en Is-Un, matando a la mujer. Recordó su procedencia, la vergüenza y el dolor.

Pélibe aguardaba pacientemente. Pero por el rostro de prisionero, pensó por un momento que preferiría morir. Creía conocer sus pensamientos, como si fueran propios, antes de convertirse en padre de la tribu de Gálaba y la persona más influyente del Consejo. Midió a Karuán con la medida de su propia ambición, su propia necesidad de grandeza y, para tentar más la voluntad del prisionero, agregó:

- Se olvidará tu anterior condición. Serás uno de los nuestros. En cuyo caso tendrás la posibilidad de acceder a la mano de Rhodia, la cual no he de negarte como recompensa a tu alto servicio.

Esperando, Pélibe presintió la calma que seguiría y sonrió, esperando que ésta fuera la solución a la negativa del prisionero. Pero el rostro de Karuán reflejaba desprecio. Con los ojos fijos de nuevo en el anciano, fieros y amenazantes, reveló la fallida intención de Pélibe, el cual retiró la sonrisa, evidentemente perturbado. Con una vaga incertidumbre acerca de su visita, se limitó a sostener la mirada del Karuán. Era esta una deshonra que ante nadie había cedido, y no sería el sucio sadeo el primero en merecerla, fuera heredero de quien fuera. Pero el prisionero logró calmarse, y se expresó de esta manera:

- Gran señor. Lamento que haya malinterpretado mi intención para con su nieta. Puede estar seguro que mi mirada no ha sido sino la de un padre, el cual no ha tenido, o quizás un hermano, si consiente usted tal atrevimiento. No he sido padre, y la mujer a la que me encontré unido ha muerto hace tiempo, a manos de los suyos. No someteré a su nieta a semejante venta, pero les ayudaré en todo lo que esté a mi alcance, conforme a su petición, y a mi juramento.

Pélibe se encontraba taciturno. Nunca imaginó que encontraría un hombre que se negara a esta dignidad, ya que renunciando a este matrimonio por demás conveniente para un pobre ermitaño, rehusaba una posición que con la muerte de Pélibe (la que vendría inevitablemente) le valdría el control absoluto del Consejo de Ancianos, y una posición envidiable dentro de la población. El anciano sabía que Karuán no desconocía estas cosas, y esto lo asustó casi tanto como lo sorprendió. Intentando volver a ser el hombre que fue siempre, dijo:

- Se hará como pidas. Pero acuérdate de tu promesa –dijo con desdén.



Sin volver a dirigir la palabra al prisionero, se alejó con paso decidido, aunque nervioso, y su semblante austero y pensativo.

## Capítulo 24

X

A lo lejos podía observarse ya la visión de Is-Un, así como el saliente donde había pasado la noche, allí donde doblan las montañas. De a poco se escuchaban voces de asombro ante la visión que aparecía delante de sus ojos. Caía la tarde, y seguramente en algún momento de la jornada siguiente, tal vez en un momento como aquél, llegarían definitivamente al lugar. Is-Un intentó durante los cuatro días que duró el último tramo de la marcha, acercarse a Zor-Ám, pero el sacerdote rehuía de la compañía de éste. Is-Un, preocupado, más buscaba la compañía de aquél, el que continuamente se excusaba con diferentes motivos. O lo aquejaba un malestar, o se encontraba en meditación, o debía prepararse para hacer sacrificios a Kad.

Aun cuando la mayoría estaba dispuesta a marchar todavía otro poco, Zor-Ám los instó a descansar para el día siguiente, a lo cual Is-Un se mostró de acuerdo. Todavía se sospechaba una tenue franja de luz sobre el horizonte montañoso, destellos agonizantes ante los cuales los hombres y mujeres echados en el suelo se dejaban seducir. Aunque les resultó difícil encender la fogata, ya que el viento arreciaba, y había empezado a nevar, se mostraban rostros sonrientes y descansados. Alentado porque todavía faltaba para las últimas horas, Is-Un volvió a acercarse al sacerdote, el cual, esta vez, no le negó su compañía. La verdad es que, a pesar de haber renunciado al liderazgo, el semblante del sacerdote lo seguía inquietando, de modo que, de la manera más inocente de que fue capaz, preguntó si se encontraba molesto por su ascenso.

- Cumplimos con los caprichos de los Dioses, hijo de Iv-Ha –respondió Zor-Ám de manera torva- Si hubiera sido otro su designio, hubiera contemplado la visión de la que has hablado, y mi semblante permanecería igual. Otras cosas son las que me impiden descansar.

- Quizás te inquiete cómo serán nuestros días una vez que hayamos llegado. Saben los Dioses que yo lo hago. Somos responsables de todos estos hombres, y no parece cosa sencilla erigir una ciudad. El bosque se extiende justo en medio de las zonas más bajas, que son las más aptas para el cultivo, y las colinas que se extienden por las partes más altas dejan poco espacio habitable.

- Otros son los problemas que me inquietan –dijo con fastidio,

y se retiró a hablar con uno de sus criados.

Pasaba el tiempo, y la noche se presentaba más fría. Is-Un y Zor-Ám, habían dispuesto sus tiendas, para poder resistir mejor la nevada que poco a poco se mostraba más hostil. En la mente de Is-Un no dejaba de rondar el modo descortés de la actitud del sacerdote, y aunque éste había ya revelado parte de sus intenciones de modo sutil, Is-Un no lograba comprender del todo su modo de actuar. Fue así que intentó volver a hablar una última vez con Zor-Ám, para intentar acallar sus pensamientos antes de dormir hasta el día siguiente.

Salió de su tienda y se dirigió a la de su compañero, pasando por entre los animales que también se encontraban recostados. Un murmullo dentro de la tienda del sacerdote hizo que aguzara su oído. Al parecer, Zor-Ám hablaba con alguien, tal vez con alguna mujer o con algún esclavo. Con los ojos cerrados, para concentrar toda su atención en el susurro que llegaba a la parte exterior de la tienda, escuchó:

- Cuando llegemos al lugar de nuestro destino, las gentes reclamarán por un soberano, tomado de entre ese insensato y yo. O lo hará el tiempo, o los Dioses –el sacerdote bajó el tono de su voz, como si fuera un secreto, o tal vez un pensamiento expresado a en voz alta, cavilando sólo para sí-. Sólo uno de nosotros verá la victoria y el honor. Sólo uno encontrará consuelo en la tierra extraña, y robará la gloria de los Dioses. El otro deberá morir.

Tanta fue la indignación de Is-Un, que ahogó un grito de odio. Seguramente algo debió haber escuchado Zor-Ám, porque de golpe se calló y, saliendo de la tienda, se encontró con Is-Un. Como aquella noche, ante el fuego, con la misma expresión de uno y otro. Is-Un con cara descajada, sin comprender; Zor-Ám con expresión concentrada y ambiciosa. El sacerdote comprendió entonces que todas las cosas estaban ya dichas, todos sus pensamientos revelados. Miró a Is-Un desafiante, el cual se alejó rápidamente, mirando atrás cada tanto, para observar a Zor-Ám que no había cambiado su postura.

Esa noche ninguno de los dos pudo dormir. Se acercaba la última jornada de expedición y todo terminaría de alguna manera. La llegada al bosque terminaría no solamente con la compañía que se habían brindado, sino también con la vida de uno de los hombres. Ambos habían demostrado la misma ambición, y el mismo anhelo de inmortalidad, la misma necesidad de controlar a los hombres y a los Dioses; porque también Is-Un había sentido ese llamado, sólo que no se había decidido del todo a escucharlo. Ya no había necesidad de continuar juntos. Pero sólo los dos hombres lo sabían; mientras los esclavos de unos y otros conversaban formando parte del mismo grupo, mientras los niños jugaban amistosamente, como si fueran de la misma familia, los dos hombres sabían que esto no podía extenderse, sólo una jornada más. Los

sentimientos de los primeros días volvieron, la sensación de desprotección, la ignorancia de un futuro que se resiste a hacerse presente. Luego de la marcha no eran más dos sombras, sino una sola, pero con destinos diferentes.

Mientras Is-Un lamentaba haberse alejado de su tierra y de los suyos, Zor-Ám no perdía el tiempo con estas cuestiones. Para él Ak-Zar ya no existía, o nunca había existido. Sabía que Kad no podía crear inexistencia, que todo lo que ha existido debe necesariamente transformarse. Tal vez por eso hubieron sobrevivido, para que su ciudad pudiera ser transformada. Pero, cambiar el futuro y no el pasado se le ocurría una arbitrariedad, es por eso que desde el momento en que ambos padres se juntaron en la inminente madrugada, borró todo su pasado, importándole únicamente su futuro y el presente en el que estaba inmerso. Era la única manera de estar prevenido para lo que vendría. El resto era inevitable, y lamentarlo se le ocurría una insensatez.

En cambio, Is-Un, aun cuando tuviera necesidad de reconocimiento y ambición de gloria, no tenía el alma tan corrompida como el sacerdote y, algunas veces, desde el fondo de un abismo insondable, algo dentro de su espíritu se rebelaba. Momentos en los que un súbito resplandor cubría sus pensamientos, y con ahogada fuerza afloraba su virtud. Muchas veces sintió este impulso, como justo antes de salir de su ciudad, cuando casi mandó que sólo los niños y las mujeres abandonaran Ak-Zar. Pero estas pobres tentativas no alcanzaban a dominar sus demonios (o su ambición) y generalmente se extinguían, dentro del universo oscuro y complejo de su existencia. Su pena era sincera, de modo que juró no dejarse tentar por su espíritu torpe y ambicioso, juró por los Santos Dioses dominar los demonios encerrados en su cuerpo, evitar que dominaran su carne y su intención. Juró, pero esto fue algo que muchas veces hubo hecho.

Así, mientras Is-Un lloraba amargamente pensando estas cosas, a pocos metros de él, otro hombre reía malignamente, por la gloria que vendría para él y para los suyos, si lograba llevar a cabo su plan.

## Capítulo 25

XI

La primera noche que Karuán pasó en el bosque, luego de haber escapado de la jaula en la que había pasado su último día en Sadea, tuvo un sueño que, aun cuando no estaba seguro de lo que significaba, lo acompañó hasta el final de su vida.

Cuando cerró los ojos, el mundo exterior lo abandonó; o, mejor dicho, él abandonó el mundo exterior. Consciente de su sueño, comprendió que no era ya Karuán, el sadeo, descendiente de Is-Un, fundador de su población y de su tribu. Tampoco el hombre que estaba recostado a los pies del árbol al que había hecho una marca. Lejos había quedado la verdad que lo había despertado de un sueño profundo, lejos su esposa y Rhodia, lejos su colina y su condena; pero así debía ser, porque sintió que la única manera de acercarse a ciertas cosas es alejándose, que a veces la respuesta a todo aquello que pretendemos está fuera de nosotros, fuera del mundo.

Sintió el alivio de librarse de su propio cuerpo, únicamente existencia que trasciende el peso de las formas y de la materia. Su consciencia se extendió hacia lugares remotos, quizás inexistentes. Dejó de sentir su rostro y sus manos, su postura compleja debajo del árbol y la leve brisa de la noche. Entró en un lugar donde todo lo que existe es eterno, todo universal y, tal vez, la representación ideal de cada una de las formas que hay sobre la tierra.

La primera de las muchas noches que duró su estadía en el bosque había comenzado con un sueño, como la última de Is-Un en Ak-Zar. Quizás porque, a pesar de todo, en ese lugar se sentía seguro. Nadie se acercaría hasta ese lugar. Se sentía fuera de su propio cuerpo, y pensó, tal vez con desilusión, que no estaba muerto. Un ser humano -razonó- es la unión más o menos perdurable de alma y cuerpo. Intuimos que el alma sin el cuerpo es la muerte; pero ¿Qué sería entonces un cuerpo sin su correspondiente alma? Un cuerpo vivo, que respira, cuyo corazón late, cuyas funciones elementales se encuentran en funcionamiento, recostado bajo un árbol, pero cuya esencia está ausente.

Este sueño lo llevó a un lugar lejano, la cima de la montaña conocida y solitaria. Sintió, y eso lo confundió por unos instantes, el frío de la nieve y la falta de oxígeno. Pudo tocar con algo que no eran sus manos la nieve, y sentir el calor por encima de su ser. Comenzó a

percibir, algo parecido a ver, como una cortina que se corre y deja al descubierto una imagen hasta ese momento velada. Como cuando Kad apenas hubo despertado de su sueño, y contemplo por primera vez el Universo mudable, en el cual las cosas se transforman, donde nada se pierde definitivamente. Tres sueños, como si las revelaciones más importantes no fueran, después de todo, sino ilusiones vanas.

Debajo de la montaña se encontraba el bosque, majestuoso como siempre. Pero había allí un camino, con interminables curvas en uno y otro sentido. El sendero parecía haber sido hecho naturalmente, por el paso continuo de algún ser. A cada lado del camino, el bosque de altos árboles imposibilitaba la visión hacia los costados, lo sabía porque dentro no podían verse las montañas, ni los hombres, ni siquiera el sol.

Del sendero principal y hacia la mitad del recorrido, se desprendían innumerables bifurcaciones y ramificaciones, que complicaban la lectura del camino, sobre todo porque a cada instante nuevos surcos se abrían hacia todas direcciones, igualmente trazados, sólo que instantáneamente marcados. Todo esto a partir de la mitad que se encontraba más cerca. La otra mitad, más alejada de la visión de Karuán, permanecía irremediablemente marcada, fija. Sin cambios ni obstáculos. Fatal.

Allí, hacia la mitad del recorrido de la que surgían las eternas y espontaneas bifurcaciones, Karuán vio a un hombre. Éste transitaba el sendero; del punto exacto en donde se encontraba el hombre, los caminos alternativos seguían creciendo. Detrás suyo la senda parecía estática, inmóvil. Entonces comprendió que ese hombre era él; otro Karuán, como si se encontrara desdoblado, disociado de sí mismo.

Desde arriba de la montaña miró con atención las innumerables vueltas que daba el otro Karuán, dentro del bosque. El camino, de haber sido recto, no debía ser demasiado extenso, aun cuando cruzaba la totalidad del bosque. Sin embargo, tuvo que presenciar como el otro tomaba desviaciones, se paraba en el medio del recorrido para volver sobre sus pasos; lo vio perderse, para luego volver al camino principal. Con cada uno de sus pasos, las posibilidades aumentaban, y se compadeció del hombre que debía transitar sendero tan complejo.

Desde lo alto el camino parecía muy simple, desde abajo tomaba una vida el recorrerlo. De alguna manera lo consoló el hecho de que sin importar el sendero que tomara el otro, el final del recorrido parecía el mismo, su destino permanecía inalterable y la única complicación consistía en el tiempo que tardara en transitarlo. Durante todo el tiempo que contempló Karuán esta escena, el otro volvía (en algún momento) al sendero principal.

De vez en cuando veía desde lo alto aparecer figuras imposibles de definir, parecidas a las bestias que las leyendas decían que habitaban en el bosque. Sin embargo, estos seres resplandecían entre los árboles. Imaginó que el otro podría ver destellos de algo desconocido a escasa distancia. A pesar de todo, éste parecía no desviarse del camino. Cada vez que estos luminosos monstruos aparecían, Karuán miraba instintivamente al otro y al final del recorrido el cual permanecía, a pesar de todo, más o menos constante. Entonces se compadeció de aquellos que desvían su camino para perseguir monstruos resplandecientes que aparecen a los costados del camino.

Allí arriba no existía el tiempo. Comprendió que un día era igual a edades enteras, y las edades eran resumidas en un día. Comprendió que podía ver, en cualquier momento, cualquier tramo del camino del otro. Aquello que es eterno es infinito, y en el infinito no existe el tiempo. El devenir lo sentía sólo el otro; la única manera de transitar un camino es de a tramos, este fraccionamiento produce una ilusión de continuidad y, con la obsesión de los hombres de medir todas las cosas, le adjudicaban un valor determinado a esta sucesión que, desde lo alto, es una imagen perfecta de todo el sendero.

Karuán podía ver todo el camino del otro. Donde acababa, y cada una de las decisiones que el caminante tomaba. Así, podía saber el desenlace de una historia que sólo al otro estaba prohibido, por la cercanía de los árboles y por la angustia de no poder ver sino a pocos metros, ya que a cada vuelta del camino, su visión quedaba bloqueada por el bosque.

Aquél que decidía el camino era sin dudas el otro, pero eso no impedía a Karuán conocer cuál era el sendero que el otro tomaría. Era testigo de toda su vida en un lugar sin tiempo. Comprendió entonces cómo pueden los Dioses predecir el futuro, y que este hecho es posible sin que esto pusiera en duda su libertad. Eran sus propias decisiones las que marcaban el camino, y eso lo liberó.

Se despertó en medio de la noche, y no pudo volver a dormir.



## Capítulo 26

XII

Por fin se encontraban frente a la última jornada. Atrás habían quedado los primeros días de destierro y desazón. La marcha apesadumbrada y la dureza del suelo contra los pies dolidos y lastimados. Mucha había sido el hambre, la tristeza, el azar de la ruta y el odio de los Dioses. El humo que se elevaba en un lejano punto en el que Ak-Zar debía estar situada, había quedado en la memoria de muchos, la manera en que los dos hombres miraban su negrura, como en las mañanas de tormenta, en que las nubes recordaban el final de su ciudad. Los incontables soles que contemplaban en el lejano horizonte, muriendo cálidamente, abandonándolos al frío y al horror.

“¿Cuántas vidas pueden vivirse en una jornada?” se preguntó Is-Un, el cual todavía no olvidaba su ciudad. Mirando atrás, la dualidad que existía entre los pobres hombres que salían al desamparo, extranjeros del mundo y sin lugar donde recostar su cabeza, y aquellos que ahora miraban con ansia creciente el bosque que aparecía delante de sus ojos, se le ocurría como una ficción. Como si no se hubieran ido realmente de Ak-Zar, como si la travesía no fuera más que una aparente caminata en un punto fijo. Se preguntaba si el tránsito entre aquellas personas desdichadas y éstas esperanzadas realmente había existido ¿realmente habían sido verdaderas las últimas semanas? Estas preguntas mareaban a Is-Un, que sentía todo su cuerpo afiebrado, dolorido y cansado. Mucho más que en aquellos lejanos días (o vidas, lo mismo daba) cuando no podía evitar dar vuelta el rostro y sufrir por el destino de sus hermanos. Porque el final estaba cerca, y aun ante la alegría de todos, él sabía que era el final no solamente del peregrinaje, sino de innumerables vidas. Parte de Ak-Zar había salido con los dos hombres esa mañana de invierno; esa parte los había acompañado durante todo el camino, y eso equivalía a decir que Ak-Zar no había muerto del todo. Pero ahora, cuando detuvieran su marcha ese mismo día, los Dioses reclamarían una vida, entonces su ciudad habría muerto definitivamente.

Poco le importaba cuál fuera el vencedor, no pensaba hasta ese momento defenderse de Zor-Ám (que marchaba sereno, pero con los ojos puestos en el bosque), porque le era indiferente quién quedara como triunfador. Su único lamento era la suerte de aquellos que de él dependían, si su vida se veía terminada al llegar a su destino. Los imaginaba afrentados, torturados, esclavizados, incluso a sus propios

hijos, libres de nacimiento en la ciudad que los hubiera respetado, quizás hasta admirado: "Nunca un hijo de Is-Un será esclavo" pensó. Pero poco sentido tenía ahora su sentencia, ya que si moría, nadie quedaría para defenderlos, quedarían a la suerte de los Dioses. Este pensamiento volvió con cierta frecuencia a lo largo del día y, entre plegarias e insultos, rogaba y amenazaba a los eternos por sus descendientes, para que no fueran esclavos.

La procesión continuaba sin parar. Se acercaba la mitad del día, e Is-Un sintió hambre. Quiso detener la marcha unos instantes, pero Zor-Ám no compartió la idea. Quería llegar al bosque, en lo posible, antes de que fuera totalmente de noche; recién entonces comerían y levantarían un improvisado campamento, para decidir al día siguiente cómo habrían de ser los días venideros. Resignado, Is-Un aceptó, puesto que nadie quería ya detenerse nuevamente. Muchos días habían perdido desde que el esclavo llegó de lo alto de la montaña. Demasiados, y lo único que importaba entre los caminantes era llegar a su destino.

Las horas se alargaban terriblemente, sentían el olor a bosque y a sal, y veían con pacífica nitidez sus árboles, moviéndose al compás del viento. Pero, por alguna razón, el lugar parecía alejarse. Como si nunca fueran a alcanzarlo. Sentían en sus corazones crecer la visión, tomar cada vez mayor forma, pero no alcanzaban nunca a encontrarlo. La ansiedad los acompañaba, como lo hace con todos aquellos que se acercan al lugar deseado, cuando los Dioses estiran el tiempo tiránicamente, lo fraccionan en innumerables fragmentos, haciendo de las últimas horas, las más sufridas. "Como los primeros hombres, inmóviles, alejados de Kad, a quien quisieron atacar" pensó Zor-Ám, el cual imaginaba que esta sensación (que pretendía disimular, pero que lo llenaba de fastidio) se debiera a que su plan necesitara todavía algún desarrollo. Como si el tiempo le avisara que algo podía fallar. Repasando en su mente los próximos pasos, buscaba algo que pudiera malograr sus deseos, pero no encontraba nada. Se acercaban al lugar donde forzaría a los Dioses a mudar de parecer. El lugar donde Kad reconocería que Zor-Ám, su único sacerdote, debía ser ensalzado, que a él correspondía el peso de los días futuros. ¿Y si no lo hacía? Lo mismo daba, de cualquier modo el destino de Is-Un estaba en sus manos. Porque ahora lo comprendía, lo había estado desde siempre. Sólo él era dueño de decidir la suerte de su enemigo. Entonces poco importaba de parte de quién estaban los Dioses. Se rió de ellos, de su omnisapiencia. Nadie en todo el Universo importaba, sólo Zor-Ám.

Aunque ahora su ambición se veía retenida por la marcha. Mientras sus ansias crecían, su cuerpo se iba sintiendo pesado. Ya conocía el sentimiento, el mismo que lo ganara antes de quitar la vida a Kad-Jared, en el mismo altar a Kad. La pesadez de las piernas, la impaciencia, el día que se resistía a pasar, el camino que se negaba a ser doblegado por su voluntad. Medio día faltaba aún, como si el sol quisiera escapar en

el horizonte. Pero las montañas lo circundaban y, acorralado, debía esperar a ser alcanzado. Entonces sólo restaba caminar y esperar.

En una ocasión, de las tantas en las que se planteaba estas cosas, alcanzó a ver, un poco retrasado, caminando con pasos cortos y enfermos, el rostro de Is-Un que lo observaba. Sus ojos estaban vidriosos y ajenos, la tez blanca como la misma nieve que pisaban sus pies. Todo su rostro miraba al sacerdote y parecía hablarle. Entonces a Zor-Ám lo movió algo que nunca se habría imaginado: sintió pena por ese hombre. Realmente daba lástima mirar sus ojos llorosos, el terror de su expresión, el halo de indigna resignación que empeoraba la visión que, ya de por sí, era lastimosa. Entonces Zor-Ám entendió que Is-Un no se defendería, que se había entregado a la muerte, de manera anticipada y odiosa. Sintió que algo fallaba dentro de su plan, algo que nunca había tomado en cuenta. La pena que sintió se transformaba lentamente en rabia. Lo consideró un traidor, un pobre insensato sin derechos: por no luchar, por no intentar a su vez matar a Zor-Ám, por quedarse sin hacer nada, por resignarse. Siempre se debe luchar, siempre se debe ganar, torcer el brazo de cualquier fuerza, incluida la de los Dioses, para resultar vencedor. Era ésta la manera de ser del sacerdote, no conocía otras verdades que éstas.

En ese momento, se convenció de que el traidor era Is-Un, y que la pena a la que lo había sentenciado cuando terminara el día era justa.

## Capítulo 27

TERCERA PARTE

SADEA Y CADÁN

I

En medio de la noche oscura y fría, una sombra de mueve cautelosamente. Apenas audibles, el ruido de sus cansadas piernas se le aparecen, sin embargo, como ampliados por el silencio y por la soledad. Sus manos tiemblan por el temor a ser descubierto; sus miembros necesitan apoyo para continuar y, sin fuerzas, atraviesan parte de la noche, lejos del resto. Todavía no está seguro de qué hará, su decisión no es ahora tan férrea como cuando se encontraba frente al fuego, maquinando lo que habría de hacer. A cada paso sentía que estaba a punto de dar marcha atrás, de volver por donde se había escabullido, y entregarse al destino que los Dioses le habían reservado. Pero continuaba, sin saber qué fuerza era la que comandaba su espíritu, mirando a su alrededor, esperando que en cualquier momento el estrépito de sus pisadas atrajera la atención de la multitud.

¿Realmente encontraría fuerzas para hacerlo? No lo sabía, pero tampoco se lo planteaba. Era un hombre caminando en la oscuridad, con la mente en blanco, siguiendo los designios de Kad. Porque aun cuando incontables veces pensó que no lo haría, que su determinación no sería suficiente, que su valor no era tanto como creía y que, por lo tanto, no valía la pena continuar, seguía andando. Esto lo sorprendía. Aun con el temor, no podía dejar de avanzar, aun cuando todo su alma se resistía a la idea. Se alejaba de los hombres, haciendo el camino inverso al que haría cualquier persona sin sus intenciones, camino hacia las montañas.

Creyó oír ruidos, animales o personas que perturbaban (como sus propios pasos) la quietud de la noche. El sudor que emanaba de todo su cuerpo era frío, y le daban estertores que lo obligaban a parar la marcha unos instantes. Sus ojos se habían habituado ya a la oscuridad, sin embargo, poco podía ver. Una neblina que tal vez fuera producto de sus mareos perturbaba su visión, y se veía en la necesidad de extremar las precauciones, al punto en que daba pocos pasos antes de volver a mirar hacia el vacío, hacia el bosque dormido. Cuando estuvo a mitad de camino se detuvo, apoyando sus rodillas en el suelo frío. Suspiró hondamente, queriendo decidirse o infundirse valor. Largo rato estuvo en esta posición, escrutando las estrellas, hasta que, sin haber decidido nada pero resuelto a no perder más tiempo, volvió a su postura encorvada y a sus pasos pequeños y nerviosos a través del silencio cubierto por el viento y por la bóveda de estrellas.

Sentía una abrumadora carga en todo su cuerpo, llamado al sacrificio por una justicia extraña, ajena incluso a los Dioses. Tal vez por esto no supiera si realmente encontraría las fuerzas; porque este sentimiento que dominaba toda su carne en realidad lo impulsaba a obrar de modo indebido frente a Kad y al resto de los Tres Dioses. Aun cuando estuviera quebrando uno de los mandamientos principales, tomaba esta tarea como un deber, y desconocía el motivo. Si lo hubiera sabido tal vez hubiera tenido elección. Pero no la tenía, no conocía el dominio de sus pasos hacia el sur, alejándose de todos. Nada había que pudiera salvarlo de su destino, ni siquiera el sacerdocio que tristemente ostentaba.

Llegó a sentir que toda su vida, la razón la cual los Dioses lo habían puesto en ese lugar se conocería en pocos momentos. Creía, cada vez con mayor vehemencia, que toda su vida se concentraba en ese instante, como si sus días antes o después de esa noche no importaran, como si lo hubieran puesto en esta tierra con el propósito de llevar a cabo la misión que debía completar en ese momento. Una vida puesta al servicio de un instante ¿Y si se resolvía a desistir? ¿Y si al final no encontraba las fuerzas para hacerlo? ¿Tendrían los Dioses contemplada esta posibilidad, o estaban también ellos atados a las eventualidades de los hombres, de su libertad? Pensó que debían ser ellos los que decidieran, como realmente sentía al no ser dueño de sus pasos, determinar el final de todo cuanto estaba haciendo. Entonces recobró algo de la perdida calma, pensando que bien podría no ser el responsable sino, en el mejor de los casos, circunstancia efímera para designios mayores.

Como si sus pensamientos ocultaran algo de verdad, confirmando sus reflexiones, cavilando acerca de estas cosas, logró ver aquello que buscaba. Recostado en el suelo o tal vez dormido. Las cosas resultaban sencillas, todo estaba saliendo mejor de los que se había atrevido a esperar. Con nadie se había encontrado; la noche era clara, aun cuando sus ojos se resistían a ver el horizonte nebuloso y cruel. Cuando estuvo más cerca observó otra figura, también acostada. Era de

esperarse, por lo que fingió indiferencia.

Se acercó sigilosamente, tratando de ganar la espalda de los dos seres. Sus nervios se encontraban adormecidos, incapaces de discernir el movimiento de su cuerpo que, sin embargo, seguía moviéndose maquinalmente. Trataba de imaginar el final, pero desconocía cómo habría de terminar todo. Creyó estar poseído por algún demonio, uno que lo obligaba a realizar acciones de las cuales no se sentía del todo responsable.

Cuando sus pasos se detuvieron, los dos bultos oscuros se encontraban delante, ambos de espaldas. Sacó el puñal que utilizaba para los sacrificios. Lentamente llevó una de sus manos al rostro del primer cuerpo y, como si estuviera viendo una escena fuera de sí mismo, como si no fuera realmente él quien realizaba esta acción, vio un puñal clavarse en la espalda del hombre cuya boca estaba apretando. Sintió el puñal retorcerse en la espalda del hombre, tal vez para penetrar más profundo, presenciaba el asesinato extrañado, desconcertado. Mirando desde lo alto un crimen que no estaba cometiendo, sino presenciando. Extraña era la calma de la mano al entrar en el cuerpo, extraño el movimiento que realizaba, como si lo hubiera hechos miles de veces, extraña también la sensación de poder que sentía y, sobre todo, la frialdad con la que esas manos depositaban la cabeza sin vida en el suelo.

Pero la otra persona oyó algo, y comenzó a despertarse, mientras el muerto era arrastrado unos pasos más lejos, donde no pudiera ser visto (al menos no inmediatamente). Totalmente despierto, el otro hombre se irguió de golpe:

- Sacerdote Arkún –dijo con voz torpe y queda- ¿Qué hace su excelencia cerca de las prisiones?

- Los Dioses han querido que venga a ofrecer al prisionero la respuesta a sus acusaciones –respondió una voz lejana que el sacerdote reconoció como propia, pero cuya calma lo sorprendió.

- Bajo órdenes de Kud-Ram estamos, esperando a la mañana, en donde la respuesta de los Dioses conocerá él en persona. Entonces vendrá a buscar y comunicará al prisionero sobre su sentencia –dijo el vigía, sin notar todavía la ausencia de su compañero ni el bulto sin vida que se encontraba a unos pasos.

- El comerciante Kud-Ram debe creerse una persona cuya voluntad es mayor a la de los Dioses, si les ha dado tales instrucciones –respondió el anciano con evidente fastidio-. Sólo respondo a la voluntad de Kad, y él ordena que el prisionero sea visitado antes de su condena.

Karuán se encontraba despierto, pensando en su futuro del día siguiente, cuando lo sorprendió un ruido apenas audible a sus espaldas. No le sorprendió que tal vez Kud-Ram se acercara a cerciorarse de que su deseo fuera cumplido. Inmediatamente escuchó un gemido agonizante, que no esperaba, y su atención se desvió entonces en el hombre encorvado que se encontraba afuera, apoyado en un bastón. Arkún vio por última vez el rostro del prisionero contra la puerta de la prisión, antes de volver a clavar el puñal en el guardia restante. Luego abrió la cárcel y vio cómo su protegido se retiraba hacia lo profundo del bosque, pero vivo.



## Capítulo 28

### II

Las primeras estrellas empezaban ya a aparecer en un cielo azul ennegrecido, lideradas por una luna redonda y perfecta, sólo manchada por algunas nubes que poco tenían que ver con aquellas tormentosas de todo el día. La noche estaba calma, sin viento, mejor de lo que podía esperarse en las primeras horas del día, cuando se acercaban al bosque, hasta la bendición de encontrarse con su humilde devenir. Aun cuando en la oscuridad poco podía apreciarse, a pesar de la luna llena que dibujaba vagas sombras en los árboles, seguía siendo un lugar irreal, sacado de la mente de los Dioses y evidentemente reservado para los más amados de los hijos de Kad. Is-Un se maravillaba todavía de la belleza del entorno, mirando con ojos perplejos la grandeza del espejismo. Hasta parecía que ciertas notas surgían desde el fondo mismo de la tierra virgen y dividida por las aguas que tranquilamente se alejaban de las montañas. Aun cuando desde el lugar donde se encontraba no podía ver el mar del otro lado, si cerraba sus ojos, concentrándose, podía escuchar el sonido monótono que sobrepasaba las alturas, llegaban hasta él apaciguados e hipnóticos, cargados de un profundo olor salitroso. Escrutó el semicírculo rocoso, y creyó que en su parte más sur, en la parte más baja y rodeando el bosque, el sonido del mar contra la piedra debía ser más evidente, y no pudo esperar a internarse en aquellos lugares para sentir aquella sensación.

Mientras Is-Un se retrasaba imaginando estas cosas, tal vez creyendo que no debía disfrutarlas de cerca, como si hiciera falta cierta distancia para que la visión fuera perfecta, Zor-Ám se adelantaba hasta la primera fila de árboles. Por un instante olvidó a su enemigo, incluso a sus esclavos, hijos y mujeres, y se dejó maravillarse por la grandeza de la visión. Supo por qué los dos hombres que se habían adelantado a ver el paisaje habían quedado tan enamorados de aquél lugar. Incluso a él, a quien sólo el camino importaba, y nunca se había detenido a mirar paisaje alguno, creía que era éste un lugar distinto. Aunque tal vez inconscientemente, su calculador espíritu siguiera imaginando un sinfín de posibilidades, y mientras alababa secretamente la visión de la que ahora formaba parte, escrutara el interior del bosque, calculando cuán frondoso podía ser, para ajustar su plan. Así, lo impresionaba no sólo el parco resplandor que la luna llena daba a las copas de los árboles, sino también la sublime disposición de los éstos, que resultaban perfectos para sus maquinaciones. Como si ambas partes de su alma se maravillaran de igual forma, en pensamientos opuestos y enfrentados en algún lugar de su

interior.

En medio de la conmovedora visión, sintieron que por fin habían llegado. Uno a uno fueron aminorando la marcha, hasta que el último de ellos se detuvo frente a la extensa hilera de árboles. Del mismo modo en que fueron deteniéndose, comenzaron a sentarse en el suelo o a estirar sus piernas, pero con la mirada fija en el bosque. De ahora en adelante ésa sería su morada. Comenzaron a apropiarse del lugar apenas hubieron llegado. Con este sencillo acto, terminaban todas sus penas y todas sus desilusiones. Habían parado para no volver a marchar. Cada uno a su manera, miró en algún momento al cielo para agradecer a los Dioses el final del camino.

Mientras la procesión se distraía animosamente en estas cuestiones, los pensamientos de Zor-Ám lo llevaban a otros parajes. Mirando alrededor, vio las numerosas personas que ya nada esperaban, las cuales se habían olvidado, juntamente con sus penas, los mínimos requerimientos necesarios. Habían alcanzado el destino, pero el camino no había terminado, sino comenzado. Enérgicamente dispuso a algunos de sus hombres que prepararan campamento lo antes posible, a algunos de los hombres de Is-Un que juntaran algunas ovejas de su rebaño, otras de las de su amo, para disponer la comida que habrían de tener esa noche. A algunos otros ordenó que bordearan los pies del bosque ("Sin penetrar en él, pues es lugar santo") y buscaran cualquier peligro que la zona pudiera tener, fueran bestias, humanos o Dioses, y que el resto de los que quedaban se turnaran para la vigilancia. A las mujeres les pidió que juntaran madera para los sacrificios, con el propósito de santificar el lugar, y de no ofender a los Dioses, quienes no habían recibido ofrenda desde aquél día en que el esclavo fue enviado a lo alto de la montaña. Pidió a Is-Un que se uniera en la plegaria, como el otro Padre, libre y responsable por el resto. Los niños y los animales podían descansar del trajín de tantos días y de las vidas que se habían perdido.

Is-Un cavilaba en silencio, como presa de sus pensamientos. A la voz de Zor-Ám, obedeció sin presentar quejas; tranquilamente se incorporó, intentó mirar todo cuanto pudo: sus hijos, las montañas, el ruido quedo del mar, las estrellas invadiendo el negro cielo, cada cosa podía ser lo último que vieran sus ojos. El sacerdote, sin embargo, no parecía el hombre del día anterior. Propuso a Is-Un hacer un sencillo ritual, en el cual habría de conocer la voluntad de los Dioses en los días venideros. El otro se mostró de acuerdo, aunque desconcertado. De este modo, las cosas fueron llevadas a cabo de acuerdo a las intenciones del sacerdote, comieron los que no estaban ocupados con las tareas asignadas, y luego se dispusieron a realizar el ritual en el cual conocerían los pormenores de su futuro en un lugar que todavía era montaña y bosque, estrellas y río.

## Capítulo 29

### III

Kud-Ram se encontraba en el apogeo de su reinado. Había abierto rutas comerciales con muchos pueblos, convirtiéndose, para su deleite, no sólo la envidia de Cadán, sino de muchas otras poblaciones. Sus riquezas aumentaban y el esplendor comenzaba a notarse en la aldea, juntamente con la opulencia que el soberano pretendía para su ciudad, en una muestra pasiva de su fuerza y de su grandeza. Uno de estos pueblos a quienes la nueva abundancia de Sadea no resultaba grata era el sebeo. A pesar de la tensión que esta ciudad mantenía con Sadea, los comerciantes del lugar se sentían conformes con el nuevo rey, con quien habían tenido contacto fluido en otras épocas y, a pesar de que este lazo se encontraba roto dadas las nuevas obligaciones de Kud-Ram, aquellos esperaban volver a encontrarse con él.

Así, antes de que terminaran los primeros calores de un verano auspicioso, un comerciante, devenido emisario de todos aquellos que se dedicaban al comercio en Sebea, llegó a las puertas del nuevo rey, pidiendo reunirse con él.

Como era de esperarse, éste se negó a recibirlo, y mandó que cerraran las puertas de su ciudad (que comenzaba a amurallarse) para evitar la entrada del intruso, bajo pena de muerte por los Dioses. Pero el invitado insistía en ver directamente al rey, añadiendo que traía de su pueblo información que podía considerarse valiosa acerca de la situación de Cadán. Aun cuando su nueva posición le recomendaba fingir no haber conocido nunca a estos hombres, inferiores a él en riquezas y poderío, su mente seguía siendo la de un simple comerciante, sabía lidiar y pensar como ellos. De manera que estaba al tanto de que el hombre recién llegado no desistiría, y que lo que le había reservado no era una nimiedad, pues el viaje desde esta ciudad no estaba exento de peligros, y nadie se hubiera atrevido a hacer ese trayecto si no tenía algo bueno que ofrecer. No tuvo otra alternativa que dejarlo pasar, lamentando tener que recordar una vida de la cual quería ahora verse libre. Más allá del desprecio que pudiera sentir por esta persona, le rebelaría, estaba seguro, algo que tal vez no pudiera conocer de otro modo.

El hombre se acercaba con una sonrisa desagradable en el rostro pálido, con pequeños y nerviosos pasos, acercándose al trono que una vez fue de Arkún, y ahora pertenecía al hombre que ostentaba el doble título de rey de Sadea, y Sacerdote de los Dioses. El altar mantenía

su antigua majestuosidad, y había sido modificado con más pomposidad que buen gusto, para el hombre que, cuando murió el sacerdote Arkún, e inmediatamente después de su coronación, se autoproclamó sacerdote del culto a Kad.

- Kud-Ram –lo saludó el hombre.

- No debes pronunciar el nombre del Rey, puesto que está prohibido, reservado tan sólo a los mismos Dioses, del cual es el máximo sacerdote –contestó uno de los guardias, al cual el hombre miró con ojos extrañados.

- No era mi intención ofender al Gran Rey –fue su respuesta. Inmediatamente agregó, con tono malicioso-. Sucede que nos conocemos de hace tiempo, cuando su nombre no estaba prohibido sino a los cadeanos.

- Mucho cambia el Hombre que los Dioses ponen por guía del pueblo, Ad-Ered –respondió Kud-Ram con fastidio, mirando de reojo al guardia, señal que éste comprendió, mostrándose con el invitado aún más hostil. También el comerciante comprendió, porque inmediatamente cambió su postura y su vocabulario.

- Noticias os traigo desde mi pueblo –siguió Ad-Ered, haciendo una patética venia- que pueden ser de utilidad al vuestro, magnánimo rey.

- Habla, y serás recompensado por tal servicio –dijo el rey con voz fría.

- Preferiría que vuestra excelencia me permitiera el honor de hablar en soledad. Importantes son las nuevas que de tan lejos os traigo, y ningún beneficio saco yo de ello, salvo el serviros a vos y a vuestra gente, debiendo contentarme sólo con la promesa que tan desinteresadamente habéis ofrecido, Gran Rey –dijo el hombre. A pesar de que tanto el tono como el modo de dirigirse a Kud-Ram, así como la reverencia de la cual todavía no se había desprendido, le daban un aire entre sumiso y estúpido, se había arreglado para dar a entender a Kud-Ram que la información valía mucho, y esperaba que la paga fuera lo mejor posible.

- Habla primero, luego veremos si la información que prometes vale tanto como piensas –respondió Kud-Ram.

- Conoce su excelencia a Pélibe, el Principal del Consejo de Ancianos de la ciudad de Cadán –Ad-Ered miro al rey, el cual no se inmutó todavía-. Hace semanas, vuestro enemigo realizó un viaje a nuestro pueblo, con intención que os revelaré. Se comenta que se reunió con el

Sacerdote del Templo, el cual ostenta las funciones de Rey temporalmente. Dícese que formaron un acuerdo, y que nuestra ciudad cederá al pueblo de Cadán cuanto menos quinientos soldados, puesto que planea invadir vuestra grandiosa ciudad, con ánimo de destruirla.

En una fracción de segundo, mientras intentaba ocultar su sorpresa y los latidos crecientes de su corazón, comprendió que su decisión de hacer pasar al comerciante había sido la mejor, ahora sólo restaba que Ad-Ered le dijera el tiempo del cual disponía antes de ser atacados sin dar demasiado por tal información.

- Nuestros propios hombres han descubierto los planes del enemigo, desde antes de que salieras de tus tierras, y nuestras defensas han comenzado ya sus preparativos.

Ad-Ered, lejos de sobresaltarse, sonrió; esperaba esa respuesta de un comerciante, sea lo que fuere que hubiera de decirle. Era su profesión vender su mercancía y sabía, por propias fuentes, que nadie en toda Sadea esperaba un ataque durante su apogeo, cuando las murallas que de a poco empezaban a aparecer parecían disuadir a los pueblos de esta actitud. La respuesta de Kud-Ram no hizo sino confirmar su desconocimiento. Hizo una breve pausa, como para que el rey se sintiera más en confianza, y agregó:

- Quizás vuestra excelencia desconozca que, según en nuestra propia ciudad se comenta, no es el propio Pélibe el que comandará los ejércitos, ni siquiera un cadeano, sino un extranjero, al cual le hubieron perdonado la vida.

Esta vez el rostro de Kud-Ram no pudo evitar mostrar su turbación, hecho que inmediatamente comprendió Ad-Ered que, a la búsqueda de su recompensa, reanudó su relato, y un poco de su anterior insolencia.

- Por lo que he escuchado, provino del bosque que separa las dos ciudades. Se sabe que tiene contra ustedes gran animosidad, y que no descansará hasta verlos destruidos, y bajo el yugo de Pélibe, para el cual el extranjero trabaja, ha de recamar el trono al que se cree con derecho. También se comenta que frecuenta a una niña, nieta del Principal del Consejo, con la cual me han jurado que ha de casarse, quedando, una vez que sus enemigos sean muertos, en posesión de los dos reinados, de los cuales pretende erigirse como único soberano.

La figura de Kud-Ram se ensombreció de un modo terrible. Pensó en Karuán, pero consideraba imposible que hubiera sobrevivido tanto al bosque como a la mano de los cadeanos. Aunque las circunstancias bajo las cuales había escapado permanecían, todavía, oscuras; preguntas que lo habían atormentado durante largos años, y

ante las cuales había aprendido a ceder, porque nunca tendría la certeza de qué fue lo que realmente sucedió. El sacerdote, avergonzado por haber guardado la vida al prisionero más de lo que los Dioses recomendaban, dejándolo libre para su escape, se había ahorcado el día posterior a conocer que el traidor había tomado la vida de dos guardias que respondían a Kud-Ram y escapado. Según parecía, el sacerdote nunca se perdonó el no haber ejecutado inmediatamente a Karuán, por guardar demasiado celo en los rituales, hecho por el cual ofreció su vida para evitar que el castigo se extendiera a toda Sadea.

Pero el nombre de Karuán no se había escuchado en mucho tiempo, vedado casi tanto como el del propio rey. Fue así que Kud-Ram lo dio por muerto, enterrando su recuerdo con todo el pasado anterior a su coronación. Mientras el recuerdo de su rival asediaba su mente, un ruido lejano lo sacó de su aislamiento, recordó al comerciante y, para no demostrar todavía más de lo que seguramente había revelado ya, dijo al guardia: "Acompañen al amigo de nuestro pueblo, y denle la recompensa que estime propicia por pago a su servicio". El guardia inclinó su cara en señal de respeto, y escoltó al hombre hacia la puerta, el cual sintió finalmente que su largo viaje había valido la pena,

## Capítulo 30

IV

### COSMOGONÍA DEL DIOS KAD: TERCERA EDAD

Cuando la Llave de los Abismos fue recuperada, Kad creó al hombre para encarcelar a los demonios, y evitar que volvieran intentar despertarlo de su sueño. Así, por sexta vez se escuchó la voz del Dios. Fue así que seres salidos del barro mismo de su llanto se irguieron; seres que no eran ni bestias ni Dioses, sino una extraña mezcla de ambos. Nada en su complexión endeble demostraba la importancia de la tarea para la cual fueron creados. De estatura baja, desprotegidos, sin disposición para la vida terrenal, tendientes al martirio y a la autoflagelación, a éstos seres se les encargó la custodia de los demonios.

De este modo, los demonios habitaron al hombre por muchos años. Los seres malignos no podían escapar, puesto que todas sus maquinaciones y destrezas perdían solamente al ser dentro del cual habitaban. Infundían en sus presas envidias y codicias por sobre todas las conocidas en el sueño del Dios, pero éstas no alcanzaban a los Eternos, sino que simplemente precipitaban a los hombres a su propia muerte. Dada las características que dominaban la Creación; ante la imposibilidad de ser aniquilados, una vez muertos los animales que los contenían, la falta de forma física los obligaba a errar como espíritus, malignos, pero sin acceso al mundo de las formas.

Los demonios, indignados por el oprobio, arremetían salvajemente sobre sus cárceles de carne, les gritaban e insultaban toda suerte de vilezas, queriendo liberarse de su encierro. En gran número sucumbían los hombres en estos tiempos, ante la implacable malicia de los demonios. Sin embargo, al comprender la complejidad del designio de Kad, y ante la posibilidad generar su propia extinción, aquellos se vieron en la obligación de reducir la rudeza de sus ataques. Con astucia, viendo que estos seres eran tendientes a los placeres, generaron otro tipo de vicios, como el del placer por el goce carnal, de suerte que se reprodujeran en tal número, que pudieran ellos perpetuar su existencia. Como el hombre fue creado por cárcel de los demonios, con cada ser humano, era creado un súcubo. No era posible que un hombre existiera libre del ser que estaba destinado a custodiar. De esa forma el número de hombres creció en tal número, que los demonios se reían de los Dioses



por la manera que habían encontrado para subsistir.

Como contrapartida, Kad dotó a estos seres entendimiento, para que pudieran defenderse de los artilugios de los demonios. Les dio también ciertos instintos, para que pudieran seguir sus impulsos, los cuales debían estar inalienablemente unidos a su juicio. Pero para el momento en el que Kad tomó estas medidas, era ya demasiado tarde. Los hombres se reproducían rápidamente, y ganaban cada vez más territorio. Se asentaban en donde encontraban lugar, expandiéndose a ritmo vertiginoso, hasta hacerse dueños de todo aquello que el sueño de Kad había creado.

Fue entonces cuando se ensoberbecieron. Se vieron diferentes del resto de las criaturas que habían sido creadas, los únicos capaces de pensar, los únicos cuyo intelecto justificaba cada uno de sus impulsos animales. Entonces el mal que en ellos habitaba los convenció de marchar contra los Dioses, robar para ellos la Llave de los Abismos, y completar una tarea largamente esperada. Tanto era el número de los hombres ahora que sobrepasaban en mayor medida la de la última lucha, y creían los demonios que nadie detendría su avance en la conquista de todo lo que existe.

Fue así que los hombres formaron un ejército. Todos los creados por el sueño de Kad salieron al encuentro de los Tres Dioses, ayudados por los demonios, los cuales instruyeron a los guerreros sobre cómo hacer armas que hicieran daño a los Dioses, cosa que hasta ese momento no existía. Fuera ilusorio o no, el Universo debía ser protegido, por lo que Kad comandó a los otros dos Dioses que se escondieran en un lugar sólo conocido por ellos tres, y partió sólo al encuentro de los Hombres.

Aquellos cargaron contra Kad, de modo tan cruel que ante el primer ataque salió el Dios tan lastimado que casi muere, o despierta. Tal fue la fuerza de su embestida, que el sueño de Kad oscilo, de manera que algunos de los seres creados, dejaron de existir. Kad quiso contraatacar, pero los demonios estaban protegidos dentro del número de hombres, y aquellos mismos resguardados por la ley que no permitía generar inexistencia.

Viendo esto, los dos Dioses no quisieron esperar a que Kad fuera atacado. Habían aprendido que los demonios no podían controlarse fácilmente, y que no podían dejar sólo a su creador, el que seguramente perecería en la solitaria gesta. Gas-Kan (Dios del Espacio y del Tiempo) entonces partió el tiempo en infinitos tramos, de suerte que los hombres, para recorrer la distancia que los separaba del Dios, debían moverse a través de lo eterno, debiendo recorrer constantemente el infinito espacio en un tiempo finito, generando inmovilidad. Por su Parte, Or-Dan (Dios de los que es Justo) los dotó de memoria, para que pudieran recordar por

siempre el peso de sus acciones. Mientras todas estas cosas eran hechas, Kad se ocultó de la vista de los Hombres, a la espera de los otros dos, que todavía luchaban contra los hombres.

Una vez reunidos los tres, y decididos a no intervenir más en las disputas de los hombres y de los demonios, permanecieron por siempre ocultos a los ojos de toda la Creación, la cual desde ese día no volvió a ver el rostro de los Tres Dioses.

Desde su escondite, Kad dejó sonar su voz una última vez, para crear un último ser, superior a los hombres, pero inferior a los Dioses, el cual tuviera por reino el centro mismo del mundo, al cual destinó a toda criatura luego de su muerte. De esta manera conviven hombres y demonios, luego de que terminaran sus días en la Tierra, en este infierno, lleno del mismo fuego de los demonios, y donde en otros tiempos tuvieron su escondite. De este modo condenó en igual medida a ambos. Cerró las puertas de los infiernos, y él personalmente ostenta la llave, de modo que ninguna carne pueda llegar a sus dominios, sólo las almas.

En lo que respecta al hombre, la memoria de esta batalla quedará plasmada por siempre en su corazón corruptible. Recuerda momentos en donde la presencia del Dios le daba seguridad y consuelo. Su ausencia se mostró a partir de ese momento como triste angustia por su soledad, y en náuseas provenientes de su responsabilidad en la ausencia de los Dioses de toda la Creación; condenados como estuvieron desde ese momento a los infiernos, a los demonios que debían custodiar (los cuales hasta el día de hoy susurran palabras de odio y de rencor), a su inteligencia que los conducía a las virtudes para la que fueron creados, y a sus apetitos que los guían a lugares contrarios, al enigma del tiempo y del espacio. Fue así que se trasladó la lucha de todo el Universo, a la de un hombre, la de cada hombre. Cada cual debe luchar hasta el fin del sueño contra el demonio que limita su esencia, y encontrar en ese complicado azar a la que sus decisiones los llevaron, un justificativo para sus días y para la ausencia del Dios escondido.

De este modo, con la ausencia de los Dioses y la angustia del hombre, terminó la Tercera de las Edades del Mundo, la cual dura hasta nuestros días.

## Capítulo 31

V

Como si por medio de artilugio hubieran escogido el día más frío para iniciar la marcha, el ejército de Karuán Sadeo se preparaba para dirigirse al pueblo enemigo. Antes del alba, la mayor parte de los hombres se encontraba ya fuera de las puertas, despidiendo a los suyos, recogiendo sus armas o llorando por su destino. Karuán se encontraba merodeando la entrada, antes que cualquiera de los hombres comenzara a alistarse, cuando la mayoría todavía dormía; de modo que lo primero que vieron las tropas que poco a poco se dirigían a las afueras de la ciudad, era un hombre sentado en el suelo, con la mirada perdida, mirando hacia el bosque. De alguna manera, daba la impresión de que se encontraba en trance con el bosque en el que había vivido, y lo cierto era que con él estaba conversando. Como en aquellos lejanos días en Sadea, cuando la brisa de la tarde le traía consuelo.

Sólo que ahora no hablaba, se limitaba a escuchar el rumor de los árboles, con los ojos cerrados, inquiriendo en el lejano silbido por palabras que desconocía. Pensó en Iv-Ka, secretamente le pidió perdón por lo que habría de hacer, aun cuando no hubiera otra solución. Expiar sangre con sangre, odio con dolor. Casi reconoció el viento frío del amanecer que nacía. Así, sin moverse de su posición, esperó a que los cadeanos fueran terminando sus despedidas, y se prepararan para alistarse y comenzar la marcha.

Mientras salían de las puertas de la ciudad, iban ubicándose en el lugar que les correspondía, como lo habían determinado los días anteriores. Los últimos en llegar fueron los caballos, sin carga, para evitar que el cansancio fuera demasiado. Aunque el trecho que les esperaba no era extenso, las innumerables colinas, ascensos y descensos del terreno podían cansar a hombres y a bestias, con lo que convenía que cada uno viajara lo más ligero posible.

Rhodia (al igual que Karuán) no había dormido. Recostada en su lecho, esperaba la trompeta que marcaría el tiempo límite para los soldados. Luego, iniciarían la caminata. No reconocía la hora de la noche, la cual hubiera sido, de cualquier manera y bajo cualquier circunstancia, eterna. Desconocía dónde se encontraba Karuán, pero aun de haber sabido que se encontraba fuera de la ciudad, no estaba segura de haber ido a su lado. Todavía seguía molesta por el modo en que se había dejado convencer por Pélibe. aun así, no soportaba la idea de no verlo partir: por

eso, en señal de castigo, esperaría a último momento para despedirlo, el cual no llegaba, teniendo que luchar constantemente contra sus deseos de correr a sus brazos. Igual que en el bosque que los presentó, también ahora se sentía extraviada, presa del mismo pánico, y su instinto buscaba al ser que le brindaba protección. Pero esta vez, la sensación de soledad era causada por el mismo ser que en el pasado la había ayudado a superarla, sin el consuelo que le brindaba su padre.

Porque había decidido que era su padre, mucho más que Pélibe, por lo pronto. Era Karuán el único ser que la había entendido, sentía por él mayor cariño que por cualquiera de las personas de su aldea. Era él su protector y su descanso. Y partiría a la guerra en unos momentos. Deseó tener como padre a Karuán, como madre a la mujer que había ocupado todo el amor de su protector, deseó encontrar ella misma algún hombre que la quisiera como Karuán había venerado a Iv-Ka. Porque el solo retrato que hacía de ella daban a Rhodia momentos de extraña tranquilidad. Lamentó no haberla conocido, parecía una mujer ("y lo era", le había dicho Karuán) digna de ser conocida.

Lo curioso es que creía conocerla, y la consideraba, a su vez, más madre que la propia, amedrentada por Pélibe, el cual no hacía sino desdeñarla por haber cometido la imprudencia de ser mujer, y haber dejado la descendencia de Zor-Ám vacía de varones en los que continuar el linaje.

En medio de estos recuerdos el esperado llamado se empezó a escuchar. De repente, partiendo de manera omnipotente la madrugada en dos, como dictaminando arbitrariamente el final de una jornada y el comienzo de otra. Entonces Rhodia salió corriendo, alejándose de su lecho para alcanzar a Karuán.

Mientras tanto casi todos los hombres se encontraban en posición. Aguardaban entonces a Pélibe, para que los despidiera finalmente antes de partir. Antes de ocultarse el sol debían reunirse con las almas cedidas por los sebeos, en la última noche, antes de encontrarse con las paredes de Sadea. Karuán se había ya incorporado, y miraba detenidamente al bosque, el cual ocultaba, hacia su otro lado, la ciudad que una vez fue la suya, y la de su esposa. Pensando estas cosas no vio a Rhodia, que se acercaba corriendo, conteniendo unas lágrimas que de cualquier modo se escapaban cayendo por sus mejillas. Cuando lo alcanzó, se abalanzó sobre él con tal inercia, que casi caen los dos.

El silencio volvió a repetirse, como cuando el desconocido se había presentado a las puertas de la ciudad, y la nieta del Principal del Consejo de Ancianos se había acercado al enemigo. No era sencillo para aquellos hombres admirar el cariño que estos dos seres se profesaban, y hubo quienes dudaron de las intenciones de Karuán con respecto a la heredera del Consejo y, si la expedición salía victoriosa, tal vez del mismo

trono de Cadán, conjuntamente con el sadeo, el cual le correspondía. Karuán apretó profundamente a Rhodia, pero con la mirada todavía puesta en el horizonte. Sus ojos enrojecieron y sus manos temblaron, luego miró a la niña una última vez. Finalmente sus ojos se encontraron, contemplándose largamente.

Cuando los primeros rayos comenzaron a intuirse delante de ejército, Pélibe salió de las puertas de la ciudad, sonriente y con ánimo jovial. Esperó tranquilamente a que Rhodia se despidiera de Karuán, entonces comenzó a hablar a su pueblo:

- Hijos de Cadán. Recuerden siempre este día, en el cual empezará la marcha que terminará con la victoria sobre nuestros enemigos. Recuerden siempre que son los elegidos de los Dioses, que los hombres de todos los poblados mostrarán reverencia a nosotros y a nuestro pueblo. Mostrarán la gloria de los Dioses, la grandeza de esta tierra, la superioridad que los pondrá por señores de todas las naciones. A nosotros rendirán tributo, y ante sus picas y flechas morirán los sadeos, ofrecidos como tributo a los Dioses Eternos. Marchen ahora, a la guerra y a la victoria.

De tal manera el ejército cadeano, liderados por Karuán, el sadeo, salieron de su ciudad.

## Capítulo 32

VI

- El ritual es sumamente secreto, y no será a la vista de los no instruidos –dijo Zor-Ám solemnemente-. No veo, en esta tierra virgen, lugar donde esconder el sacrificio de los que son indignos de presenciarlo. Sólo el bosque que ha soñado el Dios para nosotros. De modo que con Is-Un me internaré entre los angélicos, para realizar el holocausto que nos dará protección en los días que vienen.

Is-Un miró fijamente al sacerdote, que sonreía. Había aceptado ya los términos de Zor-Ám, pero en su rostro se reflejaba un horror y un desprecio incomparables. La trama que había ideado secretamente empezaba ahora a mostrar su fin. Lo llevaría dentro del bosque, para matarlo en secreto, lejos de la mirada de aquellos que habían ya mostrado suficiente lealtad, allí cuando comenzó el desenlace que terminaría de consumarse en unos instantes.

Al acercarse, sus pasos se le ocurrieron los mismos que daba cuando salían de Ak-Zar; sólo que esta vez conocía exactamente su destino. Le pareció paradójico que las cosas se dieran de este modo: semanas enteras rogó a los Dioses que el camino le fuera revelado, cuáles serían las pisadas que habría de dar, cuáles sus pensamientos, y dónde terminaría la marcha. Ahora lo sabía, pero sentía que sus fuerzas no podían soportar el peso de la verdad. Le habían negado el conocimiento del desenlace hasta ahora, cuando se disponía a terminar con su vida. La angustia que sentía al principio fue lentamente (como sus pasos) convirtiéndose en tristeza sombría, por fin conociendo ciertos aspectos abismales de la existencia, que nace desde el fondo del ser, y que termina en cuanto se comienza a comprender sus designios.

El resto de los presentes miraba alternadamente al sacerdote, a Is-Un y al bosque. Ninguno decía nada, pero dentro de sus corazones una tenue duda había empezado a ganar sus ideas. En el rostro de Is-Un podían leerse infinidad de sentimientos, su cara mostraba una turbación que ya en otras oportunidades habían visto. Los que estaban sentados de frente al bosque, empezaron a notar la trama oculta de la historia de sus dos guías, algo que en ningún momento habían compartido con nadie, pero que se presentía. Entorno de ellos, desde que salieron de su ciudad; ésta se agravó en el momento de la ofrenda hecha por Zor-Ám, allí donde la montaña se eleva, hasta terminar con la sumisión de Is-Un. Lo vieron acercarse con miedo, temblando, como un animal dispuesto a ser

ofrecido.

Para los esclavos de Zor-Ám, ésta era una sensación del todo normal. Conocían a su señor, y sabían que no había en su voluntad lugar para la compasión. Sabían también que no era difícil cumplir sus órdenes, porque la autoridad que emanaba de él era extremadamente fuerte, y ciertamente no alguien como Is-Un sería capaz de vencer sus mandamientos. Sin embargo, sentían algo de pena por el hombre que con resignación caminaba hacia Zor-Ám, y no pudieron evitar sentir tristeza al ver aquella persona por la cual habían sido salvados, alejarse de los suyos, para obedecer a los Dioses, para cumplimentar las órdenes del sacerdote. A medida que se acercaba a Zor-Ám, lentamente se engrandecía la figura de Is-Un, tomando un resplandor singular, llenando de admiración incluso a aquellos que estaban bajo el yugo de su adversario, incluso entre aquellos que quisieron matarlo cuando la revelación fue manifiesta.

Por fin, Is-Un llegó a los pies del sacerdote. Años parecían haber pasado, en las cuales había envejecido completamente. Cuando sus pies se detuvieron, levantó la mirada y observó el rostro sonriente de Zor-Ám, con las manos juntas, entrelazadas, decidido a esperar tranquilamente todo el tiempo que hiciera falta para humillar a su rival, aquél que debía morir. Apaciblemente le pidió que juntara los maderos a ser trasladados al bosque, dispuesto por Kad para generaciones futuras. Así lo hizo Is-Un, también ceremoniosamente, ante el desenlace inevitable. El sacerdote, por su parte, tomaba las cuerdas de dos animales que se presentarían para la inmolación, y lentamente comenzaron la marcha hacia los árboles.

Los ojos de todos estaban fijos en los hombres que se dirigían a la espesura. Tal vez con la idea de que sólo uno regresaría, y con la sensación de saber cuál de los dos sería el que saldría de la negra cortina de árboles. Aunque nadie se atreviera a confesarlo, ni siquiera a ellos mismos. A medida que los hombres se alejaban, pensaban en la ironía de ver a sus dos principales, ambos hombres libres, realizar semejante camino, el cual no se hacía desde los antiguos padres (antes de que los hombres se asentaran, cuando erraban sin rumbo en busca de abrigo y de comida), para enfrentarlos a muerte cuando hubieron llegado en el lugar en el que sus pisadas terminaban. Todo ese recorrido para nada. Muchos de aquellos hombres tuvieron que reconocer, no sin cierta pena, que no hay, en realidad, nadie que sea verdaderamente libre.

Is-Un miró a lo alto, a la verde hueste de ángeles, a los gigantes que se alzaban al negro firmamento, y algo de aquella imagen lo amedrentó más que cualquier otra cosa, más aún que su propia muerte. Precipitadamente reanudó su inevitable marcha, ante la multitud que los miraba. Maldijo fuertemente al bosque, el cuál desde entonces, ninguno



de los que de él dependían y a lo largo de las generaciones, se atrevieron a cruzar.

## Capítulo 33

VII

A lo lejos podían verse los débiles puntos luminosos de las antorchas, flameando contra el viento que se levantaba desde septentrión y que parecían, a la distancia, reflejo de las luminarias nocturnas, esparcidas tanto en la tierra como en el cielo. A los sadeos subyugó esta visión, aun cuando el miedo comenzaba a expandirse por la ciudad. En silencio esperaban, mientras a la distancia, débiles rumores empezaban a hacerse audibles, magnificados por el eco y el silencio de la noche. Sin duda los cadeanos estarían a las puertas de Sadea antes de que saliera completamente el sol. Aumentando de manera sepulcral la cautela de los defensores, la oscuridad de esa noche extraordinariamente cerrada, ocultaba la visión del bosque, de modo que las antorchas que doblaban, rodeando los árboles, aparecían de repente, como si algún hechizo hiciera que se materializaran frente a la ciudad a punto de ser sitiada, como si del atroz manto negro aparecieran mágicamente luces preparadas para la masacre.

Por su parte, los cadeanos miraban al horizonte y encontraban luces parcas, ensombrecidas y tenebrosas. Como un vaticinio veían, a medida que transcurría el tiempo, aparecer delante suyo, y de espaldas a los sadeos, los primeros albores de un amanecer tenue y todavía lejano. Karuán marchaba en silencio, montado en un caballo de gran porte. De hecho, era el único que iba montado, el resto continuaba todavía a pie. Él mismo subió al caballo sólo cuando las primeras filas de hombres pasaron el último recodo del bosque, lugar desde donde los sadeos sin duda podían verlos. Desconocían si la ciudad sabía de la invasión, sólo Karuán presentía que los sebeos habían cometido la indiscreción de reunirse con Kud-Ram. Pélibe se lo había confesado, cómo casi por casualidad comentó acerca del heredero de Sadea entre sus filas, e infundir (si sus sospechas eran ciertas) más temor entre los enemigos, que sabrían con escaso tiempo de la invasión, así como del general que la comandaba. Y Pélibe estuvo en lo cierto. La desesperación de los sadeos se debía tanto al hecho de que, en el desorden propio de la toma de armas apresurada, sin esa suerte de organización espontánea que se da con los hechos imprevistos, el heredero de Is-Un se había unido a la causa cadeana, lo que parecía predestinar el final del linaje y de la ciudad.

La luz acrecentaba su intensidad, junto con una niebla espesa, a ras de suelo, que hacía que las luces de las antorchas aparecieran y desaparecieran conforme las elevaciones del terreno. Podía intuirse ya el

contorno del bosque y de las montañas, negras sombras dentro del sueño de un Dios. Poco a poco podían descifrar ciertas imágenes, hombres marchando, algunos con banderas a lo alto, destellos de luz roja contra los uniformes todavía precarios de los soldados; una figura extensa, de casi el doble de la altura de un hombre, se acercaba primero que todos con una serenidad que aún entre las sombras, admiró a los sadeos por la simpleza de su porte.

Las primeras filas de sadeos esperaban la aparición de su rey. Algunas voces dentro de las murallas comentaban que se encontraba reunido con el intérprete en el templo, para ganar el favor de los Dioses antes de que comenzara la matanza. Lo cierto es que nadie sabía dónde se encontraba, y no eran pocos los que, recordando la antigua valentía del comerciante, alzaban los ojos al cielo pidiendo que el tiempo y el cargo que desempeñaba la hubieran acrecentado; de otro modo creían (sobre todo los que lo habían conocido mejor) que deberían prescindir de la presencia de su rey, que bien podía encontrarse en otra ciudad, huyendo del destino de su pueblo. Pensaron entonces que, sin importar la posición de un hombre, ni cuánto tiempo lleva desempeñando su cargo, el pasado no huye de nosotros por nuestra voluntad, y seguimos siendo esencialmente los mismos.

Pero, luego de un tiempo, sobre un caballo tal vez un poco menos hermoso que el de Karuán, apareció el rey desde los establos. Llevaba aparatosos ornamentos en un uniforme que pretendía ser deslumbrante, pero que dificultaba tanto su movilidad que no creía poder moverse dentro de batalla, aunque tal vez fuera ésa su intención. Cabalgó velozmente hasta los primeros hombres, apostados en el lugar que les correspondía, por fuera de las puertas de la muralla sin terminar. Cuando sobrepasó a todos, suavizó el impulso de su carrera, hasta parar completamente, dedicándose a esperar. Intranquilamente, mirando únicamente una figura, la más extensa de todas dentro de las huestes rivales, pretendía descifrar el enigma que se había presentado desde que Ad-Ered se había presentado insolentemente delante de su trono. Esta inquietud le había quitado el sueño en los momentos de mayor debilidad, sin reconocer ni siquiera a sí mismo el temor que le generaba el fantasma, el espectro que volvía a la vida de modo obstinado y cruel. De modo obsesivo, sus ojos se fijaban concentradamente en un asombro que se acercaba triste, una sombra que poco a poco la luz del amanecer empezaba a develar. Poco importaban en ese momento los demás hombres, ni el destino que pudieran correr, tampoco su trono ni su poder. Todo había desaparecido, a nada ni a nadie veía sino a la figura a la cual todavía no podía reconocer.

Los cadeanos y los sebeos que marchaban, veían nacer el sol, justo por delante de Karuán, y lo tomaron como una señal de grandeza y victoria. El astro de fuego comenzaba a ascender con la oscura figura del sadeo en medio de su potestad, como si fueran uno o como si pudiera

controlarlo. Esto comentaban algunos sebeos entre ellos, felices de un botín que creían ya asegurado. Resurgieron en sus recuerdos de niños la leyenda de un bravo guerrero, llamado Guntak, el cual, contaba el mito, fue el hombre más temible y respetado de la historia. Pero ese que marchaba a caballo era real, no una fábula; podían verlo moverse entre las piedras, el vaho de su respiración ansiosa salir de su boca apenas entreabierta, y bromeaban entre ellos acerca de cómo serían las mujeres sadeas, a las cuales pensaban forzar apenas hubiera caído la ciudad.

Las tinieblas se habían replegado completamente, y los ejércitos casi enfrentados. Kud-Ram no se movía de su sitio, a la espera de una confirmación que venía con sus enemigos. Por detrás del rey se encontraba el resto de los sadeos, solos. Ninguna de las alianzas que Kud-Ram había cultivado durante su reinado se presentaron en su ayuda. O las distancias, o el bajo número de hombres disponibles, o la urgencia. Del mismo modo, la mayor parte de los alimentos y animales que se encontraban dentro de la ciudad eran producto de acuerdos comerciales; casi nada producían directamente, en su carrera por convertirse en una de las mayores potencias de los lugares vecinos, no pudiendo soportar un sitio demasiado largo. Sus provisiones eran escasas, y la época resultaba fría para las labores que no podían comenzarse sino hasta dentro de muchos meses. Además de todo esto, las murallas que estaban comenzando a levantarse, incompletas, dejaban resquicios sensibles al sitio. La única chance que tenían era enfrentar la batalla en campo abierto. Kud-Ram lo sabía y la falta de alternativas definió su posición. Incluso el hombre designado para interpretar la voluntad de los Dioses (a pesar de ser el máximo sacerdote del culto a Kad, había nombrado al sucesor de Arkún como intérprete adventicio, puesto que su vocación no estaba ordenada sino a concentrar el poder) se había atrevido a aconsejarle que "procurara compartir la suerte de sus súbditos, evitando así un final indecoroso, no sólo para el magnánimo rey, sino de toda la ciudad de Sadea y de sus Dioses".

Cuando terminó de ascender por la colina, la misma que en otros tiempos supo ser su lugar de contemplación, Karuán miró por primera vez la ciudad de Sadea. Sus ojos se acercaban reconociendo el suelo que pisaba su caballo. Pero, salvo eso, el polvo y la hierba, todo parecía distinto, las murallas a medio terminar empobrecían la visión que antes había sido armónica, y hoy resultaba violenta. Las caras parecían nuevas, jóvenes. Y delante de todos, una figura montada. Cuando terminó de posar su vista sobre éste, por primera vez se encontraron los ojos de Karuán y de Kud-Ram.

Algo golpeó fuertemente el alma del rey, una sacudida interna y visceral, como si desde el fondo de un vacío absoluto y perpetuo, tiraran de sus carnes. Creyó que se desmayaría, pero a fuerza de voluntad logró mantenerse sobre su animal. A pesar de haber pasado este momento todavía persistían los mareos, la vista nublada y deformada, el sudor frío,

la angustia, el ahogo, la falta de aire que aumentaba con su ridículo disfraz. Los temblores que ya no podía ocultar, el embotamiento de su cerebro de comerciante, la desesperación, el espanto.

Conoció así en la oscura figura iluminada por el sol, a Karuán.

## Capítulo 34

### VIII

Dentro del bosque la oscuridad era casi total. Is-Un caminaba con el fuego prendido, traído desde la fogata encendida por los esclavos de Zor-Ám, y santificado por éste. Por delante suyo caminaba el sacerdote, tomando por sogas a los animales escogidos para el sacrificio. Caminaba rápidamente, como si supiera el lugar exacto donde se dirigía, pasando por entre los árboles que, conforme se adentraban a la negrura, parecían más bajos, cercándolos, o simplemente más atemorizantes. Ante la prisa del recorrido, Is-Un apenas podía con su carga, maravillándose de la espesura del bosque que, de no ser por la antorcha que llevaba como podía, hubiera quedado completamente a oscuras.

Mientras se acercaban a lo que parecía ser el centro del bosque, y se escuchaba cada vez más claramente el sonido del río, Is-Un imaginaba y trataba de prepararse. Pero estaba claro que en cada oportunidad que se había presentado, el sacerdote había mostrado una destreza singular, y a pesar de todas las precauciones que se vio obligado a tomar a lo largo del viaje, aquél siempre encontraba la manera de expresar sus intenciones de un modo que Is-Un desconocía, sintiéndose inferior a aquél en cuanto a la sutileza y habilidad con que había planteado sus estrategias. Una cosa era segura, Zor-Ám no lo dejaría salir de allí con vida. Debía haber una razón para que sólo los dos se internaran en el bosque, para su caminar decidido, como si no tuviera que preocuparse por los animales que pudiera encontrar en el camino, bestias o monstruos dentro de los árboles. Una vez más sintió admiración por el sacerdote.

Llegaron finalmente a un lugar bastante claro, donde el suelo se encontraba menos poblado, formando un pequeño círculo por donde se filtraba la luz de la luna, y en donde bien cabrían algunas personas. Allí se detuvo el sacerdote. Comandó a Is-Un a que acomodara los maderos de modo que pudieran hacer una fogata, mientras él se encargaba de los animales. Is-Un terminó primero y, como mostrando su conformidad o su entrega, se acercó a Zor-Ám, que terminaba de degollar el último animal, y lo ayudó. El sacerdote se levantó con rostro inexpugnable y duro, como hacía tiempo no veía. Caminó hasta el centro del círculo desprovisto de árboles, y vertió cansinamente algo de la sangre de los animales a la madera todavía sin prender, recitando unos cánticos que esta vez Is-Un comprendió a la perfección. Cuando la hoguera estuvo prendida, permaneció un rato contemplando el fuego que poco a poco comenzaba a

expandirse por el montículo de madera. Cuando la luz y el calor que emanaban de la pira eran suficientes para iluminar el círculo entero en donde los dos hombres se encontraban, apartó sus ojos del fuego. Mientras tanto Is-Un miraba a su compañero contemplar abstraídamente el rojo calor que crecía, de nuevo como aquella primera noche. No se turbó cuando requirió nuevamente su ayuda, para sacar de los animales el cebo necesario para realizar el sacrificio.

Terminaron la labor y mientras agregaban el cebo todavía caliente de los animales muertos, el sacerdote oficiaba otros cánticos, que hablaban de las tres edades de los Dioses, de cómo Kad había engendrado todo lo viviente, y el movimiento continuo de las cosas. Salvo las cabezas, todo lo que quedaba de los animales fue arrojado al fuego. Entonces Zor-Ám se dedicó a esperar. Todavía no estaba decidido; había algo que lo contenía. El sacerdote sabía que, de no ser él, sin dudas lo haría Is-Un, aun cuando ahora pareciera aceptar un destino que creía fatal. Era cuestión de tiempo para que se enfrentaran inevitablemente, pero había un sacrificio que no estaba seguro de estar dispuesto a realizar. Sentía la mirada de su contrincante, le sentía parado a sus espaldas, sabía que esperaba la embestida, como una bestia, esperaba que saltara encima suyo para matarlo. Podía sentir el miedo y la concentración de todo su pobre espíritu. Esperaba la menor reacción, entonces se defendería. Aun cuando estuviera resuelto a morir, esa parte de nosotros que lucha cuando nosotros no podemos, en un mecanismo que nos es imposible dominar. Era ésta la parte que Zor-Ám veía despierta en Is-Un, más alerta que nunca.

Los pocos leños que Is-Un había cargado hasta donde se encontraban empezaban ya a consumirse, pero el sacerdote no lograba el valor para decidirse. Pronto debía tomar una decisión, o perdería para siempre la oportunidad. El fuego mermaba y las sombras palidecían, haciéndose casi una con la oscuridad del ambiente. Imaginó a Is-Un, desahogado en lo alto de la montaña, a punto de descubrir todo, a punto de arruinar toda su vida, de dar a conocer que el sacerdote de Kad, proveniente del pueblo de Ak-Zar, era un fraude, y un asesino. El agudo grito de un murciélago hizo eco entre los árboles. Entonces se decidió.

Esperó todavía unos momentos, hasta que alguna brisa pasara por donde se encontraran. Is-Un seguía esperando el ataque del sacerdote. Pero éste no atacó, sino que empezó nuevamente a recitar los mismos cánticos que al principio, mientras ordo murciélago comenzó a silbar. Is-Un estaba inquieto.

Zor-Ám se levantó tranquilamente, suspirando de manera honda, mirando el rostro de Is-Un, que se había replegado un poco, con una actitud defensiva, pero de creciente fiereza y concentración. El



sacerdote se mantuvo alejado de él. Desde lejos, le dijo:

- Hijo de Iv-Ha, he hecho una consulta al Todopoderoso Kad, el cual, conforme a mi petición, me ha contestado.

- ¿Cuál ha sido la respuesta del Dios? -preguntó Is-Un agazapado, dispuesto a atacar, o a perderse entre los árboles, a los cuales se había acercado inconscientemente.

- El Dios demanda sacrificio, pero ninguno de los que hasta ahora le hemos ofrecido. Su favor ha sido grande desde que nos fue avisado por el sueño de la invasión de los meucos. Grande ha sido su merced para con nosotros, que hemos escapado de la muerte. El olor de los animales ya no saciará más la ira de Kad. Sacrificio humano reclaman los Dioses. Si no obedecemos la orden que viene de lo alto, grande será la destrucción de todos los que con nosotros han iniciado el camino de salvación, y de nosotros mismos.

El corazón de Is-Un latía con fuerza. Para ganar algo de tiempo, mientras miraba alrededor furtivamente, preguntó:

- ¿A quién ha señalado los Dioses como animal para este sacrificio?

El sacerdote hizo una extensa pausa, decisiva. Luego, con tono exhausto, comentó:

- Debes escoger entre una de tus esposas, con su niño, o si así lo prefieres, una que se encuentre encinta. Solo una de estas dos ofrendas calmará a los Dioses, ninguna otra cosa. Tienes dos noches, sin contar ésta para realizar tu elección, a la tercera será reclamado el sacrificio.

La extrañeza de Is-Un fue tal, que se sintió a punto de desfallecer. Esperaba una fiera dispuesta a atacarlo, a despedazar cada uno de sus órganos; en cambio se encontraba con este hombre cansado, con semblante austero, de espaldas a los restos de un fuego agonizante, que lo obligaba a tomar una decisión. Había trasladado los roles, y ahora Is-Un debía convertirse en verdugo. El alivio repentino y abrumador de no tener que cuidar su propia vida cayó de golpe sobre todo su cuerpo, el cual le dolía terriblemente, mezclándose con el mareo de las últimas palabras del sacerdote. Zor-Ám volvió a hablar:

- Debes saber, Is-Un, que lamento la decisión que debes tomar. La voluntad de los Dioses difiere de la mía, y quisiera ayudarte en todo cuanto te sea preciso. Nadie habrá que lamente más que yo la difícil resolución que por Kad y el resto de los Inmortales se te requiere -dijo el sacerdote con voz quebrada, mirando tristemente a Is-Un, que permanecía erguido, inmóvil, con los brazos colgando a los costados de su

cuerpo inerte y sin expresión.

Miró entonces al sacerdote, todavía mareado. No sabía si las palabras habían sido ciertas, pero comprendió entonces la magnitud del sacrificio que de él se pedía. Fueran los Dioses o su sacerdote, habían puesto en él un peso que le era imposible soportar. Pensó abalanzarse sobre Zor-Ám, matarlo, de cualquier forma estaban solos en el bosque, nadie salvo ellos sabían lo que había sucedido. Pero el cansancio era demasiado. Había gastado todas sus fuerzas en la incursión en el bosque, y aun ahora sus parpados se cerraban involuntariamente. Descubrió también que, consumidos los maderos y apagado el fuego, su único arma era la oscuridad, y el de su oponente un cuchillo con filo suficiente para cortar el cuello de los animales de una sola vez. Lejos de los suyos, no había posibilidad de defenderse, y más lejos había quedado la resolución de dar su vida.

Sin importarle ya si las palabras eran ciertas, pasó al lado del sacerdote, nuevamente derrotado, y se internó entre los árboles, perdiéndose de vista en la oscuridad.

## Capítulo 35

IX

Pélibe tomó con serenidad las hierbas que utilizaba hacía años, cuando todavía no era la persona más importante, y era sólo un sacerdote del Dios. En sus habitaciones, el fuego encendido daba a las penumbras un aire sepulcral. Tranquila, pero cuidadosamente, seleccionó un par de sus hojas y las arrojó al fuego. Con sus ojos cerrados, tratando de poner su mente en blanco, aspiró el fuerte olor de la hierba con todos sus pulmones; dejó que el humo llene todo su ser, sintiendo la conocida irritación en la nariz y, antes de exhalar profundamente por la boca, inclinó su cabeza hacia atrás, preparándose para la visión, la cual, como de costumbre, no tardó en venir.

Dentro de un campo de hierbas bajas, en cuya virgen vegetación se reflejan las sombras de nubes esparcidas tranquilamente, una pequeña ternera pasta alegremente, de espaldas al sol y a las montañas. Solitaria en medio del forraje, el pequeño animal se ve cercado por grandes árboles que surgen de la nada, aumentando a velocidad creciente, aprisionándola en su interior. La ternera comienza a correr, sin encontrar sosiego para el tormento en el cual se siente encerrada.

Con asustados mugidos apenas audibles al silencio del día, llama desconsoladamente, sabiendo que nadie hay para escucharla. Desesperada intenta salir del lugar donde se encuentra, pero el laberinto marrón la atrapa con obstinación creciente. Desde el centro del laberinto, un león escucha el triste lamento del animal, y corre a su encuentro. Con pasos pequeños y sigilosos, los ojos concentrados, se acerca a la ternera. Inmóvil a la espera de una señal, el león y su presa encuentran sus miradas. La ternera, al verlo, cesa en sus lastimosos quejidos, atraída por la fuerza que emana del portentoso animal. Ambos se acercan tímidamente; el león, doblando sus piernas, casi en señal de reverencia, termina por recostarse en el suelo, con la mirada vuelta hacia la tierra. A su vez, la ternera imita el gesto del bravo león, y ambos duermen entre los árboles.

El león despierta al cabo de unos momentos, en los cuales la ternera desaparece. Ocho veces cantó el cuervo antes de que el león se eleve. Cuando lo hizo, un rugido estruendoso sale de sus fauces. Ante esta señal, los árboles vuelven a ser pasto verde y tierno. Sobre este manto corre, en dirección al sol, que muere a la distancia. Mientras se va acercando a las sombras que se ven a lo lejos, un rebaño de ovejas

parece distraído en una ferviente lucha. Sin notar al animal que corre hacia ellos, enfocados únicamente en la lucha caótica y siniestra, el rebaño se lastima sin tregua. Desde lejos el león suelta otro rugido, ante el cual las ovejas dejan de luchar, y se sientan en el mismo suelo de la batalla. El león alcanza finalmente al resto de los animales y, una a una, va devorando a las ovejas ante el ceremonioso silencio y reverencia del rebaño. Por último, cae el león, el cual se funde con la tierra.

Cuando el Principal del Consejo de Ancianos volvió en sí, el humo casi se había disipado. Cierta euforia lo dominaba, extrañaba esa sensación. Pensaba en Sadea constantemente, en atacarlos y destruirlos. Desde que mataron a una de sus esposas, la más querida por él, había jurado vengarse. Años más tarde, cuando también el esposo de su propia hija fue asesinado brutalmente, armó un pequeño ejército para atacar inmediatamente la ciudad rival; quería tomar cuantas vidas fuera posible en compensación por las que había perdido, sobre todo por Gírope. Era él su sucesor dentro del Consejo. Si podía, lo vería coronado rey, larga dinastía de hombres mandarían en Cadán. Por este motivo lo había adoptado e instruido en algunos de los ritos básicos. Llevaba su linaje y el destino de su tribu. La falta de heredero lo había forzado a tomar esa decisión, pero ahora, sin Gírope, su casa moriría definitivamente con él.

Rápidamente se vistió con su túnica, y salió precipitadamente hacia el templo de Kad. Mientras salía a la noche, pensaba en su fortuna y en la posibilidad de victoria. Pensó en Is-Un, saliendo de su morada en la legendaria Ak-Zar, camino a ver a su propio antepasado, para que éste revelara su sueño. La traición a Zor-Ám, provocada en parte por el celo del sacerdote, por la grandeza de su corazón, que albergó a Is-Un aun cuando éste fuera vil y cruel. Pensó en redimirlo, en corregir el curso de una historia injusta. Is-Un debía morir, pero los Dioses guardaron su vida para que pudiera atacar la virtud intachable de Zor-Ám. Como éste no había sido desagraviado, la única solución era exterminar a todo su pueblo, para satisfacción del sacerdote del cual descendía.

Cuando llegó al templo, entró sin tomar los recaudos necesarios para entrar en el lugar santo. Normalmente lo hacía por condescendencia, para marcar un ejemplo; pero ahora la prisa era tal, que no se detuvo siquiera a pensar en su proceder.

- Levántate, sacerdote. Tengo que comentarte la visión que he tenido, para que podamos conocer su significado –dijo rápidamente Pélibe, sacudiendo a un anciano en casi todo igual al él mismo, salvo que sus arrugas mostraban un peso menor, y sus ojos rebelaban algo de bondad.

- ¿Quién se atreve a despertar al sacerdote de los Dioses?

–respondió el hombre, evidentemente molesto.

Pélibe se quedó un momento callado, mirando tranquilamente al hombre que recién comenzaba a despertarse; cuando finalmente lo vio, se estremeció por los ojos de Pélibe, y esa tranquilidad que, aun ahora, siendo ambos ancianos, lo amedrentaba, como cuando eran niños. Pélibe cerró sus ojos y respiró profundamente, intentando hablar con calma:

- Hermano mío –dijo- no olvides que soy el Principal del Consejo, descendiente de Gálaba, y el Supremo Interprete de los Dioses. Y si acudo a ti no es por la pericia con la que desempeñas tus deberes, sino para que puedas dar a la libertad y al cargo que te he concedido un uso más provechoso para ambos.

- Perdóname, hermano, no sabía que eras tú –contestó el sacerdote temeroso, incorporándose y sin mirar a Pélibe.

Inmediatamente el más viejo comenzó a relatar los pormenores de su visión, de manera animosa. Sabía él mismo el oculto significado de la imagen, pero necesitaba la comprobación de una persona ajena a sus maquinaciones. Su hermano era, a pesar de todo, la única persona en la que confiaba, y sólo a él acudía cuando necesitaba una opinión o un consejo.

- Dentro del bosque tendrán lugar raros acontecimientos –dijo el sacerdote cansinamente-. Hay alguien, o lo habrá, dentro de él, que ha de salvar a una criatura dentro de su espesura. Pero el bosque lo atraparé, y lo tomaré por hijo. Pasados ocho veranos volverá, y será puesto por señor de ambos pueblos. Ambos harán su voluntad, pero el tiempo es largo para que todas estas cosas pasen –hablaba esperando la confirmación de Pélibe, aguardando su anuencia, con el temor de decir algo que fuera contrario a los pensamientos de su hermano, quien seguramente sabría ya, tal vez mejor que él mismo, la interpretación correcta de la visión-. Si esperas a que se cumpla el tiempo, cesará la guerra entre nuestros pueblos, a manos de aquél que vive en el bosque.

- También yo lo creo –dijo parcamente-. Agradezco tu ayuda, hermano. Puedes ahora volver a tu descanso.

Ante la mirada celosa de su hermano, salió sin despedirse por el mismo lugar por el que había entrado, pensando cuál sería la manera más cautelosa de armar sus pensamientos.

Más tarde esa misma noche, antes del amanecer, pudo verse la sombra de un hombre que se movía lenta pero firmemente, en dirección al bosque. Llevaba una larga túnica que reflejaba los opacos

destellos de una luna creciente, y de un cielo salpicado de estrellas. Jadeaba entrecortadamente por el agotamiento y, entre sus brazos finos y blancos, podía verse también la pequeña sombra que, dormida, era conducida por el viejo a la negra masa de árboles que se movían contra el viento.

## Capítulo 36

X

El amanecer del segundo día tuvo para Is-Un, una carga atroz. Esa noche debía realizarse el sacrificio propuesto por Zor-Ám, y todavía no decidía cuáles serían sus pasos. No estaba seguro de la veracidad de los dichos del sacerdote –nunca lo estuvo, desde que lo convenció de salir de Ak-Zar-, pero a pesar de toda su angustia parecía sincera. Por otra parte, pudiera haber intentado matarlo dentro del bosque, que a partir de ahora consideraba maldito. Seguía sin comprender por qué no lo había hecho. Imaginó que tal vez no fuera sencillo para un sacerdote de Kad, salir del bosque sólo, sin la compañía con la cual había entrado. Debía temer entonces a los esclavos de Is-Un, que habían demostrado fidelidad a pesar de toda la desolación en la que estaban inmersos. Tampoco debía estar seguro de cuál pudiera ser la reacción de sus propios esclavos y gente, los cuales mostraban por Is-Un un respeto que había crecido con el tiempo.

De modo que tal vez lo único que hubo evitado que se abalanzara sobre él como esperaba, era el miedo a la venganza de los que se encontraban fuera del bosque. Pero, en ese caso, ¿Para qué montar un sacrificio falso? Si sabía que a pesar de sus intenciones no era conveniente matarlo ¿Por qué lo había hecho penetrar en el bosque? ¿Con qué propósito? ¿O es que tal vez no se había decidido a hacerlo, arrepintiéndose a último instante? Todo era posible dentro de las maquinaciones del sacerdote, puesto que su astucia era solamente igualada por su cobardía, y sabía que no habría de arriesgarse más de lo que su pernicioso espíritu considerara indispensable. ¿Por qué, entonces, había hecho en los últimos dos días tantos viajes dentro del bosque? ¿Qué buscaba? Todo esto ignoraba Is-Un, no sabiendo si confiar en el sacerdote o resignarse a entregarse a su merced.

Sin embargo, Zor-Ám no le había quitado la vida, aun cuando estaba dispuesto a ofrecerla casi voluntariamente. Pensó entonces que tal vez no le gustara una presa que no luchara, que el motivo principal para el sacerdote era doblegar cruelmente a quien fuera puesto por sacrificio, hasta la muerte, o la locura. Le exigía algo que no estaba dentro de sus posibilidades, entregar a una de sus esposas y a uno de sus hijos. ¿No era eso equivalente a matarlo? Aún peor, porque lo hacía partícipe de esa muerte, consciente de su decisión, algo que se asemejara a un suicidio en el cual, luego de la muerte, sobreviniera el poder de observar la catástrofe



y el desgarrador espanto de la pena a la cual estaba condenado.

Era Is-Un a quien quería, no le importaba ni sus esposas ni sus hijos. Era Is-Un quien debía morir, de eso estaba seguro. ¿Cómo haría entonces para ver muerto al objeto de su ira? ¿Qué ganaba Zor-Ám con este sacrificio? Nada había por seguro, había dejado la decisión a manos de su rival, lo cual se le ocurría como una imprudencia. Tal vez él no quisiera hacerlo. Quizás fuera su intención desde el principio, forzarlo a resistirse, y convertirlo en blanco del vituperio de todos. Entonces se abalanzarían sobre él, y de ese modo quedaría libre de la sangre de su enemigo y de la venganza del pueblo. Ésta era la posibilidad que se le presentaba más cercana, la única con algo de lógica dentro del sinnúmero de preguntas que se había hecho en los dos días que siguieron a su travesía dentro del bosque. Pero eso quería decir que lo forzaría a dar aquello que el sacerdote requería, para seguir con vida. Y estaba también la posibilidad, en este caso, que decidiera acceder. ¿Cuáles serían sus pasos luego? Porque estaba seguro de que el sacerdote no era persona que dejara las cosas al azar. No dejaría ninguna posibilidad de error. Le había dejado el poder de decidir cómo continuaría la historia, y esto era algo que no comprendía.

Seguía acostado en su campamento, esperando a que el sol saliera para poder fingir nuevamente que estaba vivo, igual que los días anteriores. Casi no había dormido, y había resignado la comida, ante la sorpresa de sus esposas y sus esclavos. Entre ellos se preguntaban qué sería lo que forzaba a Is-Un a permanecer todo el día echado en su lecho, rehusando incluso la unión con sus esposas. Cada vez que uno de sus esclavos se acercaba, echaba a los pobres hombres a los gritos, hasta el anochecer, en donde volvía los ojos, sin dormir; fingiendo descansar mientras dentro suyo un cataclismo amenazaba con arrebatarse el espíritu.

Antes de que pudiera levantarse se escuchó un grito espantoso, parecido a un lamento o a una increpación. Nuevamente sus recuerdos lo llevaron a Ak-Zar, a los gritos que allí debían haberse escuchado, pero esta vez no le dio la importancia de otras veces. Era todo ya inevitable, y sólo faltaba descubrir de qué manera le tocaba morir. Se quedó escuchando los gritos, que se repetían ante el silencio de la mañana. Una última vez escuchó las voces, pero esta vez algo sacudió su alma, el temor de que pudiera estar en presencia de su muerte, de algún modo que desconocía, pero que procedería del sacerdote. Rápidamente se adelantó, bañado en el mismo sudor frío al que estaba ya acostumbrado, y con energía corrió hasta fuera del campamento.

Localizó enseguida a Zor-Ám, que se acercaba furiosamente, con rostro desencajado, acompañado por cada uno de los hombres y mujeres a su cargo, cargando palos y piedras, o simplemente con el ánimo de sus puños levantados. Comprendió que venían a buscarlo, y

sintió que nuevamente la trama de Zor-Ám había sido perfecta, puesto que todavía desconocía el motivo por el cual habría de entregar su vida. La cólera del sacerdote era monstruosa, gritaba histéricamente, con la voz enronquecida por un desprecio que era, a pesar de las circunstancias, genuino:

- ¡Asesino! Mataste a mi mujer por venganza a la petición de los Dioses. Cobarde, despreciable ¿Por qué tomaste sangre ajena? ¿Acaso la deseabas, es eso? ¿O quisiste reemplazarla por la que los Dioses te han quitado?

Is-Un no comprendía, pero empezó a adelantarse con ánimo indignado. También las personas sujetas a su mando salieron al encuentro del sacerdote. Todos los presentes pudieron ver el cuerpo inerte de una mujer, a la que Is-Un reconoció como una de las esposas del sacerdote. Pero, ¿Era posible? De pronto lo comprendió todo. No le había dado elección; fuera cual fuera su decisión, se había encargado de que resultara irrelevante. Sólo había tenido que hacer un sacrificio él mismo para tomar la vida de Is-Un sin peligro para la suya, conservando el respeto de los suyos y, si tenía suerte, también de la gente de Is-Un. Entre todos podrían encargarse de él, y quedaría como el héroe que siempre había pretendido ser. Quería ponerse por señor de todos los que estaban presentes, conservando su dignidad, pero para hacerlo debía generar hacia Is-Un un odio que superara cualquier otro. Aunque su plan tuvo entonces una falla y, para desgracia suya, no lo consiguió.

Los que estaban a cargo del inculpado no comprendían completamente lo que sucedía, principalmente porque el rencor y el odio que reflejaba el rostro del sacerdote era sincero. No sabían que, desde aquella noche frente al fuego, cuando llegó a su puerta, Zor-Ám había alimentado un resentimiento y un desprecio tan incontenibles, que finalmente explotaron de modo salvaje. Miraban a Is-Un con desconcierto, sin saber de parte de quien ponerse, hasta que una de las mujeres, que tenía un genuino cariño por su señor, salió a defenderlo de la afrenta.

- Mi amo ha estado largamente en su lecho, desde que volví contigo del bosque –gritó a su vez- en ningún momento salió de su tienda. Lo sé porque largamente espero poder dispensar a mi señor los cuidados que se merece. No sé, víbora, lo que has dicho en ese bosque maldito, pero que no es algo bueno lo sé porque viene de ti. Has enfermado a mi señor con tus maquinaciones, sólo quieres robarle la vida.

De este modo despertó el resto que, dando lugar a la mujer, se adelantaron con ánimo violento, contrario a los deseos del sacerdote. Este hecho lo llenó de ira, y escupió:

- De noche habrá salido de su tienda, para atacar posesiones ajenas. La culpa es suya si no vigilan a ese asesino, y si lo defienden.

Ante los Dioses que manejan el Universo serán malditos por todas las generaciones.

Cuando hubo dicho esto, sus esclavos se adelantaron en busca de Is-Un, sólo los esclavos, Zor-Ám y sus allegados se quedaron en el mismo lugar desde donde el sacerdote había hablado, sin formar parte de la lucha que comenzaba. También los esclavos de Is-Un salieron al combate. Mientras se enfrentaban, ambos hombres se miraron. Muchas semanas habían pasado desde su huida, incontables contratiempos, y ahora el final se precipitaba sobre ellos, "como siempre -pensó Is-Un, reclamando sangre-". Sin pensar en las consecuencias salió a la carrera, a defender a los suyos. Hombres propios y ajenos salían a su encuentro, unos para ayudarlo, otros para matarlo. Así, tomó la vida de por lo menos cuatro esclavos, sacando finalmente el puñal con el cual convivía desde que comprendió que el sacerdote buscaba su muerte

Los hombres de Zor-Ám eran superiores en número; quiso la suerte que la mayor parte de las muertes en la travesía las sufriera Is-Un, siendo que las del sacerdote estaban casi intactas, y avanzaban terriblemente mientras los otros retrocedían. La sangre que entonces fue vertida teñía los pastos y las colinas. Pero todos los que participaron en la revuelta sentían una liberación oculta, un frenesí vedado desde hacía tiempo, descargándose sobre el resto de los hombres que encontraban a su paso. Los de Zor-Ám hacían retroceder a los de Is-Un y a él mismo, el cual, sin embargo, se defendía valerosamente. Mostrando una destreza hasta entonces desconocida, había logrado seguir ileso todavía, pero los que quedaban con él eran pocos, y el vigor que se apoderó repentinamente de él lo dejaba, a causa de la lucha y de la falta de descanso.

Desfallecido por el esfuerzo, cayó de rodillas ante la mirada del sacerdote, el cual lo contemplaba con una sonrisa desafiante. El esclavo se acercó tranquilamente, levantando el cuchillo mientras miraba a Is-Un, hasta que estuvo a sólo un paso de él. Los que respondían al hijo de Iv-Ha se abalanzaron en masa sobre el del cuchillo, hasta que finalmente lo redujeron. Mientras tanto Is-Un temblaba, pero no de miedo, sino de odio. Gritó a Zor-Ám, lo maldijo entre todos los hombres. También al bosque, condenando a cualquiera de su sangre que traspasara sus límites a morir de la manera más cruel. Gimió entrecortadamente, y terminó por desplomarse en el suelo. Todos pensaron que estaba muerto. Los esclavos de Zor-Ám quisieron aprovechar el momento de desconcierto para tomar el cuerpo como trofeo. Inmediatamente reaccionaron los otros. Tomando el cuerpo, se replegaron hacia el bosque, pero sólo el llevar a su amo requería de por lo menos tres hombres fuertes, y los de Zor-Ám no habían sufrido tanto como ellos. Sin internarse, lo bordearon hacia el norte, en desesperados esfuerzos por salvar el trofeo que buscaban sus adversarios

tanto como a sus vidas. Los del sacerdote se disponían a seguirlos.

Ante la muerte de Is-Un, o lo que Zor-Ám entendió como su muerte, ya no valía la pena seguir luchando. Había pagado su error, y ahora esos hombres eran el enemigo, y serían perseguidos y aniquilados fácilmente, sin su guía y señor. Se dispersarían por los alrededores, errando algunos días. Los encontrarían cansados y hambrientos, y allí acabarían con ellos. De modo que con voz poderosa detuvo a aquellos que ya corrían:

- Basta. Vengan ahora conmigo. Dos de ustedes me acompañarán una vez más dentro del bosque, a pocos pasos de la entrada. Allí enterraré a As-Itur, para que los ángeles de Kad custodien su espíritu hasta que pueda vengarme por su muerte. La ha matado ese traidor de Is-Un, y algún día habremos de vengar la sangre que por él fue vertida.

Sin juntar los cadáveres que yacían en el lugar, cerca de río, caminaron hacia la ladera opuesta del bosque y de las montañas. El sacerdote eligió a dos de sus hombres más fuertes, y con ellos llevó a su esposa dentro del bosque.

De este modo se separaron para siempre Is-Un y Zor-Ám, después de compartir una huida larga y complicada desde la ciudad de Ak-Zar. Ambos prometiendo venganza, ambos prometiendo muerte. Suplicaron desde ese momento a los Dioses que sus adversarios se rindieran a sus pies. Todavía caminando sobre las mismas brasas encendidas, y los pies calcinados por la marcha y el desprecio mutuo.

## Capítulo 37

XI

Majestuosa y tremenda, la figura de Karuán se erguía entre los dos ejércitos, semejante a un Dios. Rey y desterrado intercambiaron miradas largamente. Ambos a caballo, ambos estudiándose, mientras las filas de hombres cadeanos tomaban sus posiciones. Se levantaron los estandartes y el resto de los jinetes subía ceremoniosamente a sus animales. El frío de la mañana hacía temblar a los defensores, los cuales, sin embargo, no habían reconocido todavía a Karuán. Sabían que el heredero de Is-Un comandaba las filas enemigas, y el único que podía ostentar ese rango era Karuán, pero era difícil imaginar que aquél sucio y desagradable hombre y éste excelso y magnánimo fueran el mismo. Sólo Kud-Ram había reconocido la sombra cuya mirada penetraba su carne, llegando a su alma. Tan distinto del aquél hombre que huyó de Sadea, que parecía otro, mandado por los Altísimos. Sólo su mirada permanecía invariable, aquella que Kud-Ram conocía tan bien, y que no quería reconocer cuánto lo amedrentaba.

De a poco, movidos por un vago y extraño recuerdo, el resto de los sadeos fue reconociendo los familiares rasgos del Jefe de los Ejércitos Cadeanos, sus almas se sobrecogieron terriblemente. Al ver sus ojos parcos y negros, evocaron a un hombre, al cual hacía muchos años, habían dejado de ver. Hubo algunos, de hecho, que recién al ver la efigie, comprendieron que había desaparecido. Delante de ellos, el fantasma se presentaba como emisario de Kad, poseía una energía desconocida y sublime en su rostro sereno, moviendo a los adversarios a un singular tipo de desesperanza y admiración. Los cadeanos habrían de seguirlo hasta la muerte, lo sadeos lo supieron enseguida, y esto aumentó la idea de que estaba para ellos todo perdido.

Por entre los dos ejércitos, el viento que provenía del bosque y que sólo Karuán reconocía, comenzó a soplar largamente, interponiéndose entre ambos pueblos. La espesa y baja niebla de la mañana se ocultaba en parte sobre las colinas, y ocultaba la parte inferior del ejército cadeano, haciendo que los nebulosos espectros parecieran flotar en las nubes. Poco a poco la tensión fue aumentando su yugo, las respiraciones a entrecortarse, y cada quién trataba de infundirse valor del modo que podía. Kud-Ram, frente a su pueblo, jadeaba y temblaba indecorosamente, hecho que produjo en los sadeos las más extrañas miradas hacia su rey (a quien poco importaban las fortunas o desdichas de los hombres), lamentando tal vez el dejarlo que se invistiera de tal

poder, sacrificándolos a todos.

En cambio, el semblante de Karuán se mostraba imperturbable, sin mover siquiera un músculo, erguido y poderoso, mirando a Kud-Ram a los ojos, el cual, de tanto en tanto, como si la tensión que le generaba fuera demasiado fuerte, los apartaba y los alejaba de los de su antiguo rival. Los cadeanos notaron esto, y celebraban de antemano la decisión del Principal, de haber reservado la vida del sadeo, pues era evidente que, sobre todo el rey, temían a este hombre ante cuya presencia no podían mantenerse. Imaginaban ya una vuelta cargada de honores y presentes. Desconocían los pormenores de las charlas de Pélibe y Karuán, si debían exterminar al pueblo entero, si debían guardar la vida a algún ser, si podían someter a las mujeres. Sólo estos dos hombres sabían lo que habría de hacerse, por consejo del mismo Karuán.

La impaciencia de los atacantes comenzó a hacerse notar, se levantaron los estandartes, sacudidos por un viento que se había vuelto más sutil, queriendo comenzar ya la procesión. Bajo el manto rosa de la aurora y de la guerra, agravando el sepulcral silencio, el canto de los pájaros se escuchó con inusitada nitidez; cantos alegres que desconocen y tal vez desprecian los actos de los hombres. Se esperaba el toque de un momento a otro, cuyo sonido marcaría el principio de los gritos, de la euforia, del caos y la sangre. La voz estaba a cargo de Karuán, que retrasaba el momento. Sin embargo, los cadeanos no lo lamentaban, cada segundo en esa posición, hundía más a los sadeos en la desesperación, de la cual no podían ya escapar.

Una batalla distinta, silenciosa y fatal, tenía lugar en el alma de Karuán. Pensaba en Rhodia, en el rostro celestial de Iv-Ka, en Arkún, sacrificando y condenando su propio alma para salvar la suya; en Pélibe, el cual esperaba que realizara la tarea para luego, esto es algo que tenía por seguro, matarlo, y así disfrutar de la cosecha de la guerra. Pensaba en el bosque a sus espaldas, en los solitarios pensamientos que lo atacaban y perseguían en el lugar que lo acobijó. En el cuerpo enterrado de As-Itur, esperando largamente porque la verdad fuera descubierta. En lo desconocido del futuro, pero también del pasado, lo que nos deja sólo con la ambigua complejidad del presente, momento siempre decisivo, necesariamente fatal. Sentía un miedo particular, que no se relacionaba con la batalla, sino con la triste sospecha de haber comprendido demasiado. Lo curioso era que, a pesar del sacrificio que debía hacer, no sentía los mareos ni las náuseas a las que estaba acostumbrado desde la muerte de su esposa. Se sentía en control de sus propias decisiones, y a pesar de la relevancia que estas tienen en nosotros y en los otros, no le pesó. Esta sensación no podía ni debía ser descripta como alegría, sino como una especie de tranquilidad de espíritu. Nadie lo controlaba, en nadie depositaba la fe de sus días, sino en su propio arbitrio. No existía ni patria, ni obligación al ente, sólo existencia y libertad desnuda. Fue recién

cuando comenzó a decidir cada uno de sus pasos, sin guías ni consejos (más que el de los Dioses), que todas estas sensaciones pasaron del todo, y se encontraba ahora expandido de voluntad, de firmeza, de convicción y de salud. Nada se pierde realmente dentro del sueño, todo encuentra otra forma de seguir viviendo. Tan gratuito es vivir como dejar de hacerlo, pero esto no implica necesariamente la inexistencia. Un poder que pudiera transformar algo en la nada, sería un contrasentido para el término que tenía de deidad. Iv-Ka lo esperaba en alguna parte, así como él esperaba a Rhodia, la niña por la cual había tenido todas estas revelaciones, por la que sentía un cariño que excede las formas, la única hija que conoció, y que agradeció conocer, tanto como ella lo consideraba el padre que le había faltado. Ya todo estaba pensado, todas las revelaciones develadas, todos los sentimientos expresados.

Tranquilamente salió al trote, pacíficamente, con una serenidad que se le ocurría ajena. Hacia la mitad de la distancia que separaba a los dos ejércitos se detuvo. Todos los presentes esperaban la voz y la embestida. Atacantes y defensores apoyaban sus manos en las espadas, picas, hondas y ballestas. No llevó mucho tiempo a Karuán recorrer este trecho, pero fue para él casi eterno. Como condenado por el Dios, el espacio que recorrían los cascos se fraccionaba infinitamente, tentándolo con la inmovilidad. La atención de la multitud era perfecta, incluso el sol parecía haber serenado su monótono transitar por el cielo de la mañana fresca. En pocos minutos recorrió universos y mundos extraños para los hombres, hasta que la maldición se detuvo y, llegando al medio del campo de batalla, detuvo su caballo.

La luz del sol reflejó el acero que, centelleante al salir de la vaina, Karuán alzó por encima de su cabeza. En cualquier momento daría la señal. Su cara concentrada, el entrecejo fruncido, la comisura de los labios hacia abajo, en una actitud brava y feroz. Los que tocaban el corno esperaban la caída de la espada y la voz. Kud-Ram sintió que todo su cuerpo temblaba, igual que el de todos los sadeos que con él se encontraban.

Karuán confesó algo a la mañana, que nadie pudo comprender, confesión que se ha llevado para siempre el olvido y, bajando la espada hasta su pecho, hundió su filo. El silencio imperó casi respetuoso, el cual ni siquiera Karuán mancilló, sin soltar ni una queja. Todos comprendieron que, cuando cayó del caballo, agonizaba.

Los guerreros se miraron. Luego que el hechizo se deshizo, uno de los cadeanos tomó por fuerza el corno y dio la voz, la que terminó por despertar a todos, y comenzaron la lucha.



## Capítulo 38

XII

Los enfrentamientos duraron casi toda la jornada. Pálife, sobrino de Pélibe (el cual había dado la voz, arrancando el instrumento de las manos de su custodio), tomó el mando de los ejércitos cadeanos y sebeos, con la intención de ganar el favor de su tío, y esperando fuera reconocido por esta acción. Kud-Ram, finalmente resignado, formó parte del enfrentamiento la menor cantidad de tiempo que le fue posible, y siempre rodeado de cuantos menos cuatro hombres, a los que instaba constantemente a proteger a su rey. Antes de la mitad del día, se retiró del campo, hacia el templo de Kad.

Los ejércitos luchaban como si no tuvieran más razón que la de terminar una empresa que había abarcado generaciones, para darle un final, o para no ganar el resentimiento de quienes dependían. Los sebeos eran los únicos animosos, ya que, como ninguna parte tenían en la disputa ideológica de estos dos pueblos, poco les importaba el hombre que los comandara, debiendo contentarse solamente con la sangre que derramaban como pago por haber recorrido tan larga distancia. A medida que el día pasaba, las luchas se hacían más intermitentes, las columnas de hombres se replegaban voluntariamente. Pálife, que instaba a tomar la ciudad, luchaba tenazmente, pero fue vaciado de autoridad cuando espontáneamente, sin declaraciones de derrotas ni victorias, los ejércitos se replegaron completamente.

Los cadeanos quedaron toda la noche en guardia, a la espera de los movimientos de los sadeos, pero como éstos no atacaron, decidieron alejarse. Con cautela, mirando constantemente a sus espaldas, se retiraron. Sólo Karuán sabía los deseos de Pélibe, las órdenes que daría serían las del Principal. Pero ahora, sin alguien que los comandara, no querían sino salvar sus vidas. Nadie quería, salvo Pálife, dar razón al anciano para encender su ira.

Nunca los pueblos fueron amigos, nunca entre ellos comerciaron ni traspasaron los límites del bosque. No se veían como camaradas ni como hermanos, pero ya nunca volvieron a tomar las armas, ni se iniciaron como en otros tiempos cacerías para matar a sus adversarios. Y aunque poco se habló de ese día, hasta mucho tiempo después, se dice que no era raro ver a una muchacha con expresión de

triste abstraimiento, a las puertas de las grandes murallas de Sadea, rondando el lugar donde un hombre había caído de su caballo, y que los sadeos nunca perturbaron su angustiosa procesión.